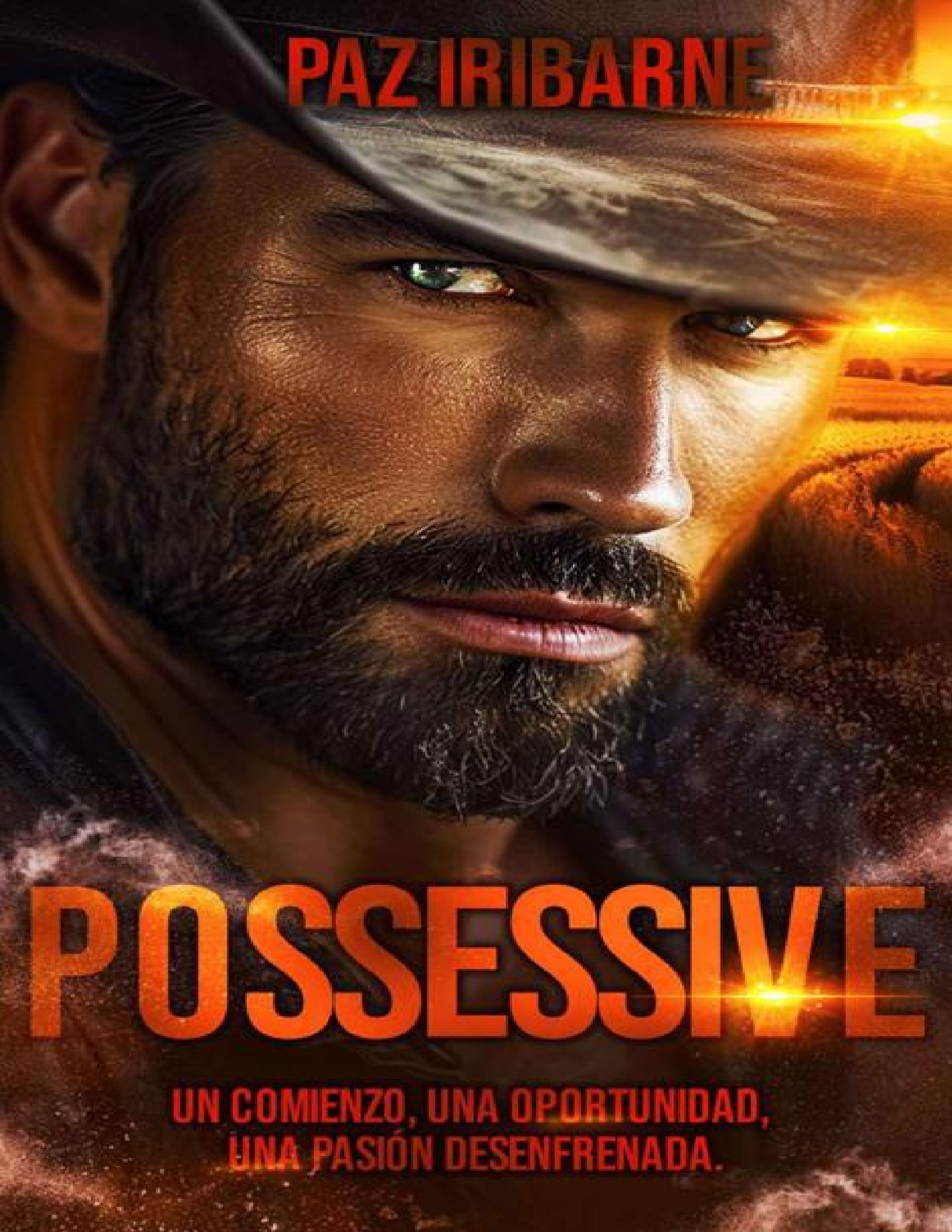


A close-up, high-contrast portrait of a man with a dark beard and mustache, wearing a wide-brimmed hat. The lighting is dramatic, with a strong orange and yellow glow from the right side, creating a sense of fire or intense heat. The man's eyes are visible through the hat's shadow.

PAZ IRIBARNE

POSSESSIVE

**UN COMIENZO, UNA OPORTUNIDAD,
UNA PASIÓN DESENFRENADA.**

Possessive

PAZ IRIBARNE

Copyright © 2024 Paz Iribarne

Licencia SAFE CREATIVE
2412190418684

©Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler u otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de su autor, quien es el titular de todos los derechos.

Los personajes o eventos que se representan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia, por lo que es apto para mayores de 18 años.

Para todas esas almas que tuvieron un amor imposible. Este libro es para ustedes.

Contents

Title Page	
Copyright	
Dedication	
Advertencia	
Sinopsis	
1 Siempre sale el sol en Wyoming	
2 Decepción	
3 Eres el único que lo entenderá	
4 Todas son mentiras	
5 Fotografías	
6 Dame la oportunidad de explicar	
7 Walter Harris	
8 Un comienzo	
9 Problemas y más problemas	
10 Conociéndote	
11 El chico de Nueva York	
12 No soy como él	
13 Distancia	
14 Traición	
15 Esto que siento en mi pecho	
16 Celos	
17 Possessive	
18 Besos y delirio	
19 Vaquero	
20 Mentiras y dolor	
21 Cree en ti	
22 Renacimiento	
23 Heridas que sanan	
24 Reencuentro	
25 Tormenta de nieve y fuego	
26 No hay nada más hermoso que estar a tu lado	
27 Epílogo	
Capítulos extras	
Osadía	
Un baño tibio	
Lento y profundo	
Agradecimientos	
About The Author	

Advertencia

Este libro contiene lenguaje adulto, traumas familiares y escenas de sexo explícito por lo que solo es apto para mayores de 18 años.

Sinopsis

Jayden de Vincent es un fotógrafo neoyorquino de veinticinco años que trabaja a tiempo completo en una galería en la ciudad que lo vio crecer. Ha sufrido un desengaño amoroso que le ha costado muchas lágrimas y, entonces, para completar su tristeza, su padre fallece y su mundo termina de desmoronarse. Glenn nunca fue un hombre que demostró afecto o estima por él o por sus hermanos, sin embargo, en su testamento, decide dejarle a Jayden como herencia un viejo Rancho en Wyoming llamado Possessive, el cual se encuentra en ruinas y con miles de deudas. La primera intención de Jayden es venderlo, sin embargo, gracias a su amiga Olimpia, decide darle una oportunidad al lugar. Jayden odia el campo, y cuando se trata de un sitio con inviernos de nieve y veranos infernales, la perspectiva no parece muy agradable ¿Quién puede ser tan tonto para querer convivir con osos y búfalos?

No obstante, cuando conoce a Walter Harris, el administrador, las cosas dan un giro de ciento ochenta grados. Puede que ese viaje valga la pena, puede que Glenn tenga secretos que nunca se imaginó y Walter lo ayude a desentrañarlos.

Walter Harris es el administrador del Rancho Possessive desde que su padre falleció dos años atrás. Odia a los de Vincent y lo que representan. Los recuerdos de su padre junto a Glenn y esa relación prohibida que ambos perpetuaron en el tiempo le dice que debe alejarse de ese sitio. Aun siente en su rostro la vergüenza y todo lo que pasó durante su infancia y adolescencia.

Walter lucha por ser diferente a su padre. No le importa que el nuevo dueño sea atractivo o tenga tanta luz que ilumina incluso su oscuridad. No repetirá la historia de su padre. Enamorarse de un de Vincent es lo peor que podría pasarle, al menos, eso es lo que cree.

Dos historias que se desarrollan en diferentes tiempos, un amor prohibido y el descubrimiento de dos hombres que quieren estar juntos, a pesar del pasado y todo lo que encierra.

Una historia de amor, deseo, reconciliación y esperanzas entre Jayden y Walter, dos seres muy diferentes, pero con las mismas ganas de abrazar un lugar al que llamar hogar.

1 Siempre sale el sol en Wyoming

¿Qué es la muerte?

Creo, desde el fondo de mi corazón, que es una pregunta que, a veces, la humanidad se niega a responder por miedo. Miedo a abandonar nuestros lujos y posesiones, miedo al dolor, a la enfermedad que pueda sobrevenir antes de ella, a lo que me espera del otro lado. Miedo a Dios, a los santos y a los demonios. Miedo al cielo y al infierno. Miedo a no haber purgado mis pecados, a la maldita ley de causa y efecto derivada del karma, miedo a perder y alejarme de quienes amo y me aman.

El miedo es lo que nos mueve, es lo que nos impulsa a huirle a la muerte incluso cuando nunca tuvimos oportunidad de escapar de ella. La muerte es un instante y una eternidad, es el principio y el fin. Llegamos a este mundo y conocemos que estamos destinados a ella desde el momento en que abrimos los ojos y lloramos ante la luz blanca sobre nosotros en la sala de parto, y, aun así, a veces, nos animamos a vivir, a luchar, a reír, a enamorarnos, a amar con toda la pasión que hay en nuestros cuerpos. Nos olvidamos del miedo, vivimos y nos olvidamos de la muerte, vivimos y creemos que seremos eternos, que la arena de nuestro reloj jamás se acabará, que siempre hay tiempo, que siempre seremos jóvenes, que siempre habrá tiempo para mamá y papá, que siempre podremos reconciliarnos con aquellos a los que les hicimos daño, con aquellos que nos infligieron dolor. Nos olvidamos de la muerte y despilfarramos tiempo como si fuéramos inmortales, como si fuéramos el mismísimo Zeus encarnado decidido a extasiarse con los placeres y manjares, o como Hades, perdidos en la oscuridad y en la sombra sin darle valor a la vida, esa que se diluye a cada segundo y que jamás regresará.

Creo que he estado en los dos lados de la balanza, me he encontrado en esta especie de Ying y Yang donde es demasiado e insuficiente al mismo tiempo y lo único que puede decirte es que el sol siempre sale en Wyoming incluso después de los más crudos inviernos.

Glenn de Vincent

«El sol siempre sale en Wyoming».

Jayden dio un suspiro y abrió los ojos. Se había quedado dormido por un par de minutos en esa cómoda silla de terciopelo bordó. Su mente, envuelta en una caótica niebla, recordó parte de los delirios de su padre cuando estaba en la cama del hospital. Vinieron a su mente los últimos meses en donde se retorció en un intento por encapsular en su mente deteriorada retazos de lo que fue su vida. El pecho se le adormeció, Jayden colocó una mano sobre él y masajeó el lugar en donde estaba su corazón maltratado.

La sala estaba casi vacía a esa hora, el cuerpo de su padre en el ataúd de madera y bronce rodeado de flores de color rojo adquiriría rápidamente una tonalidad que iba del gris al morado. Jayden se enfocó en sus propios zapatos lustrados, la corbata lo estaba asfixiando al igual que ese traje entallado de color negro que no le sentaba. Carecía del porte para que esas prendas quedaran bien en su cuerpo. No era como su padre, y tampoco como sus hermanos.

Le encantaba el color negro. Sus fotografías, de hecho, eran en blanco y negro porque, según él, no había mejor definición que evocara la belleza y el alma de un ser humano, sin embargo, esa prenda era molesta. Lo hacía perderse en una marea de sentimientos, dolores, tristezas que no

estaba dispuesto a enfrentar ni siquiera con la muerte que le tocaba la cara.

—*Papá murió, Jayden.*

—*¿Cuándo?*

—*Durante la noche.*

—*¿Estuviste con él?*

—*No, murió solo, como vivió toda su vida.*

Jayden lo había cuidado durante toda la enfermedad. Un Alzheimer letal, una esperanza de vida de años que se tornó de un mes y quince días debido a una neumonía. Jayden había regresado a Nueva York para una exposición fotográfica junto a su amiga Olivia, mejor dicho, una muestra de ella en la cual siempre agregaba imágenes tomadas por Jayden. Él nunca se consideraría tan bueno como para hacer una exposición de manera individual.

—*Te gusta ser segundo.*

—*Yo no.*

—*Ya niño, no es tan malo. Eres parecido a tu mamá, la genética te persigue también en la personalidad.*

Jayden se enfocó en sus dos hermanos mayores, los cuales, estaban más atentos al celular que al funeral. Tragó saliva y pensó lo diferente que era a ellos. Killian y Thomas eran letales, tanto con sus acciones como con sus palabras. Killian era abogado, de los mejores y más famosos, si se tenía en cuenta las veces que aparecía en televisión defendiendo a las peores lacras multimillonarias de la sociedad, y Thomas, bueno, era un caso especial.

«Te gusta ser segundo».

Era una frase que Thomas le decía. Jayden pensó cuánto de verdad había en ella por lo que constantemente su cabeza volvía y la repetía. También pensó que, si el hecho de que le doliera tanto era porque, en el fondo, subyacía la verdad. Su hermano mayor siempre buscaba la manera de herirlo, era una especie de pasatiempo. Un hobby al que le había adquirido un gustito picante y empalagoso. Lo divertía, los gestos y las sonrisas maliciosas lo corroboraban a cada instante.

Jayden apenas creía que en sus venas corriera la misma sangre que en las de Killian y Thomas.

«Murió solo, como vivió toda su vida».

Jayden sintió que, por una milésima de segundo, Killian expresó un leve dolor al terminar esa frase. Su padre siempre prefirió la soledad a estar con ellos. Era algo así como un alma libre que ve en sus familiares y en sus seres queridos ataduras. Su padre era un hombre libre al menos así lo manifestaba todo el tiempo.

«El sol siempre sale en Wyoming».

Glenn de Vincent no solo era un hombre solitario sino también uno al cual le gustaba hablar en metáforas. Estaba hecho para los de negocios, para el poder, así como lo estaban Killian y Thomas. No obstante, su manera de ver la vida, su filosofía resultaba un misterio que ninguno pudo dilucidar, así como tampoco la madre de sus hermanos mayores o su propia madre.

Jayden solo era un fotógrafo. Vivía por sus propios medios. No negaba que el dinero de su padre, en un primer momento, fue un respiro y una bocanada de oxígeno frente a sus deudas, sin embargo, hacía mucho tiempo que ya no dependía del dinero de su familia.

Jayden tenía veinticinco años y lo único que deseaba era tener paz y hacer lo que amaba. Ninguno de sus hermanos lo entendería, su madre jamás comprendería el enorme placer de entregarse a una tarea y olvidarse del tiempo. Cuando Jayden tenía una cámara en su mano el tiempo se tornaba efímero, las obligaciones transmutaban en pequeños peldaños que pisar para avanzar en su camino. Jayden era un soñador. Quizás por eso intentó comprender a su padre, y a su espíritu rebelde, ese que prefería perderse en las montañas de Wyoming en vez de su pomposa

oficina en Manhattan.

¿Qué había pasado por la mente de ese hombre las últimas horas de vida? ¿Habría querido luchar un poco más? ¿Se habría rendido? ¿Habría tenido miedo como decía que todos teníamos? ¿Sus recuerdos más preciosos lo habrían abandonado por completo?

Jayden tenía tantas preguntas en su mente. Lo albergó la desesperanza al saber que jamás encontraría respuestas. Su padre fue un ser tan hermético.

El corazón le volvió a doler. Jayden apoyó su mano por enésima vez en su pecho y respiró profundo. Dejó que el aire bañado a incienso y flores ingresara en su cuerpo y le diera la paz que le era imposible encontrar desde el momento en que Killian lo llamó.

La sala donde se realizaba el velatorio era inmensa, con escasas personas a esa hora. Jayden estaba exhausto. Cansado de recibir condolencias, de sentirse solo ante la falta de su madre quien se negó a presentarse en el lugar, cansado de los desplantes de Killian y, sobre todo, de Thomas quien ni siquiera lo saludó.

Siempre dicen que es difícil ser el hermano mayor, pero nunca hablan de lo terrible que es ser el hijo menor en una familia que te odia y te considera solo un bastardo.

Jayden se puso de pie y dio pasos sobre ese suelo níveo de mármol iluminado por luces del mismo tono que estaban a punto de encandilarlo. El rojo de las flores sobresalía ante la pureza de la sala. Puso ambas manos sobre el féretro y escrutó a su padre.

Continuaba luciendo guapo incluso en la muerte. Carecía del gran porte y la sofisticación, pero su rostro duro se mantenía ¿Cómo es posible que alguien no se relajara ni siquiera cuando estaba muerto?

Jayden casi rio ante la estupidez de su pregunta. Su padre incluso en la muerte odiaba estar cerca de ellos.

—Tu padre sería feliz solo con una montaña, verdes prados y vacas pastando alrededor. Viviría pleno en medio de inviernos crudos y nieve.

—¿Qué tiene de especial Wyoming?

—¿Cómo explicarte algo que no estás preparado para comprender?

Jayden quiso entenderlo muchas veces, hasta que sus fuerzas se agotaron y decidió que hay lazos que es mejor soltarlos para que no te consuman. Quedaron tantas preguntas en el abismo. Tantos cuestionamientos y necesidad de una explicación, de palabras que le demostraran a Jayden que había sido importante para Glenn.

«Nunca fuiste suficiente, pero no te preocupes ninguno de nosotros lo fue».

El dolor se atiborró en la garganta de Jayden a modo de lágrimas. Los recuerdos y los dolores de la infancia tan nítidos como un cristal que conserva aquellas trizaduras a la espera de que, en algún momento, el viento amaine y no lo destruya por completo.

«¿Qué carajo te importa lo que pensaba? En serio, rara vez se lo digo a alguien que no sea yo, pero de verdad necesitas terapia».

Killian tenía razón, pero Jayden se encontró en un laberinto hecho de vergüenza y desazón. Nunca fue a terapia porque, con honestidad, no sabía por dónde empezar. Había tanto en su corazón, la manera en que los hombres más importantes de su vida lo destruyeron ¿Qué podría decirle a un terapeuta que él ya no supiera?

«Debes perdonar, debes dejar ir, comienza a mirar hacia el futuro. El pasado no existe solo en tu mente».

Jayden conocía cada frase, a lo largo de sus veinticinco años había buscado tantas respuestas por sí mismo que consideraba inútil sentarse frente a un tercero y contarle su vida. Una vida que para él mismo no tenía sentido, excepto cuando la miraba a través del lente de una cámara. La

fotografía fue su salvación. Le dio cobijo a su alma, le acarició el corazón cuando las heridas todavía estaban frescas.

Jayden presionó sobre el borde de la madera con fuerza hasta que sus dedos se tornaron rojizos. El mundo había terminado para su padre, pero no para él. Acarició el anillo en el dedo anular, ese que, por alguna tontería o falta de dignidad, todavía no fue capaz de quitarse. Pensó que después de tocar fondo, ahora solo restaba subir.

2 Decepción

Manhattan, Nueva York.
Dos semanas antes.

- ¿Te casarías conmigo?
- No estás hablando en serio.
- ¿Por qué no lo haría?
- Pero tú, ¡tienes un novio!
- He terminado con él, solo eres tú, cariño.

Jayden caminó por la Quinta Avenida y observó el cielo que se tornaba de un precioso gris metálico. El invierno se había instalado en Manhattan. Las personas iban y venían y el clima navideño se olía. Un aroma a paz y alegría.

«Paz y alegría».

Por años, Jayden había luchado por conseguirlo. Siendo el más pequeño de un segundo matrimonio, donde los hermanos mayores acusaban a su madre de ser la puta rompe hogares, su existencia fue difícil, incluso en medio de lujos.

«El dinero no compra la felicidad».

Jayden lo aprendió de la peor manera, y nada se siente peor que ser el excluido de una familia en donde su madre tampoco se molestó demasiado en hacerlo sentir parte. Ella, siempre empeñada en enamorar a un hombre que estaba enamorado de la vida, de un rancho en medio de las montañas. Una batalla sin sentido en la que la mujer jamás claudicó, aunque Glenn nunca le diera la oportunidad.

«¿Por qué se casó dos veces si nunca se enamoró de sus esposas?».

Por años, mientras Jayden observaba a su padre en la oficina y este se perdía con su vista en los ventanales que daban al Empire State, se lo preguntó.

Jayden sonrió y se acomodó la bufanda de color rojo y verde que se había comprado, de hecho, llevaba en uno de los bolsos una similar para Ferrant, su novio desde hacía seis meses. Una relación complicada como todo lo que rodeaba a Jayden. Ferrant había estado comprometido cuando se conocieron, sin embargo, la atracción fue tal que Jayden fue incapaz de negarse al deseo. Las consecuencias fueron nefastas. Ferrant abandonó a su novio quien no tuvo mejor idea que presentarse en una de las exposiciones fotográficas y gritar a todo el mundo la clase de zorra que era Jayden de Vincent.

Jayden sacudió la cabeza y se decidió a olvidar el episodio. Estaba en el pasado. Ferrant lo había elegido a él sin importar la manera en que comenzó la relación. Él no era una zorra, nunca lo fue. Sí, se había sentido atraído por un tipo con pareja, pero desde el primer instante Jayden le señaló que buscaba algo serio. Fue eso lo que llevó a su novio a tomar la decisión y jugárselas por él.

«¿Te das esas explicaciones cuando te invaden los remordimientos, gatito negro?».

Odiaba cuando Thomas lo llamaba así, cuando se burlaban de él diciendo que solo traía mala

suerte.

Jayden decidió que el pasado debía quedar allí, en un rincón olvidado, en un baúl inmenso que no abriría de nuevo. Estaba a las puertas de una nueva vida. Se casaría con Ferrant, el hombre que lo eligió, que le mostró que era valioso.

Ingresó al edificio con varias bolsas de regalo. Estaba listo para armar el árbol de navidad y decorar ese amplio lugar que pertenecía a su novio, el hombre que pronto se convertiría en su esposo. Buscó la tarjeta magnética e ingresó al departamento.

—¡Ferrant! ¡Ya llegué!—exclamó desde la puerta y dio pasos hacia la enorme sala donde desplegó todas las bolsas que había comprado—¡Cariño! ¿Estás en casa?

—¡Estoy en el baño! ¡Ya voy!—Ferrant gritó y Jayden sonrió.

—Tranquilo, solo quería saber si estabas. Fui de compras—dijo con una sonrisa, entretanto se quitaba el abrigo color verde musgo que combinaba con su bufanda.

Se dirigió hacia el perchero de la sala y se detuvo por un instante frente a él. Tragó saliva cuando observó allí colgado no solo el abrigo de paño de Ferrant sino también una chaqueta de cuero. Ninguno de los dos usaría una prenda similar jamás en la vida. Se acercó despacio y acarició la manga de la campera. Era similar a la que lucían los roqueros, con tachas y algo desgastada en los bordes. Jayden dio un suspiro y dio media vuelta. Caminó hacia la recámara principal, la cual, tenía una cama desordenada y, como en un golpe al corazón, se enfocó en los dos paquetes de condones abiertos de color dorado que brillaban sobre la alfombra color beige. Ferrant, tal y como le había dicho, estaba en el baño, pero resultaba obvio que no estaba solo.

—Jayden.

Escuchó la voz del hombre parado en el umbral de la puerta del tocador que llevaba una toalla atada a su cintura. Jayden sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

«El problema de algunos tontos es que piensan que los infieles serán fieles con ellos. Lamento decirte que eso no sucederá, reno. Ese noviecito tuyo va a engañarte».

Una vez más, el idiota de su hermano Killian dio en el clavo. Su mundo, el pequeño mundo en donde había reservado un poco de seguridad y amor se tornaba una vez más oscuro. Si no había sido suficiente para sus padres, ¿por qué lo sería para un playboy?

—¿Por qué?—Fue todo lo que su voz le permitió preguntar. El llanto le quitó raciocinio y también la capacidad del habla—¿Por qué me prometiste algo que no podías cumplir?

—Lo he intentado.—Las palabras sonaron honestas, y Jayden comenzó a reír en medio del llanto—. Sabes que te amo.

—Claro.—Jayden se limpió el rostro, buscó en su bolsillo y dejó la tarjeta magnética sobre la cama—. Buena suerte, Ferrant.

—No puedes irte así, hablemos.

—Eso deberíamos haberlo hecho antes de que metieras a alguien más en tu cama, pero supongo que me lo merezco. Yo lo hice, y ahora lo estoy pagando.

—No, Jayden no es así.—Ferrant dio un par de pasos hacia el hombre y este lo detuvo.

—No te acerques—esgrimió con la rabia volviéndose carne—. En este momento quiero matarte y créeme, no iré a la cárcel por una basura como tú.

—No me digas eso. Estoy enfermo, Jay. Es una adicción.

—Pues busca ayuda mientras algún tonto tolera tus humillaciones—respondió tajante—. Yo no estoy dispuesto a soportarlo. Estoy demasiado roto como para que tú termines por destruir los pocos pedazos de mí que aun valen la pena.

—Eres hermoso, Jayden. Siempre lo has sido. Si me das una oportunidad de...

—No—replicó sin miedo—, desconozco lo que me depara el futuro, pero de ningún modo me

quedaré con alguien que meterá en nuestra cama al primero que aparezca. Porque tú no vas a cambiar.

—Vaya, hermanito ¡Qué puntual!

—¿Sí? Deberías aprender un poco entonces—replicó Jayden mientras su hermano Thomas con un gesto jocoso, se ubicó en uno de los sillones que el abogado había dispuesto para la lectura del testamento.

Killian, para variar, se la pasaba respondiendo mensajes y haciendo llamados mientras todos los intervinientes llegaban al recinto. El hombre se cruzó de brazos y observó a Jayden que estaba a su lado.

—¿Cómo estás, Jay? ¿Qué tal tu prometido?—preguntó Thomas.

Jayden cerró los ojos y tensó la mandíbula.

—Ya no estoy con él.

—¿Por qué?—Killian enarcó una ceja y guardó el celular en su bolsillo—. Lucían tan enamorados en esa exposición ¿Sabes cuál te digo? En esa donde su ex llegó y te llamó zorra.

Jayden le dio una mirada asesina.

—Me puso los cuernos—confesó sin ánimos de alargar la charla.

Killian chasqueó la lengua y peinó los mechones de cabello que habían caído en su frente.

—Vaya, ¡qué mal! Debería haber una ley que dijera que entre infieles no pueden engañarse.

Jayden contuvo una catarata de insultos.

—Deberías proponerlo. Tienes contactos en ambas cámaras y en el poder judicial. Quizás logren sancionarla y promulgarla.

Killian le dio una sonrisa maliciosa. Esos dientes perfectos hicieron su aparición. Jayden pensó que, si él fuera la mitad de guapo de lo que era su hermano de seguro, esto no le habría sucedido.

—Hay dos tipos de tontos, amigo—agregó Killian sin mirarlo—. Las personas tontas de nacimiento, y los inteligentes que buscan la manera de quedar como tontos. Tú eres del segundo grupo.

—¡Qué bueno que me consideres inteligente!—exclamó con sarcasmo Jayden y Killian le dio una sonrisa ladeada.

—¿De qué te sirve ser brillante si te empeñas en terminar como uno al que todos le ven la cara?

—Creí que Ferrant era diferente.

—Engañaba a su prometido contigo.—Killian se encogió de hombros—. Perdóname, pero eso gritaba problemas por todos lados.

—Confíe en él.

—Exacto.—El rostro de Killian mutó a uno de seriedad—. Idealizas a las personas y le das confianza a tipos que, desde el primer momento, te demuestran con hechos que no son dignos de ella. Tú mismo te embadurnas con la mierda y después lloras porque huele mal.

—No he ido a llorarte a ti.

—Tu cara lo dice todo, y no es por el hijo de puta que sepultamos ayer. Todo el tiempo juegas ese personaje. El sufriente y mártir, el pobre al cual le ocurren desgracias. Despierta y mira el mundo cómo es. Deja de actuar como un idiota cuando no lo eres, Jayden.

Jayden se enfocó en su hermano. Este se acomodó en la silla y se cruzó de piernas.

—Es la primera vez en veinticinco años que me dices algo lindo—recalcó Jayden.

—Te he dicho idiota y cornudo. No creo que esas sean alabanzas, gatito negro—señaló Killian. El abogado de su padre hizo su aparición en ese momento junto a dos hombres más que lo acompañaban—. Bien, ¿preparado para el último show del viejo decrepito?

Jayden dio un suspiro. Odiaba cuando sus hermanos mayores le faltaban el respeto a Glenn, sin embargo, ¿acaso era mentira que nunca estuvo para ellos? ¿Podían sentir algo más que dolor y resentimiento por un hombre que siempre les dio la espalda?

Killian tenía razón en algo. Este era el último show, y quizás, la última vez en que los hermanos de Vincent estarían en una misma habitación sin intentar matarse.

3 Eres el único que lo entenderá

—En nombre de Glenn, gracias por estar aquí.

El hombre de cabello blanco saludó a todos los presentes que, para sorpresa de Thomas, Killian y Jayden, eran varios. Familiares lejanos que habían visto un par de veces en décadas.

—¿Se supone que compartiremos la herencia con todos estos?—preguntó Thomas cuando, hasta ese momento, solo había saludado con un asentimiento de cabeza a Killian. Los hombres se mantuvieron en silencio por un par de segundos—.Esto es inconcebible.

—Si es el deseo de papá, me parece correcto.

—Claro—se burló Thomas—, supongo que no te conviene hablar demasiado, ¿verdad?— Jayden dio un profundo suspiro. No iba a caer en las provocaciones estúpidas de su hermano mayor—.Me pregunto, ¿qué será lo que te dejará a ti si consideramos que apenas te reconoció como hijo?

—Tal vez te sorprenda y me quede con todo—replicó con el hartazgo haciendo mella en él—, quiero ver tu cara cuando eso suceda.

El rostro de Thomas se ensombreció. Su rictus se endureció a tal punto que Killian le dio un golpe firme en su espalda.

—Vamos, Thomas. ¿Eres tan fácil de leer?

—¿De qué estás hablando?—preguntó con el ceño fruncido. Killian chasqueó la lengua y sonrió.

—Tienes pánico a que el gatito se lleve todo el botín y te entiendo. —Killian se excusó—. Si yo viviera de la fortuna de mi padre nada más, tendría la misma sensación.

Thomas apretó los dientes.

—¿Lo estás defendiendo?

—¿De verdad piensa que te defendería a ti o a él? ¿Es que acaso no me conoces? Sin embargo, solo para que te quede claro, no es ni mi más remota intención. Estoy aquí por el dinero al igual que todos, pero no me quita el sueño. El imbécil al que llamamos padre puede dejarme una fortuna o quizás nada, ¿sabes qué? Me da igual porque no dependo de él, incluso el gatito no lo hace. En cambio, tú...

—¿Qué?—indagó Thomas a la defensiva.

—Eres un pobre muerto de hambre.

Thomas estaba a punto de lanzarse encima de su hermano. Jayden se preparó para la peor reacción, el surgimiento de esa faceta que pocos conocían en Thomas, una que él había padecido, del mismo modo que Killian, aunque en menor medida.

—Vuelve a llamarme así y te juro que no la cuentas.

Killian sonrió con esa tensa calma que era su talento.

—Inténtalo.

Jayden presionó sobre el brazo de Killian y este giró su rostro hacia donde el muchacho estaba.

—Por favor, basta.

—Calma gatito. ¿No has aprendido nada de esta perra que solo sabe ladrar? —Las palabras se escucharon en el recinto y todos los presentes pusieron su atención en ellos. Jayden se ruborizó

hasta las orejas. Killian se aclaró la garganta—. Mis disculpas. Estamos aclarando algunas cuestiones con mis hermanos. Ya saben, este momento ha sido difícil para todos. Mi padre es irremplazable en nuestros corazones.

Jayden habría lanzado una carcajada si no hubiera estado tan avergonzado. También se habría puesto de pie para aplaudir el talento de su hermano del medio porque, sin dudar un segundo, era mejor que cualquier actor experimentado de Hollywood.

—Lo sé, hijo. Lo entiendo —El abogado habló en tono solemne—. En este momento solo nos queda resignarnos. Espero que ustedes tres puedan hacerlo.

Killian se arregló la corbata de seda italiana de color gris humo y dio un suspiro como si las palabras del abogado le hubieran calado hondo. Jayden quería correr y alejarse de allí. No tenía nada que hacer en un lugar en donde el hedor se respiraba y envenenaba. Él era diferente, era una mejor persona.

«¿De verdad lo eres?».

Jayden cerró los ojos y se resignó a lo que estuviera por venir.

—Bien, procederemos a la lectura del testamento. Es la razón por la que todos ustedes están aquí.—El abogado junto al notario abrió el libro de actas donde se encontraba el testamento y procedió a la lectura—. Todo lo comprendido aquí es la voluntad de mi cliente y gran amigo Glenn de Vincent, un hombre entregado a su familia que era su bien más valioso.

—Y yo pensando que tú eras un gran actor—balbuceó Jayden y Killian frunció los labios para no reír.

Carajo, la reunión sería muy larga.

Si están leyendo esto es porque, de una forma u otra, he dejado este mundo. Yo, Glenn de Vincent quiero que sepan que todos los que están aquí reunidos representan lo mejor de mí, lo crean o no. Sé que no he sido el mejor amigo, el mejor empleador, y, mucho menos, un buen esposo o un padre ejemplar. Solo diré que no me arrepiento de nada porque todo lo que he dado, ha sido lo mejor de mí, aunque eso no me dejará libre de reproches, ni resentimientos. He vivido cosas que nunca podré plasmar en palabras, hechos que me han marcado y formaron mi personalidad. Quizás, en esta búsqueda incesante de libertad terminé por herir a las personas que debía proteger. Si es así, les pido perdón. Nunca fue mi intención lastimarlos o que me odiaran. Solo les pido que no se queden con ese sentimiento. No lo hagan por mí, sino por ustedes. No hay nada que te aleje más de la plenitud que el odio. Amen, amen tanto como puedan porque es lo único que se llevarán de este mundo. Los besos de aquellos que amamos y de aquellos que nunca pudimos tener.

Tranquilos, no los he reunido aquí para que escuchen mis delirios sino, la manera en que mis bienes irán a las mejores manos porque así los considero. No hay nadie más importante que el otro. Todo tiene valor para mí.

Mi colección de monedas de oro y plata antiguas irán a mi fiel ama de llaves y su esposo. Gemma y Clinton, de corazón espero sean felices y atesoren esto de igual modo que yo.

Mi colección de pinturas irá a manos delicadas y comprometidas con el arte como son las de mi primo Edgard. Fuiste casi un hermano para mí, quiero que lo sepas, aunque nunca te lo dije en vida.

Mis preciadas esculturas serán a partir de hoy de mi sobrina Elle que me ayudó a elegirlas y siempre me asesoró para hacer las mejores compras en este campo que era desconocido para

mí.

Mi colección de relojes pertenece a partir de hoy a mi querido amigo Antonio. Quiero que sepas que siempre valoré tus charlas incluso cuando fingía no hacerlo. Recuerda que el tiempo es lo más preciado que tenemos, no lo desperdicies.

La cadena de hoteles Royal Valentines, mi mansión en Florida, y mi departamento en Manhattan quedará en manos de mi amado hijo Thomas, junto a mis dos cuentas bancarias en Estados Unidos.

Thomas, ¿alguna vez te preguntaste porque nunca estuve para ti? Sé que lo hiciste. En numerosas oportunidades te encontré observándome con rencor, a la espera de una respuesta de mi parte. Créeme que me hubiera gustado dártela, pero nunca pude. Nunca supe por dónde comenzar. Espero que estos bienes sean de tu agrado y los administres de la mejor manera posible.

Mi departamento en Londres, las acciones de Microtest y Xray, mi departamento en Florencia al igual que mi colección de autos deportivos quedarán en manos de mi segundo hijo, Killian de Vincent.

Killian, todo el mundo les teme a los tiburones, pero el océano necesita de ellos. El mundo es tuyo, siempre lo fue. Estás destinado a hacer cosas grandes, a ser el mejor, a romper tus propios objetivos, a caer y resurgir como el ave Fénix. Ese es tu don, hijo mío. Úsalo, pero nunca te olvides que debajo de tu traje de tres piezas hay un ser humano, hay un corazón. No te olvides que late y te mantiene vivo. Aliméntalo. El hombre más exitoso puede ser el hombre más solo y, si bien es tu elección, no me gustaría que ese fuera tu destino.

Por último y no menos importante, a mi querido Jayden, mi hijo menor le heredo mi mayor tesoro, mi rancho Possessive en Wyoming y también mi diario íntimo que contiene mis memorias desde hace más de cuatro décadas. Jay, la mayor riqueza de un hombre mora en su corazón. Nunca te avergüences de quién eres. No seas como yo. Anímate a vivir incluso cuando tienes el mundo en contra. Sé que siempre fuiste diferente de tus hermanos. Dotado de una sensibilidad como pocos seres en este mundo. Eso, a mis ojos y a los ojos de nuestro Dios, te hace especial. Mi niño, sé que te he fallado incontables veces. Sé que eres un ser mágico, de esos que iluminan incluso en la noche más cerrada. Sé que estas palabras, como dije anteriormente, quizás lleguen tarde, pero, aun así, debo decirlas. Te amo, Jayden. Siempre lo hice.

4 Todas son mentiras

—Me odia.

—Hijo, no digas eso—replicó Ayleen, la madre de Jayden.

—¿Acaso no me has escuchado? Me ha dejado su diario y un montón de estiércol en medio de la nada.

—Pensé que no querías nada de él.

—No, pero creí que por una vez en la vida me pondría al mismo nivel que a los estúpidos de mis hermanos que se quedaron con todo y que, de seguro, se están riendo de mí a más no poder ¡Al menos el hijo de puta de Killian lo está haciendo, y es que escucho sus carcajadas incluso!

La madre de Jayden dio un suspiro y negó.

—Si hubiera sido por tu padre habría entregado todo por ese rancho.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué estuvo tantos años sin regresar a ese lugar? El notario me mostró el lugar, mamá. Es un cuchitril. No vale ni un centavo y, como si fuera poco, tengo prohibido deshacerme de él excepto, que el comprador sea alguien de nuestra familia ¿Quién sería tan idiota como para comprar un pedazo de tierra en medio de la nada? ¿Quién estaría tan loco para vivir allí a mirar cómo se aparean los búfalos? —Ayleen tosió y Jayden se cubrió el rostro—. Lo lamento, mamá. Sé que no es una linda imagen mental, pero es en todo lo que puedo pensar. Me exaspera, me enoja a tal punto que...

—¿Qué? —La mujer arqueó una ceja. Jayden bajó los brazos y se sentó en el sofá verde esmeralda del pequeño departamento de su madre.

—Olvidalo. —Jayden pronunció con resignación—. Al fin y al cabo, nunca he sido capaz de defenderme, mucho menos de golpear a nadie, incluso si es un bastardo como Glenn de Vincent.

—Es tu padre.

—Lo sé y creo que podrías haber elegido mejor. —Silencio. Un atroz silencio le corroboró a Jayden que había llegado muy lejos—. Perdóname. No debí decir eso.

—Era un hombre impresionante cuando lo conocí y me pareció increíble que pusiera sus ojos en mí—confesó su madre—. Tenía ese aire de conquistador sureño que te enloquece. Nunca tuve escapatoria. Tu hermano Killian se parece mucho a él. Ese aura de sofisticación y presencia que deja huella.

Jayden le dio una sonrisa de labios cerrados.

—¿Fue amor a primera vista?

—No sé si amor, pero deseo a primera vista seguro.

—¡Mamá!

—¿Qué? Tú preguntaste y yo respondo. Sé que en este momento estás muy enojado y llevas razón, pero quiero que sepas que jamás me arrepentí de elegirlo.

Jayden jugó con sus pulgares, tenía la vista sobre ellos.

—No dudo que para ti fue una gran elección, pero considero que te equivocaste al tenerme.

—Hijo—Ayleen percibió que algo se quebró en su interior—, eres mi mayor logro, lo que más amo en el mundo ¿Cómo piensas que fuiste un error?

—Lo he sido. —Jayden afirmó. El dolor de la pérdida se mezcló con el sentimiento de indiferencia—. Jamás estuvo cuando lo necesite. Ni siquiera en mis cumpleaños, ni en mis actos

escolares, nada. Fui un extraño. Alguien que le valía verga.

—Te ha dejado el rancho Possessive, eso me demuestra que eras el más amado de los tres.

Jayden presionó el puente de la nariz y rio sin ganas.

—Estás tan loca como él.

—No cariño, escúchame. —La mujer se colocó de cuclillas. Sus manos apoyadas en las rodillas de su hijo—. Ninguno de nosotros jamás visitó ese rancho. Ese sitio era su refugio. El lugar donde podía ser él mismo. Siempre lo dijo. Sé que te lo heredó porque vio en ti algo que carecían los demás.

—Jamás le pedí un centavo. Thomas ha construido todo su imperio gracias a la fortuna de papá. ¿Acaso no merezco un poco más que migajas? Y como lo dije antes, no se trata del dinero, sino de su actitud de mierda con su hijo menor al que se ocupó de excluir de casi toda su vida social, del mismo modo que a ti.

—Solo nos protegió de la ira de Thomas y Killian, así como también de Patricia.

Jayden puso los ojos en blanco.

—Claro mamá. Si eres feliz con ese cuento puedes decírtelo una y otra vez. Yo sé la verdad, la siento en carne viva en mi pecho con lo que ocurrió esta tarde.

Ayleen iba a decir algo más cuando el celular de Jayden que estaba sobre la mesa de la sala comenzó a sonar. El muchacho negó y maldijo. ¿Quién carajo podía llamar a las once de la noche? El nombre que apareció en pantalla poco hizo para apaciguar su cólera. Oprimió el botón verde de mala gana. No iba a tragarse los insultos como ocurría siempre.

—Abogado de Vincent. Si llama para burlarse de mí, en este instante puede irse a la mierda y meterse todos sus chistes poco creativos en el culo.

—¿En serio? No lo tengo tan abierto como para hacer eso, gatito. Ese seguramente debe ser tu caso.

—¡Eres un maldito infeliz! ¡Ganaron! ¿Qué haces llamándome en vez de disfrutar tu victoria?

—Jayden—Killian frenó el salvaje ataque de verborragia de su hermano—, me alegro de que hayas encontrado tu voz y hayas dejado de enterrar tu cabeza en la arena como avestruz, pero no llamo para burlarme sino para advertirte.

Jayden pestañeó varias veces. La frase lo sacó de eje por completo.

—¿Qué?

—Thomas se comunicará contigo. Te hará una oferta por el rancho.

—¿Cómo?

—¿Estás sordo, imbécil?

—No, lo siento. —Jayden se disculpó. Era patético. ¿Tan poco le duraba el ímpetu y la rabia?

—Me lo dijo hoy, de hecho, la oferta supera ampliamente el valor del rancho—explicó el abogado.

—No entiendo. ¿Por qué Thomas haría algo así?

—Pues no lo sé, pero te advierto que con Thomas siempre hay una segunda intención. No debería decirte esto, pero tú siempre caes en sus trampas, así que me toca ser reiterativo.

Jayden negó, confundido.

—¿Qué hay de ti? ¿Por qué me adviertes?

—Bueno, gatito, quizás no lo sepas, pero uno debe unirse en contra de los enemigos.

—¿Desde cuándo Thomas es tu enemigo?

—Thomas es enemigo de todo el mundo y no dudaría en vendernos al mejor postor. Sé que tú eres un tonto, pero eres buena persona y si bien nunca tendremos una relación fraternal, esta advertencia te deja en deuda conmigo. Una deuda que, en algún momento, me cobraré.

Jayden se rascó la barbilla.

—Ya dudaba yo de tu buena actitud y generosidad.

—Claro, y Santa Claus existe. Vamos, Jayden. Eres un adulto, deja de comportarte como un niño, si no quieres terminar arruinado.

—El rancho es una mierda—alegó sin un mínimo de duda Jayden—.Sea cual sea el motivo por el cual Thomas quiere comprarlo, se lo venderé.

—¿O sea que he perdido mi valioso tiempo para nada?

—Agradezco tu generosa advertencia abogado, pero como tú dijiste, no estoy hecho para los juegos de adultos.

—Eres un perdedor, gatito.

—¿Qué prefieres Killian? ¿Tener paz o tener razón? Yo prefiero la primera.

—Tener dinero—replicó a modo de burla—.Prefiero tener dinero, cosa que tú nunca tendrás por idiota. Buena suerte, gatito negro. ¡Ja! Es casi una ironía, ¿no crees?

Jayden entornó los ojos.

—Gracias por el aviso, Killian. Buena suerte nadando con los tiburones.

—La suerte es para los mediocres, las personas como yo tenemos éxito.

—¿Cómo es que tú y tu ego pueden vivir en una misma casa?

—Pues es una casa grande, Jayden. Una que tú nunca podrás comprar ¡Ten una buena noche! Si no puedes dormir, puedes contar ovejas, digo, para irte acostumbrando.

Jayden cortó la comunicación antes de que el idiota continuara con su catarata de bromas que solo lo divertían a él.

—¿Pasa algo? —Ayleen estaba a varios metros de la mesa donde Jayden se había apoyado.

—Killian me dijo que Thomas querrá comprar el rancho.

—¿El rancho? ¿Por qué lo haría? No hay nada allí.

Jayden se encogió de hombros y observó el celular antes de deslizarlo sobre el vidrio de la mesa.

—No lo sé, pero puedo asegurarte de que no será para mi beneficio.

—¿Vas a venderlo? Tu padre...

—Mi padre está a dos metros bajo tierra. Replicó. Dudo que le moleste que me deshaga de esa porquería y que tome el dinero que nadie en su sano juicio pagaría por esa maldita tierra.

—Te estás apresurando, Jayden—esgrimió su madre.

—Quiero seguir adelante, mamá. Wyoming no es un lugar en donde planeo vivir. No si quiero crecer en la fotografía.

—Cariño, ¿por qué no viajas y conoces el rancho? Tal vez, te haga cambiar de opinión.

—No lo hará, mamá. Soy un hombre de ciudad que es alérgico incluso a los mosquitos. Dime, ¿qué carajo haría en un rancho en medio de la nada?

Ayleen se cruzó de brazos y negó.

—Te vas a arrepentir de esta decisión.

—Hay muchas cosas de las que me he arrepentido en este último tiempo. Créeme, mudarme a Wyoming para vivir en medio de tipos sudorosos, vacas y ovejas no será una de ellas.

5 Fotografías

Manhattan, Nueva York. Dos semanas después.

—Bueno. Lo de los vaqueros sudorosos no es tan mala idea.

Jayden bufó ante la broma de Olimpia, su mejor amiga.

—¿Por qué carajo te tomas todo como broma? ¡Te pareces a Killian!

—¿Qué te pasa Jayden? Antes mis bromas te parecían divertidas ahora, me las criticas. Aquí la cuestión sería preguntar, ¿qué te sucede a ti?

—La vida me pasó, Olimpia. —Jayden contrajo la mandíbula—. Primero Ferrant, luego la muerte de este desconocido que, según mi madre, era mi papá. Un tipo que todavía no entiendo por qué carajo cuidaba.

—Jayden, deja de hablar así de él.

—Es la verdad Olimpia. Siempre buscó la manera de excluirme y ahora me hereda un rancho venido abajo que solo puedo vendérselo a mis hermanos por una cláusula legal.

—¿Killian no te dijo que Thomas quiere comprarlo?

—Sí.

—Y ya está entonces, te llamará. Logra el acuerdo más beneficioso posible para ti y listo. Asunto arreglado.

—Eres tan simplista. —Jayden se quejó.

—No, amigo. Tú eres demasiado complicado—aseguró la mujer que hizo una pausa y tomó aire para lo próximo que estaba por decir—. Tu papá no regresará Jayden, ni vas a recuperar el tiempo perdido. Es lo que es, a veces es duro, pero hay que avanzar.

Jayden se mordió el labio inferior. No quería llorar, ese bastardo no se merecía sus lágrimas.

—Estoy cansado, Olimpia. Todo el mundo me toma el pelo.

—Comienza a respetarte tú y sal del lugar de víctima.

—Yo no...

—Lo haces todo el tiempo Jayden—replicó la mujer—¿Sabes? Hoy me habría gustado tener una conversación en donde no todo girara alrededor tuyo. Desde que vi tu nombre en el teléfono me propuse sacarte un poco de ese momento oscuro que estás pasando, pero ¿cómo puedo hacerlo cuando te niegas a dar un paso hacia adelante? Ya han pasado quince días. Estás encerrado en tu departamento y no le abres a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Juan fue a verte y se cansó de golpear tu puerta. No respondías los mensajes, ni siquiera los de tu madre que terminó llamándome porque estaba preocupada. Jayden te quiero, pero muchas veces no te dejas ayudar.

Jayden observó a su amiga en la pantalla del celular. Sus ojos estaban rojos y tenía ojeras, lo que hablaba de una larga jornada laboral.

—Mi vida es un desastre, Olimpia. No sé por dónde comenzar. El hecho de que Thomas no me llame me pone más tenso. Quiero salir de esto.

—¿Has pensado que tal vez tu destino sea hacerte cargo de ese rancho?

Jayden se encogió de hombros.

—Olimpia, lo más cerca que he estado de una vaca ha sido en la góndola del supermercado. Soy malísimo con los números y, por lo que sé, el lugar está destruido. Tan solo lo mantienen algunos empleados y su administrador.

—¿Sabes al menos como se llama el administrador?

—Sí, el abogado me dijo que se llama Walter Harris. Su padre estuvo a cargo del rancho antes de fallecer hace unos años atrás.

Olimpia apoyó la mano en su mentón.

—¿Qué tal si viajas y conoces el lugar? ¿Por qué no te permites eso, aunque sea? Quizás termines congeniando con el tal Walter. Tú eres divertido la mayor parte del tiempo. Es imposible que le caigas mal.

Jayden puso los ojos en blanco.

—Eso es a la gente normal. No a unos tipos que, de seguro, son homofóbicos. Me verán y querrán quemarme vivo.

Olimpia dio un suspiro.

—Bueno, cuando se trata de ser negativo no hay quien te gane, amigo. Dudas todo el tiempo de ti y de tu inteligencia, incluso de tu sombra.

—Soy realista.

—No, eres negativo—argumentó la mujer—.Trabajas a mi sombra porque sientes pánico a la crítica. Nunca te das tiempo de mirarte al espejo y ver el maravilloso ser que está ahí y que busca ser libre. Puedes decir lo que quieras, pero no voy a dejar de dar mi opinión. Quizás Wyoming sea un lugar maravilloso para la fotografía. Su clima, su fauna, tiene sabor a cuento de hadas. ¿Y el nombre del rancho? ¿Possessive? ¿En serio? Si que tu padre tenía fuertes pasiones ahí.

—Hablando de cosas locas.

Jayden frunció el ceño y sus ojos fueron hacia la encimera de la cocina donde estaba el diario de su padre. Levantó el cuaderno forrado con cuero marrón y Olimpia lo escruto.

—¿Qué carajo es eso?

—Es el diario íntimo de mi padre—explicó Jayden—.Tuve el honor de recibirlo junto con el rancho.

Olimpia arqueó su ceja izquierda.

—¿Ya lo leíste?

—¿Estás enferma o qué? ¿Qué hijo sería capaz de escudriñar en los secretillos de su padre? Menos en uno que, al parecer, tenía mucho que ocultar.

Olimpia hizo una mueca.

—Yo creo que ahí está tu respuesta. Por años, has querido saber qué ocultaba tu papá. Ahora que ha fallecido te ha dado vía libre para descubrirlo, y es un privilegio que solo te ha dado a ti.

—No lo sé. Quizás me lo heredó porque estaba seguro de que no era capaz de abrirlo.

—¿No lo eres?

—¿Me estás desafiando? —indagó Jayden con gracia.

—No, pero sería bueno verte romper las reglas de vez en cuando.

—No estoy hecho para salirme del molde, Olimpia. Los críticos siempre lo dicen. Bueno, pero no brillante. Uno más del montón.

—¡Porque nunca te permites ser tú! —exclamó Olimpia—.Tú sabes que no soy de dar cumplidos a la ligera y no lo hago porque seas mi amigo. Eres fantástico, Jayden y quizás necesitas esa dosis de adrenalina y aventura, después de todo el dolor que has vivido. No dejes que la crítica, tu padre o quien sea te robe tu sueño. Naciste para brillar y encandilar a los

bastardos que dijeron que no podías.

Jayden se afirmó a la encimera. El silencio del departamento se sentía incómodo.

—No puedo acostumbrarme a vivir sin Ferrant—confesó con lágrimas en los ojos. De pronto siento que fui una mierda para todos los hombres importantes de mi vida y para las mujeres también.

—Para mí siempre serás valioso, gatito negro.

—No me llames así.

—Sé que Thomas te lo decía para enojarte, pero eso era porque tú se lo permitiste. Deja de darles ese poder a los demás. Haz lo que debas hacer con la herencia de tu padre, pero que esa decisión venga del corazón y no del miedo.

Jayden sonrió y negó.

—¿Por qué carajo siempre tienes las palabras justas?

—Porque soy mayor que tú y alguna vez estuve desorientada, pero tuve fe y la vida me recompensó con un trabajo que amo, con un amigo hermoso, y un prometido que lo es todo.

Los ojos de Jayden estuvieron a punto de desorbitarse.

—¿Prometido?

Olimpia le dio una sonrisa y levantó su mano izquierda. Un anillo de compromiso con una esmeralda enorme brillaba en su mano blanquecina.

—Me lo propuso hace dos días.

—Por Dios, Olimpia ¡No sabes cuan feliz me pones con esta noticia!

—Creo que estoy soñando—dijo la mujer con brillo en los ojos—.Lo amo tanto, Jayden.

El muchacho dejó caer las lágrimas y rio junto a su amiga.

—Perdóname por arruinar tu día.

—No lo haces, amigo. Solo quiero que te pongas bien y, para eso, eres tú quien debe darse una oportunidad.

Jayden tragó saliva y asintió.

—Voy a intentarlo—replicó—. Viajaré a ese maldito basurero.

—Cuídate mucho. Quiero verte en estos días. Dime cuándo podemos visitarte o si puedes acércate a la galería.

—Prometo hacerlo.

—Sé que tu padre no iba a ganar el premio al padre del año, pero creo que esto es una señal. Confía en la vida.

Jayden no iba a cuestionar sus palabras de nuevo. Era inútil.

—Nos vemos, Olimpia. Cuídate.

—Nos vemos, gatito negro.

Jayden dejó el celular en la encimera de mármol blanco. Acarició el diario y notó que los bordes eran ásperos. Lo dejó en su sitio y encendió la cafetera.

«Yo creo que ahí está tu respuesta. Por años has querido saber qué ocultaba tu papá. Ahora que ha fallecido, te ha dado vía libre para descubrirlo, y es un privilegio que solo te ha dado a ti».

Jayden dio un salto y se sentó sobre la encimera mientras la taza se llenaba en la cafetera. Estiró su brazo hacia el cuaderno de hojas amarillentas y su corazón latió deprisa.

«Papá».

Se humedeció los labios y sus dedos rozaron los pliegues para luego separarlos. La nota al principio del diario, junto a un par de fotografías en blanco y negro, paralizaron su corazón.

6 Dame la oportunidad de explicar

Hola Jayden. Mi hermoso y valiente Jayden. Sé que debe ser una sorpresa para ti este diario, al igual que todo lo que contiene, así como también mis palabras amorosas. Hay tanto de mí que no conoces que dudo que estas páginas puedan hacer justicia a todo lo que he cargado por años y, de lo que no quise hablar porque no tenía las fuerzas para hacerlo.

En él encontrarás toda mi vida en el rancho Possessive y también entenderás porque lleva ese nombre. Sé que en este momento las emociones que te dominan son un subibaja. Me odias y lo tengo merecido. Soy consciente que cuando me perdí en la desgracia de lo imposible, me olvidé de vivir, de darles el amor y la atención que ustedes se merecían.

Sé que a Thomas siempre le importó más el dinero y el qué dirán que otra cosa, Killian por su parte, siempre fue valiente y se animó a hacer cosas impensadas, tiene la capacidad de aislar los sentimientos y considero eso un talento en el mundo en el que vivimos, donde se nos dice todo el tiempo que no debemos sentir.

En cambio, tú, mi niño tienes la sensibilidad a flor de piel y no temes entregarte incluso cuando el mundo está hecho para destruirte. Escribo estas líneas al principio para pedirte que no tengas miedo. Dame la oportunidad de explicar, dame la oportunidad de revelarte mi mayor secreto incluso cuando ya no puedes cambiar mi destino y tampoco el de él.

El nudo que Jayden tenía en la garganta le impedía respirar. Las dos imágenes que acompañaban la nota eran muy antiguas. Había una diferencia de, más o menos, una década entre una y otra. Había dos hombres a caballo en estaciones del año diferentes. Uno de los hombres era su padre. En una de las fotos, Glenn aparecía sobre un caballo de color negro azabache robusto con largas crinas. Las riendas eran sostenidas por un hombre de la edad de su padre en aquel momento. Quizás treinta o treinta y cinco años que estaba de pie al lado del corcel. Ambos reían a la cámara. En la otra aparecían junto al mismo caballo, pero ambos hombres lo montaban. Jayden desvió su mirada a un costado. No había nada extraño en ella, sin embargo, parecía tan íntima, derivada de una situación que solo era compartida por esas dos almas. El hombre que acompañaba a Glenn era de tez muy blanca, rubio, de barba poblada y ojos claros. Su belleza robaba el aliento. Las manos del hombre estaban en la cintura de Glenn entretanto compartían la montura. Sus abrigos pesados mientras los copos de nieve volaban a su alrededor.

—Soy gay, papá.

—¿Y quién carajo te da derecho a hablar tan abiertamente de ello? ¿Quién crees que eres?

¿Sería posible que el mayor secreto de su padre estuviera en esas imágenes?

Jayden se cubrió la boca y se quedó con las imágenes en la mano. Bebió un sorbo de café y, por primera vez en varios años, necesitó de un cigarrillo.

Sus manos se deslizaron sobre el borde de las hojas y el filo de una de ellas cortó la yema de su dedo índice. Jayden hizo una mueca de dolor y dejó caer el diario sobre la encimera. Observó su dedo y la sangre hizo su aparición. Se levantó y, de inmediato se giró hacia el grifo y se lavó. La diminuta herida ardía. Se secó con un repasador y buscó el diario una vez más junto a las fotos y las notas dentro de él.

Se dirigió a las primeras páginas con las ansias de devorar esas crónicas como si fueran una lectura prohibida, una que solo él podría descubrir.

Sus sentidos no le mentían. Su padre tenía algo más con ese hombre de Wyoming y Jayden quiso saber hasta dónde había llegado. Glenn de Vincent, el hombre que siempre lo observó con desdén y fue un crítico acérrimo de sus preferencias sexuales, era un hipócrita, y esa sensación, en vez de causarle dolor, produjo un sentimiento de calma en su interior.

Es sabido que el mal de muchos puede ser un consuelo. Jayden, que hasta ese momento se había sentido solo e incomprendido, estaba a punto de entender que las apariencias engañan y que hay amores que solo pueden preservarse en la pureza de la tinta y el papel.

Wyoming, primero de julio de 1990.

El sol de julio castiga la tierra con ferocidad. Camino al lado del nuevo administrador que me da una especie de tour sobre las actividades del rancho. No me interesa nada de lo que habla. Estoy aquí solo para cumplir con los deseos de mi padre. Mi lugar es la ciudad. Estar rodeado de vacas no es mi estilo, nunca lo fue, sin embargo, este hombre se empeña en demostrarme que este sitio es el mejor lugar del mundo. El sol le debe haber achicharrado las neuronas que le quedaban. Es un tipo enorme, debe medir cerca de dos metros. Mucho más que mi metro ochenta y a su lado parezco un enano. Me cruzo de brazos y eso le indica que todo lo que está diciendo entra por un oído y sale por el otro. No me interesa lo que diga, sea lo que sea, no voy a quedarme aquí por más de dos meses, los cuales, odiaré con toda mi alma. Estoy felizmente casado. Tengo un hijo y otro viene en camino y, si puedo hacer algo por ellos, es que nunca pisen este lugar.

Su apellido es Harris, es todo lo que le he dejado decir. No me interesa fraternizar con este tipo, es más, hay algo en él que me pone nervioso. Es extraño, siempre estuve rodeado de hombres, he convivido en una fraternidad, pero hay algo en él que es diferente. Sus ojos son intensos y cuando me mira es como si conociera mis secretos, como si llegara a lo profundo de mí cuando apenas hemos intercambiado monosílabos. El calor me está matando. Carajo, solo quiero que llegue la noche y dormir en una cama cómoda. Si tengo suerte, el tiempo pasará rápido y mi padre dejará de chantajearme con desheredarme.

Jayden cerró el diario y lo colocó sobre la encimera. Su mente hizo mil conjeturas. La imagen de los dos hombres a caballo le develó la verdad incluso cuando su mente insistía en que se calmara y no prejuzgara. Esto era entre su padre y él. Por algún motivo, el hombre le dio esta misión y Jayden se vistió de valentía incluso con el miedo a cuestras. El rancho y sus fotos era todo lo que tenía.

—¿Alguna vez lo acompañaste a Wyoming?

—No, nadie lo hizo. El rancho era su refugio.

La conversación con su madre invadió su cabeza. Jayden se dijo a sí mismo que era hora de cambiar su destino y solo podría hacerlo uniendo las piezas de un enorme rompecabezas hundido en la oscuridad. Asió el celular una vez más y llamó a su madre.

—Jayden.

—Voy a ir a Wyoming, mamá.

—¿En serio? ¿Así de repente?

—Sí, es hora de comprobar con mis propios ojos todo lo que papá nos ocultó por décadas.

—Cariño, eso no te hará feliz. No vayas por las razones equivocadas.

—Sé que no me hará feliz, mamá—esgrimió Jayden—, pero me dará libertad. En este momento, es todo lo que ansío.

7 Walter Harris

Rancho Possessive, Wyoming. Estados Unidos.
Dos días después.

Thomas de Vincent se acomodó su abrigo Armani y descendió de la camioneta todo terreno que lo había llevado hasta el rancho Possessive que ahora pertenecía a su hermano Jayden.

Sus ojos azules se posaron en el lugar, en las enormes llanuras y los escasos animales que estaban sobreviviendo al frío, del mismo modo a los trabajadores. Thomas les dio una mirada de desdén y se dirigió hacia la casa principal donde el nuevo administrador, en un acto de total soberbia y falta de respeto iba y venía por el despacho de su difunto padre.

¿Cómo lo sabía? No es que Thomas alguna vez hubiera pisado ese lugar espantoso, sino que el propio abogado de su padre se lo comentó.

Su nombre era Walter Harris, se llamaba igual que su padre quien había fallecido dos años atrás. Thomas dio un suspiro y el aire frío ingresó a sus pulmones como si se tratara de cuchillas afiladas. Se presentó a un par de hombres, los cuales, lo miraron con sorpresa y le indicaron el camino. Walter estaba detrás del escritorio de roble antiguo con una chaqueta andrajosa y su pelo rubio revuelto. Thomas se aclaró la garganta. La mansión estaba impecable como si esperaran la visita de alguien, de hecho, eso era casi seguro debido a que Jayden, de una u otra manera, se acercaría al lugar. Thomas decidió adelantarse y preparar el terreno.

Walter levantó la mirada de sus papeles y se encontró con el hombre que parecía más bien un modelo de revista antes que un empresario.

—Buenos días. —El administrador se presentó de inmediato y se puso de pie—¿Jayden de Vincent?

—No—replicó en tono serio—,soy Thomas. Su hermano mayor. Es un gusto conocerte.

Walter arqueó una ceja.

—¿Qué hace usted aquí?

Thomas frunció el ceño.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Te das cuenta de que podría despedirte?

Walter tensó la mandíbula.

—No, usted no puede. Solo el tal Jayden tiene esa potestad como dueño. Claro, cabe la posibilidad de que vayas como niño llorón y le pidas ese favor a tu hermano.

Un golpe directo a la mandíbula. Thomas no sabía qué hacer. Nunca lo habían desafiado de ese modo en cinco minutos.

—Escúchame bien, bastardo.

—No, escúchame tu a mí—replicó Walter sin amedrentarse ni un segundo—. He tenido bastante de los putos de Vincent para que venga uno que no tiene ni voz ni voto a quererme mangonear ¿Qué carajo quieres?

Thomas ardía de vergüenza y rabia.

«Walter es un muchacho humilde y amable. Con gusto los recibirá».

La noción de humilde y amable del abogado de Glenn difería de la de Thomas.

—Escúchame, muerto de hambre—graznó sin ánimos de endulzar una conversación—.Estoy

aquí por negocios que pueden ser beneficiosos para mí y para ti. No me vengas con comportamientos subversivos.

Walter frunció el ceño y luego comenzó a reír.

—¿Crees que soy tan idiota para creer en tu palabrerío bonito? En ese truco podía caer mi padre. A él le encantaba cuando Glenn de Vincent le endulzaba el oído, conmigo pierdes el tiempo.

Thomas hizo de sus manos dos puños. No iba a rendirse. No había llegado allí para irse con las manos vacías. Caminó hacia donde estaba de pie Walter y se ubicó frente a frente.

—¿Te gusta trabajar aquí, Walter?

El hombre tensó la mandíbula.

—Lo odio.

Thomas se cruzó de brazos. Bien, lo tenía donde quería y podía avanzar.

—¿Y si te diera la posibilidad de iniciar una vida lejos de este mugrerío?

Walter lo escrutó.

—¿Qué es lo que quieres?

—Comprar esta tierra a un bajo precio—explicó sin tapujos. Confiado en que ese bastardo no abriría la boca cuando estuviera con Jayden—, pero, para ello, debo lograr que mi hermano esté tan agotado y resignado que yo parezca un ángel caído del cielo.

Walter volvió a sentarse y se cruzó de piernas.

—No estoy interesado en el asesinato. Los de Vincent no valen ni una visita a la estación de policía.

Thomas rio porque pensó que era una broma, pero Walter se mantuvo estoico.

—Tranquilo, vaquero. Aquí no debes matar a nadie, pero es bien sabido que tienes un gran poder. Eres el único que conoce el terreno palmo a palmo. Mi hermano es un snob que jamás ha salido de Manhattan o Londres. Sería muy fácil para ti hacerlo odiar el lugar.

Walter negó, con cientos de dudas remolineando en su cabeza.

—¿Has pensado que puede despedirme y todo tu plan se caería a pedazos?

—No lo hará. —Thomas rio divertido—. Lo que tiene de snob lo tiene de tonto, además el miedo lo domina. De solo pensar que se quedará solo en un sitio, sufrirá un ataque de pánico. Por eso, confío en tu talento para doblegarlo y que, en menos de una semana, tome el primer vuelo a Nueva York.

—¿Por qué te interesa el rancho? No hay nada de valor aquí.

—Eso no te incumbe. —Thomas se sentó con sus brazos apoyados sobre el escritorio de roble—. Solo ten en cuenta que te llevarás un millón de dólares para comenzar la vida donde tú quieras.

Walter frunció el ceño. Se hizo hacia atrás en la silla y puso sus pies sobre el escritorio. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Crees que soy idiota, que porque vivo aquí no tengo idea del mundo? —indagó con burla e indignación—. Glenn más de una vez nos dijo a mi padre y a mí que había estudios preliminares sobre esta tierra que indicaban que había petróleo. Por eso la quieres, ¿verdad? Quieres destruir todo y construir un yacimiento.

Thomas se arregló el cabello negro y se aclaró la garganta.

—Lo que haga con mi tierra será mi problema. Tu límitate a qué mi hermano...

—Veinte millones de dólares. —Walter interrumpió la línea de pensamiento de Walter—. No admito menos que eso.

—¿Qué? ¿Perdiste la cabeza?

—Este lugar vale miles de millones. Ese es un monto ínfimo para ti. Veinte millones de dólares, me deshago de tu hermano y jamás vuelves a saber de mí.

Thomas negó, enfurecido.

—Podría conseguir a alguien por un precio menor.

—Mentira. —Walter sonrió y su rostro se iluminó con ese gesto—. Has salido de tu hogar calentito para internarte en medio de la nada, eso me demuestra lo desesperado que estás. Soy tu tabla de salvación, de Vincent. Dame lo que te pido por escrito y el trato queda sellado.

Thomas guardó silencio por un par de minutos. Los ojos azules de Walter estuvieron sobre él todo el tiempo.

—Puede que mi abogado demore en confeccionar el acuerdo.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo, de Vincent ¿Qué hay de ti? ¿Estás apurado? ¿Algún vuelo que tomar?

Thomas se humedeció los labios. Se puso de pie y se arregló el abrigo impecable.

—Bien, tú ganas. Tendrás noticias de mi abogado a más tardar en veinticuatro horas. — Thomas colocó las manos en los bolsillos—. Espero que cumplas tu palabra.

—Siempre lo hago, de Vincent. Quizás, para ustedes, ese sea un concepto desconocido.

—No sé a qué te refieres—respondió Thomas confundido ¿Por qué carajo el administrador tenía ese odio recalcitrante hacia ellos?

—Por supuesto, ustedes nunca se enteran de nada—esgrimió con socarronería. Thomas negó ofuscado y se dirigió a la puerta—. Una cosa más, señor de Vincent.

—¿Y ahora qué? —preguntó con hartazgo Thomas.

—Ese abrigo, creo que me quedaría muy bien.

Walter regresó tarde a su pequeña cabaña esa noche. Una tormenta de nieve se había desatado y debieron poner a salvo al ganado. Ingresó a su hogar y, de inmediato, encendió la chimenea.

Se quitó la chaqueta llena de nieve y abrió la bolsa en dónde cargaba el abrigo de diseñador que le había quitado a Thomas de Vincent. Fue tan gracioso verlo tiritar rumbo a su camioneta. Walter buscó un vaso, la botella de whisky y se sirvió un trago, el cual, ingirió de inmediato y calmó el frío.

«Veinte millones de dólares».

Se concentró en las llamas que crecían en la chimenea y en el calor que lo envolvía. Muy pronto, abandonaría esa vida y los fantasmas que lo perseguían.

—*Lo amo. Jamás podré amarte como lo amo a él.*

—*Es un hombre, degenerado. ¿Te das cuenta a lo que estás exponiendo a la familia?*

Las voces aún se escuchaban nítidas. Walter jamás olvidaría la primera vez que escuchó a su padre confesar su amor por un hombre, al cual, jamás tendría. Ese mismo bastardo que lo había abandonado y lo enterró en sus recuerdos alimentados por cartas que jamás fue capaz de enviar. Glenn de Vincent le había arrebatado a su padre, y también a su madre cuando decidió marcharse sin mirar atrás.

Muy pronto la pesadilla terminaría, y, con un poco de suerte, todos los de Vincent se matarían entre sí. Carecía de importancia si el tal Jayden era un hijo de puta o solo un chiquillo engreído. Walter se libraría de ellos para siempre y, por una vez, después de mucho tiempo, sería feliz.

8 Un comienzo

Wyoming, diez de agosto de 1990.

Mi estancia en este lugar está llegando a su fin. Ayer pude hablar con mi esposa y con mi hijo Thomas. Su vocecita me dio calma y también algo de tristeza. Lo que ocurre es que tengo sentimientos encontrados. Quizás sea una locura lo que voy a decir, pero me he acostumbrado a este lugar solitario. Walter me ha enseñado tanto, y su pasión por lo que hace es tan abrumadora que, por ratos, me encuentro observándolo y entiendo que me falta tanto para crecer como hombre. Para tener la mitad de la fuerza y el valor que él tiene. Pronto terminará mi visita, pero estoy seguro de que no será la última. Aún no tengo pensado traer a mi familia aquí, pero los momentos que tengo para mí en este sitio son invaluable. Quisiera sentir esta misma libertad en Manhattan. Que el cemento de los edificios me contagiara la misma jovialidad que las verdes llanuras. Cielos, estoy divagando. De nuevo.

Jayden se estiró en su asiento de primera clase y dio un profundo suspiro. Estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto de Cheyenne. Una tormenta de nieve había azotado la mayor parte de Estados Unidos y retrasó varios vuelos, lo que hizo que pasara horas en el aeropuerto antes de abordar.

Estaba nervioso, no iba a mentir. La única compañía era el viejo abogado de su padre quien se había empeñado en acompañarlo, tal y como solicitó Glenn. Jayden rio ante la tontería. Jamás se preocupó si se sentía solo cuando era pequeño, le pareció surrealista que ahora, después de muerto, y siendo él un hombre de veinticinco años, se preocupara tanto por su seguridad. Además, ¿qué clase de tipos eran los que trabajaban en el rancho? ¿Maleantes? Puede que Jayden fuera joven, pero era el dueño y, por este motivo, su voluntad primaba sobre la de los demás. Seguramente habría algunos que apenas lo tolerarían. Sus cejas depiladas, sus manos de manicura, su piel perfecta y escaso vello corporal, su cabello prolijamente recortado y arreglado. Esos hombres, al menos varios de ellos, lo verían como raro.

—¿Estás listo para una aventura, amigo?

—Tanto como es posible—señaló Jayden y el hombre le sonrió.

—No te preocupes, puede que tengas dudas, pero el lugar va a enamorarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nadie que pase por ese rancho puede negar la magia de ese sitio. Te lo dice un hombre que pasó toda su vida entre Nueva York y Washington.

Jayden tragó saliva. Las palabras de su padre en el diario evocaban lo mismo. Ese lugar perdido en la soledad, con veranos duros e inviernos crudos representaba un misterio que muchos habían descubierto.

Wyoming era un estado que tenía cerca de seiscientos mil habitantes y una vasta extensión territorial, con lugares muy visitados como el parque Yellowstone, por lo que la afluencia turística era un factor importante de su economía, aun así, la población era ínfima si se lo comparaba con la cantidad de tierra que pertenecía a ese estado.

Jayden dio un bostezo mientras el todoterreno que habían rentado lo llevaba a toda velocidad a las afueras de Cheyenne.

«Rancho Possessive».

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime—replicó el abogado que iba a su lado. Jayden se mordió el interior de la mejilla.

—¿Papá te dijo algo más de las razones por las cuales me dejó este lugar?

—Solo lo que está escrito en el testamento—señaló el hombre—. Tu padre, desde que eras un niño, creyó que este lugar florecería contigo.

—Pues debería haberme traído, aunque sea una vez para saber con qué voy a encontrarme.

—¿Cuál es tu miedo, Jayden? ¿Fracasar?

—No, para él, fui un fracaso desde el momento en que le dije que era gay—respondió con dolor y algo de veneno. El abogado bajó la mirada y Jayden se peinó su cabello—. Lo lamento, no fue mi intención hacerte parte de mis problemas familiares.

El abogado dio un suspiro.

—¿Te das cuenta de que las diferencias ideológicas por nuestras edades coaccionan nuestras vidas?

—Lo sé, y no le pedía que me felicitara, solo que no me diera una mirada de desdén.

«Maldito hipócrita».

Cada página que leía de ese maldito diario lo llenaba un poco más de rabia. Jayden pensó que, cuando llegara a la última hoja, tendría ganas de revivir a su padre solo para golpearlo e insultarlo.

Atravesaron las llanuras nevadas, los cristales laterales se llenaron de escarcha.

—El administrador ha pactado una reunión con todo el personal para el día de hoy—agregó el abogado para cambiar el ambiente en el vehículo—. Creo que vas a llevarte bien con él. Conoce el oficio desde que nació, y también es joven, tiene treinta y cinco años.

Jayden asintió y se mantuvo con su vista en el exterior. Atravesaban kilómetros y kilómetros y no había un alma.

—Mira—dijo el abogado después de varios kilómetros recorridos—, aquí comienzan tus tierras, Jayden.

Jayden fijó su atención en la vasta extensión y el miedo le oprimió la garganta. Eran kilómetros y kilómetros.

—Es enorme.

—Lo es, nunca subestimes lo que tienes, Jayden. Puede que el rancho y sus trabajadores no sean de lo mejor, sin embargo, todo tiene potencial y tú eres un hombre inteligente. Harás buenos negocios.

—Soy licenciado en fotografía.—Jayden se burló—. Conozco tanto de animales y negocios como un enfermero de física nuclear.

El abogado puso una mano sobre su hombro.

—No te adelantes—aconsejó el abogado. Jayden dio un suspiro cuando el nombre del rancho apareció en varios carteles de madera—. Bien, ya estamos aquí.

La camioneta puso luz de giro y se internó en un camino sin pavimentar. La enorme mansión antigua se elevaba en medio de algunos árboles que ahora estaban cubiertos por la nieve. El corazón de Jayden se le iba a escapar del pecho. El vehículo avanzó despacio, entretanto la tormenta se profundizó. Un hombre envuelto en un abrigo de cuero, bufanda, y un sombrero que terminaba de cubrirlo, salió a recibirlos. La camioneta se detuvo y Jayden descendió del vehículo.

—Walter—dijo el abogado y se acercó al hombre para estrechar su mano. Los dientes de Jayden castañeaban ¿Cómo carajo iba a acostumbrarse a esto?—Este es Jayden de Vincent. El nuevo dueño de Possessive.

El hombre se enfocó en Jayden en medio de esa tormenta, sus ojos azules penetraron en lo profundo y el muchacho tragó saliva.

—Vengan por favor. Van a congelarse aquí—dijo sin saludar al nuevo dueño. Jayden frunció el ceño.

—¿Dónde están los empleados?

—Están reunidos en uno de los establos.

—Pues vamos a verlos de inmediato.

—Se está congelando—agregó Walter y Jayden, a pesar del frío y su escaso metro sesenta se puso frente al hombre y levantó la mano.

—Mi nombre es Jayden de Vincent.—Walter observó la mano enguantada y la tomó. Jayden se percató de que sus manos estaban desnudas, y tenían un color violáceo—. No nos hemos saludado de manera apropiada.

Walter frunció el ceño.

—Estoy tratando de resguardarlo del frío.

—Y yo te estoy saludando y, solo para que quede claro y por si no escuchaste al abogado de mi padre, soy el nuevo dueño.

Algunas arrugas se formaron alrededor de los ojos azules de Walter. Si bien no podía ver su boca ya que estaba cubierta con la bufanda, fue una señal de que estaba riendo.

—Es un placer, señor de Vincent. Soy Walter Harris, su padre me nombró administrador hace dos años.—El sarcasmo resonó en los oídos de Jayden.

—Igual para mí, Walter. Ahora llévame a dónde están los empleados. Lo último que deseas es que se congelen a la espera de un idiota ciudadano, ¿verdad?

Walter asintió sin ánimos de molestar un poco más a Jayden.

—Como ordene. Sígame.

Jayden le hizo seña al abogado para que lo acompañara. Walter iba un par de metros adelante. El muchacho se detuvo en esa espalda ancha y un escalofrío lo invadió. El tipo tenía un porte como si se dedicara a pelear con osos.

—¿Estás bien?—preguntó el abogado que caminaba a su lado y Jayden sonrió.

—Sí, puedo con esto.

Una de las edificaciones era una estructura colosal de madera. Walter le explicó que tenía cincuenta de ellas para resguardar a los animales del frío.

—El ganado vacuno ha perdido terreno desde hace una década cuando su padre decidió invertir en ganado ovino—explicó Walter. Jayden escuchaba mientras el viento frío soplaba con fuerza. Carajo, debería haberlos visitado en primavera. Había alrededor de cien hombres reunidos en ese sitio. Jayden estuvo a punto de dar media vuelta y correr—. Es por aquí, señor de Vincent.

Habían armado una especie de escenario de madera para que Jayden pudiera hablar con los trabajadores. Se detuvo antes de subir.

—¿Está bien o es demasiado bajo?—Jayden arqueó una ceja, se desabotonó el abrigo y se quitó la corbata. Walter peinó su cabello rubio luego de quitarse el sombrero.

Jayden había estado a punto de mandarlo a la mierda antes de que el cavernícola se mostrara tal cual era.

—Quiero que subas conmigo—dijo y Walter sonrió.

—¿Yo?

—Sí, eres el administrador de este sitio y te necesito a mi lado ¿Puedes hacer eso?

—Por supuesto, señor de Vincent. Lo que usted ordene.

9 Problemas y más problemas

—Por supuesto, señor de Vincent. Lo que usted ordene.

Jayden cruzó los ojos e imitó al administrador mientras estaba en una videollamada con su amiga Olimpia. Las carcajadas resonaron. La mujer se limpió las lágrimas.

—Bueno, al menos te llamó «señor».

—Lo hace en tono sarcástico—replicó Jayden—, si tú lo vieras, es más soberbio que Killian y eso ya es mucho decir.

—¿Más que tu hermano el abogado exitoso? ¿Quién carajo se cree que es?

—¡Yo qué sé!—exclamó enojado—. Se la pasó hablando con los empleados luego de mi discursito patético porque según él, expliqué todo mal.

—¿A qué se refiere?

—Según mi querido administrador, cada vez que en este lugar se habla de eficiencia se produce un nuevo recorte en materia salarial, o se reduce la planta de trabajo, es decir que mi discurso, en lugar de traer calma y confianza, le trajo desazón y produjo en diez minutos histeria colectiva.

—Mierda.

Jayden entornó los ojos.

—Yo no estaba hablando acerca de eso, sino de mejorar los recursos y obtener grandes resultados ¡Este sitio se cae a pedazos! Y por lo que veo las tormentas no cederán. El personal no cuenta ni siquiera con herramientas adecuadas, y mucho menos ropa.

—Ten un poco de paciencia, de seguro cuando el invierno ceda van a poder trabajar como se debe.

—¿Ves eso?—Jayden mostraba una especie de informe—. Este fue el último balance. Están en la quiebra. Possessive dejó de ser rentable hace años y mi padre solo la mantuvo por Dios sabe qué cosas. Dejó de invertir dinero aquí desde que murió el anterior administrador.

—El anterior administrador es el padre del simpático con el que trabajas ahora.

—Ese mismo—señaló con una sonrisa burlona Jayden—, se han perdido alrededor de doscientas cabezas de ganado vacuno y todavía no calculan las pérdidas a causa del invierno en cuanto a ovejas. Olimpia, este, por lejos, es el peor negocio del mundo. Se deben inyectar millones para que funcione. En cuanto a los salarios, por Dios, yo sé que a las personas que trabajan en el campo les pagan migajas, pero esto es inaudito. Y no quiero indagar más todavía, pero, creo que muchos de los muchachos son inmigrantes ilegales.

—¿Los vas a correr?

—¡No! ¿Cómo crees? Solo no quiero que el rancho tenga problemas, por lo que debo consultar por un marco legal para su situación con Killian o con el abogado de papá.

—Killian te cobrará un ojo de la cara.

—Lo sé, por ello mi primera opción será el otro.

Olimpia negó.

—Jayden, todo es un desastre en puerta. No hay forma de que levantes eso sin quedar en la ruina.

—Lo sé, pero ¿qué me aconsejas que haga?

—Sé que te dije que tomaras la oportunidad, pero no a costa de tu salud física y mental ¿Qué esperas para llamar a Thomas?

—Él no me ha llamado. Mi iniciativa le demostraría que estoy desesperado y no quiero recibir dos dólares por estas tierras, además debería rescindir el contrato laboral con estas personas y debo pagarles lo que les corresponde. No voy a dejarlos a la calle.

—Siempre tan bueno tú.

—Sabes bien que disto mucho de ser bueno—explicó—,pero si de algo me ha servido todo lo que he pasado este último año, entiendo que no debo quedarme con lo que no me pertenece.

—¿Piensas que Killian inventó lo de la llamada?

—No—replicó—, Killian tiene la información correcta siempre. Aquí hubo algo que hizo a Thomas replantearse este tema. No lo sé, quizás habló con el abogado de papá y le dio detalles de lo calamitoso que es todo. Olimpia, de verdad lo digo, Possessive es como arrancar de cero con cien trabajadores esperanzados en que no los dejes en la calle, pero no hay recursos. No sé cómo sobrevivieron, realmente no lo sé.

—¿Y Walter qué dice? En caso de que diga algo. —Olimpia se burló y Jayden se encogió de hombros.

—He hablado muy poco con él. Hoy ha sido un día muy largo y el frío me ha entumecido todo el cuerpo. Te juro que admiro a esta gente. El mismo Walter incluso tenía su rostro irritado por el frío, sus manos, ¿cómo te acostumbras? Es imposible que yo lo haga. Mientras más lo miro, me doy cuenta de que no nací para esto.

Olimpia le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Lo que hay que reconocerle al tal Walter es que, sin duda, hace el esfuerzo porque las cosas mejoren.

—Y está buenísimo—agregó Jayden y Olimpia abrió los ojos con sorpresa.

—Bueno, hubieras empezado por ahí—bromeó—, ¿es de tu tipo?

Jayden bufó y negó con firmeza.

—Este idiota es el tipo de todo el mundo. Enorme, musculoso, al menos así es como se percibe debajo de toda esa ropa, y sus ojos son...

—¿Qué?

—No lo sé, hay algo en ellos que te hipnotiza y es tan parecido a su padre.

—¿Conociste a su padre?—preguntó Olimpia con algo de confusión. Jayden negó y comenzó a reír.

—Empecé a leer el estúpido diario de mi padre y...

—¿Jayden? ¿Por qué haces pausas?

Jayden se humedeció los labios.

—El padre de Walter aparece en una fotografía con papá y habla de él como si fuera la octava maravilla de la galaxia.

Olimpia se cubrió la boca.

—Por Dios, Jayden ¿Tú crees que Glenn y el antiguo administrador...?

—No lo sé—Jayden se adelantó a explicar porque ni él mismo todavía lo creía—, todo se siente irreal. Es como una dimensión paralela, Olimpia. Mi corazón me dice por momentos que estoy en el lugar correcto, pero no sé, estoy hecho un lío. Cuando veo todo el sacrificio que esto implica me desalienta.

Olimpia levantó la mano y frenó a su amigo.

—Recién llevas un día allí, amigo. Debes relajarte, y tienes al guapo cowboy para que te de una mano, quizás hasta tengas suerte y te dé más que eso.

Jayden arqueó una ceja.

—Walter Harris no me miraría de ese modo así fuera el último ser vivo del planeta. El tipo preferiría tener sexo con un cactus antes que conmigo.

—¡Auch! ¡Dolor!

—Si, fue demasiado gráfico, pero para que entiendas más o menos cuánto me tolera. Creo que le gustaría matarme.

—¿Así tan mal?

—Solo espero contar con él, de lo contrario, estoy muerto aquí.

—Pues háblalo y deja en claro tus términos.

Jayden dio un suspiro.

—Lo haré. No sé qué me depara la vida con este rancho, pero voy a dar lo mejor.

—*Mi nombre es Jayden de Vincent. No nos hemos saludado de manera apropiada.*

—*Estoy tratando de resguardarlo del frío.*

—*Yo te estoy saludando y, solo para que quede claro, por si no escuchaste al abogado de mi padre, soy el nuevo dueño.*

Walter dejó que el agua caliente de la ducha corriera por su cuerpo después de horas y horas de trabajo y de huesos entumecidos, entretanto, su mente volvía una y otra vez al saludo inicial con Jayden.

Le bastaron algunas horas para darse cuenta de que ese hombre no se parecía en nada a lo que Thomas le había comentado. No era un snob arrogante como sí lo era Thomas. Jayden era delicado y un poco tímido si consideraba que se había puesto rojo cuando se dirigió a los empleados, sin embargo, poseía ese espíritu propio de las personas que no se rinden, incluso en la más cruel de las tormentas. Esos grandes ojos azules albergaban curiosidad y un atisbo de desafío y provocación. Había llegado allí para dejar su sello, para demostrar quién era y que no iban a doblegarlo tan fácil.

Cerró el grifo, se secó con una toalla que envolvió a su cintura y dio pasos hacia su habitación. Su hogar era modesto, había sido el lugar donde, años atrás, vivió junto a sus padres.

—*Eres un perverso. Tú...*

—*No te metas en lo que no te incumbe.*

—*¡Cerdo! ¿Qué clase de ejemplo le darás a tu hijo? ¡Terminará siendo como tú y esa abominación de Glenn de Vincent!*

—*Ese hombre pone pan en la mesa todos los días.*

—*¡Claro! En tu boca pone algo más también, asqueroso.*

Walter cerró los ojos y se sentó en la cama de una plaza. El escalofrío llenó su cuerpo. Tenía solo diez años cuando escuchó la primera discusión entre su padre y su madre que tenía a Glenn de Vincent como protagonista. Walter pasó las manos sobre su rostro para despabilarse y dejar que las memorias que se colaban en su cabeza volvieran a ese rincón oscuro donde no lo molestaban.

—*¿Es que no te importamos? ¿Ni siquiera te preocupa tu vida? ¡Van a matarte si se enteran!*

—*Estoy muerto de todos modos.*

Walter tragó saliva y el odio hacia los de Vincent lo golpeó como un tsunami. No importaba cuál de ellos fuera, estos bastardos no merecían vivir. Tenía un recuerdo de Glenn, se podía decir que Jayden había heredado los mismos ojos, ese azul profundo que evocaba mares y océanos, la curiosidad y la pasión latía en ellos. Le bastó solo una tarde para entender que ese hombre bajito

y guapo sería un hueso duro de roer y los planes originales se estaban desbaratando.

El celular que estaba en la mesa de noche sonó. Walter comenzó a vestirse e ignoró el nombre en la pantalla, pero el bastardo era insistente. Hastiado por la tozudez del idiota respondió.

—¿Qué? —dijo en un tono seco.

—¿Por qué mierda no respondías? —Ladró Thomas del otro lado.

—Porque no tengo obligación de hacerlo.

—¿De verdad crees eso? ¿Debo recordarte que hay un contrato firmado?

Walter tensó la mandíbula.

—Tu hermano no es como lo describiste. No es un niño mimado y desde ya te digo, que será difícil sacarlo del medio.

—¡No me digas! ¿Desde cuándo conoces a ese marica? Yo crecí con ese imbécil fanático de las vergas.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Walter. Había notado la forma en que Jayden lo miraba. Sus hipótesis acababan de ser corroboradas por Thomas.

—Homosexual o no, el tipo no se rendirá tan fácil así que, te aconsejo que vayas sacando tu chequera y tengas presente poner una cifra con varios ceros en ella, si quieres adquirir estas tierras.

Thomas frunció el ceño.

—No te equivoques, amigo. Yo siempre consigo lo que quiero y como quiero, de una u otra forma.

Walter se arregló el cabello.

—Pues vas a tener que ser creativo, porque dudo mucho que algunos desplantes míos o incluso de los trabajadores hagan que este muchacho se desaliente. No lo hizo ni siquiera cuando le mostré el balance y eso deja llorando a cualquiera.

Thomas se cruzó de brazos.

—¿Sabes? El imbécil de mi padre tenía un dicho: «Nunca le pidas a los demás, algo que tú harías cien veces mejor».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Walter y Thomas sonrió.

—Solo quédate atento al celular y responde cuando te llamo. El plan sigue en marcha tal y como lo definimos. Espero tus informes diarios.

Walter asintió y Thomas cortó la videollamada. El vaquero se mordió el labio inferior. Este hombre no se parecía en nada a Jayden, este hombre era peligroso.

10 Conociéndote

Wyoming, quince de enero de 1992.

Una tormenta de nieve nos arrojó a la deriva. Walter me protegió en todo momento y me llevó a una vieja cabaña la cual, años antes, los trabajadores usaron para protegerse del frío. La calidez del sitio me embargó. Dios, hemos sido descuidados, pero muchas ovejas se habían perdido y debíamos recuperarlas. He llegado aquí hace un mes. He vuelto a dejar a mi esposa con mis hijos y lo más angustiante de todo es que, a veces, siento a Possessive como el único sitio en donde soy feliz. Me parece increíble que al principio creyera que nunca me acostumbraría. Amo este lugar, y aunque nunca lo había sentido, aunque jamás me había pasado, Walter me atrae de formas en que no debería. Dios sabe que he amado a mi esposa, pero Walter despierta en mí tantas cosas que tengo miedo de ponerles nombre. Miedo de tener que alejarme de una persona que se ha convertido en un sostén para mí. Miedo de que él también sienta lo mismo, miedo de las consecuencias de todo esto que invade mi corazón cuando estoy cerca de su cuerpo.

«Luces patético».

Jayden se observó en el espejo con su pantalón jean y su camisa de color negro de diseñador. Frunció el ceño sin saber si este atuendo era el ideal para comenzar con su trabajo. Eran las cinco de la mañana y se había dormido a la una por culpa del maldito diario de su padre y todas las ideas que le atiborraron el cerebro.

Se colocó la chaqueta gruesa, la más abrigada que tenía y los guantes.

—*No es necesario que nos acompañe.*

—*Voy a hacerlo.*

Walter, en simples líneas, le dijo que su presencia no era importante. A Jayden le dolió pensar que tenía razón, pero si quería aprender algo de ese sitio debía estar a su lado, conocer sus tierras. La mansión tenía solo dos empleadas. Dos mujeres que hacían todo tipo de actividades para mantener a flote el lugar. Había problemas en las cañerías, en el techo y en las instalaciones eléctricas. Jayden no quería saber cuánto dinero debía invertir para hacer, de ese lugar enorme, un sitio donde vivir. Acarició sus ojeras de un color violáceo con algunas venitas verdosas. Las tareas en el rancho empezaban a las siete de la mañana.

«Las pariciones comenzarán en dos semanas».

Muchas de las ovejas estaban preñadas y darían a luz una nueva camada muy pronto. Jayden estaba nervioso, Walter mencionó el hecho como algo importante la tarde anterior. Los meses de invierno eran los más duros para la economía del rancho. Los compradores de lana aparecían a partir de los meses de junio en donde se trasquilaba. El noventa por ciento de las ganancias provenían de ese circuito económico que estaba deteriorado. Walter no le había explicado el motivo, como tampoco le había dicho por qué el ganado vacuno era cada vez más escaso.

Bajó las escaleras y se preparó un desayuno americano. Las dos empleadas llegarían en una hora. Jayden llevó el plato y la taza del café a la bacha de la cocina y abrió el grifo del cual no salió ni siquiera una gota de agua.

Se apoyó en la encimera y negó. Paso siguiente, llamó a Walter quien le respondió de

inmediato.

—Señor de Vincent.

—Jayden—replicó—, señor de Vincent me suena a mi padre o a protagonista de novela romántica, y no cuadro en ninguno de los dos roles.

—Como digas, Jayden, ¿qué se te ofrece?

«Jayden».

El hombre se mordió el labio inferior. Le agradó la manera en que su nombre sonó en los labios de Walter.

—No sale agua de la cocina—explicó—, y sale a cuentagotas en el baño.

—Las cañerías se congelan—agregó Walter—, por ello te comenté que debes repararlas.

—Bien, ¿hay un fontanero cerca de aquí?

—Los hay en la ciudad, si quieres, puedo llamar a alguno.

—Por favor—dijo con calma—, lamento haberte llamado antes de la hora de entrada.

—No te preocupes, ya estoy en una de las caballerizas. Me gusta llegar antes.

—Genial entonces. Voy a necesitar que me guíes hoy y me muestres las instalaciones y los problemas.

—¿Pudiste leer el informe del año pasado?

—Sí, y todo parece una mierda, pero tengo la esperanza que, si veo las cosas, no luzcan tan mal como las imagino.

Walter sonrió del otro lado de la línea y Jayden también lo hizo.

—Muy bien, Jayden. Iré por ti en media hora y comenzaremos. La luz de sol hace su aparición apenas a las nueve de la mañana, pero nos apañaremos.

—Gracias.

Jayden cortó la comunicación y dio un suspiro. Esta era su vida ahora, aunque no la hubiera escogido, y no se rendiría tan fácil.

Walter apareció en su caballo junto con un corcel que sostenía de las riendas. La tormenta había cesado, pero la nieve era un manto blanco que congelaba toda la vida a miles de kilómetros alrededor. Jayden arqueó una ceja cuando el enorme hombre le dio las riendas del caballo.

—Jayden—Walter lo saludó con una sonrisa—, este es tu caballo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—No lo sé, ¿montarlo?—preguntó con ironía Walter y Jayden negó.

—Jamás he estado ni a cien kilómetros de un caballo y mucho menos lo he montado ¿Qué te hace pensar que iré sobre eso solo?—preguntó con enojo. Walter seguía riendo—¿Qué es tan gracioso?

—Es la manera de manejarte en esta zona.

—Existen las camionetas.

—Y no veo que tú tengas una.

—Eso se arreglará muy pronto. El abogado de mi padre dijo que...

—Y mientras tanto, ¿qué?—preguntó Walter—¿Te quedas en la casa? Ayer entendí que tú idea era fraternizar con los empleados y conocer el terreno, amigarte con esta tierra.

—Esta tierra me escupe cada vez que me ve—agregó Jayden y Walter frunció los labios para contener la risa.

—Pues no sé qué esperas que hagas.

—Fácil—replicó Jayden—, déjame ir contigo.

—¿En el mismo caballo?

—No le veo otra solución—esgrimió Jayden cansado—, solo ayúdame y estaremos bien.

—No estoy acostumbrado a...

—¡Ay por favor!—exclamó Jayden—¿Tienes miedo de que se te pegue lo gay?

—En primer lugar, desconocía que fueras gay—replicó Walter con seriedad. Era una mentira ya que Thomas se lo había dicho—, en segundo lugar, no es una característica que los hombres que están bajo tu cargo quieran saber.

—Es decir que son homofóbicos.

—Es decir que son conservadores y no hablan de su vida sexual—señaló Walter cansado—, bien, como no tengo salida, ven aquí.

—¿Me llevarás?

—¿Tengo alternativa?

Jayden le dio una amplia sonrisa y negó.

—Sabes que no.

Walter entornó los ojos y le hizo seña para que se acercara. El vaquero descendió del hermoso caballo de color azabache.

—Este es Diamante—agregó—, es muy manso, solo agárrate firme. Normalmente se sube por el lado izquierdo del caballo. Coloca el pie izquierdo en el estribo, para pasar el pie derecho por encima de la grupa y posarlo en el estribo derecho ¿Se entiende?

—Bien, lo tengo—Jayden se concentró—. Izquierdo, subo y luego derecho ¡Fácil!

—Así es, campeón. Ya tienes la teoría.

—¿Eso ha sido sarcasmo?—preguntó ofendido Jayden y Walter se señaló a sí mismo.

—Jamás haría una cosa así, señor de Vincent.

—¡Ya deja de llamarme así!—gritó Jayden. Puso el pie en el estribo y se impulsó con tal fuerza que pasó por encima de la grupa y cayó de cabeza al otro lado.

—¡Cuidado hombre! ¡Te vas a matar!

Walter se acercó y Jayden se levantó como un resorte.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! ¡Aquí no ha pasado nada! ¡Nada!

Walter se agarró el pecho. Parecía que deshacerse del nuevo dueño no resultaría una tarea tan difícil después de todo.

—Repite el proceso.

—¡Ja! ¡Ni de coña! Me voy a matar.

—Yo te sostendré de este lado—aclaró Walter—, vamos, inténtalo de nuevo.

Jayden relajó su cuerpo y repitió la acción. Walter lo asió del otro lado y pudo estabilizar el cuerpo sobre el caballo, el cual apenas se movió.

—¡Lo hice!—exclamó con alegría. Walter negó y subió detrás de él.

Jayden se tensó cuando el cuerpo del hombre quedó adherido al suyo. Su calor, su aroma, su respiración sobre su hombro. Walter percibió la tensión cuando agarró las riendas para comenzar la marcha.

—¿Estás bien?

—Sí—Jayden giró su cabeza hacia Walter. Sus rostros estaban muy cerca—, no creo que pueda hacer esto solo, ¿sabes? Así que, acostúmbrate.—Intentó bromear, pero la intensa mirada de Walter sobre su rostro lo estremeció.

—Vamos, comenzaremos por las caballerizas.

Walter se humedeció los labios y mantuvo la mayor distancia posible. El viento frío sopló con fuerza otra vez.

11 El chico de Nueva York

—Tenemos veinte caballos.—Walter habló para aligerar la tensión que llevaban mientras se dirigían a las caballerizas.

—¿Tan pocos?

—Tu padre abandonó el negocio hace dos años. Se han vendido la mayor parte de ellos—explicó—. Nos hemos mantenido con el dinero que destinaba.

—¿Tú recibías el dinero?

—No, un equipo contable y legal de Cheyenne, de todas maneras, cuando me dejó a cargo de este...

—¿Titanic?—Jayden completó la frase. Walter dio un suspiro y apretó con más fuerza las riendas.

—No quiero victimizarme, pero la verdad es que ha sido duro.

Jayden detuvo su vista en la vasta extensión cubierta de nieve. La escasez era el factor preponderante en el rancho.

—¿Cómo era antes?

—¿Antes?

—Sí—preguntó Jayden—, cuando tu padre manejaba este lugar.

Walter hizo silencio. Jayden creyó que el hombre no respondería.

—Papá vivía para Possessive—señaló y su mirada también fue a la inmensidad que recorrían—, le entregó el alma a este sitio, el cual, florecía con su cuidado. Él... fue muy feliz aquí.

—¿Y tú?—Jayden preguntó, inseguro de si su administrador conocía el pasado de su padre.

—Me acostumbé a vivir aquí.

—Eso me suena a resignación—replicó Jayden y Walter negó.

—No tuve muchas oportunidades de salir, o quizás no las supe aprovechar. No me imagino lejos de las Montañas Rocosas, incluso cuando este sitio no me dio felicidad.

Jayden volvió a girar su rostro hacia él. La luz del día inundó las llanuras. Ahora podía deleitarse con las facciones del vaquero sin impedimento.

—Mi padre fue una mierda conmigo y con mi hermanos—confesó Jayden—. Ausente, siempre pensando en Wyoming. Su cuerpo en Nueva York, en Londres y en todos los sitios en los que tenía negocios, pero su mente y su corazón estaban en esta tierra y me enojaba.

Walter se enfocó en el hombre diminuto que lo acompañaba en su caballo.

—Supongo que tenemos un punto en común.—El dolor se palpó en cada palabra—. Mi madre, hasta el día en que se fue, señaló que este lugar poseía el alma de mi papá, algo así como un embrujo, una maldición.

—Quizás estaban malditos y no nos percatamos de ello—agregó Jayden y el caballo se detuvo—¿Tu madre murió hace mucho?

—No—replicó Walter—, se marchó cuando era un niño. Me dejó con mi padre.

—¿Por el trabajo?

Walter bajó la mirada por un segundo y Jayden entendió que ese hombre conocía mucho más que él.

—Sí, algo así.

—Lo lamento.

—¿Por qué?—preguntó confundido.

—Porque eras un niño, como bien lo dijiste, y, en ese momento, uno no entiende por qué los padres actúan de ese modo. Uno busca su validación, y duele no sentirse digno.

—¿Sabes lo que nunca entendí hasta el día de hoy?—preguntó con tal resentimiento que hizo temblar su voz—. Si odiaba a mi padre, ¿por qué me abandonó a mí?

A Jayden se le rompió el corazón porque fue como visualizar a un pequeño Walter que nunca sanaría los dolores que vienen del alma.

—No fue tu culpa—dijo Jayden y de manera instintiva acarició las manos frías del vaquero que se quedó perplejo—. Eso es lo único que debes entender. Del resto, se ocupará Dios.

Walter se aclaró la garganta y movió las riendas para que el caballo avanzara. Jayden le sonrió sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué?—preguntó Walter, nervioso.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—No—Walter frunció el ceño y se tensó—, no sirvo para esas cosas.

Jayden le sonrió.

—Yo estuve comprometido hasta hace muy poco.

—¿Y qué sucedió?

Jayden se encogió de hombros.

—Me engañó con su exprometido.

—Espera un momento, ¿qué?

—Ferrant tenía un novio antes que yo, al cual engañó conmigo. Luego lo dejó y se comprometió conmigo, pero, al parecer, la historia no estaba terminada del todo.

—Mierda.—Walter arqueó una ceja—. Quizás suene horrible, pero creo que te salvaste de un gran lío.

—Uno no elige de quien se enamora, Walter, simplemente sucede.

—Pero uno decide si daña a los demás o no—explicó—. Ese idiota se creía listo al engañar a su novio contigo y luego a ti con él. Enamorarse es inevitable, engañar y lastimar es opcional, y depende de nuestra voluntad.

—Supongo que fue el karma actuando. Yo no fui una buena persona.

—Es verdad, no lo fuiste—replicó Walter y Jayden rio.

—¡Oye! ¿Podrías darle el beneficio de la duda a tu jefe?

—¿Por qué lo haría? ¿Por obsecuencia? Perdóname, pero no soy de este tipo.

Jayden rio.

—No te preocupes, me gusta la gente sincera—agregó y fue como una bofetada para Walter.

—Igual no me conoces—aclaró y Jayden se afirmó sobre su torso, acomodándose en su calor.

—Ya cállate, vaquero. Muéstrame los animales que tenemos y hagamos algo provechoso.

—A la orden, señor.

Jayden negó.

—Idiota.

El caballo trotó y Jayden se quejó ya que le dolía el trasero a pesar de la montura. Recorrieron las instalaciones, las cuales, estaban tan deterioradas como la mansión.

—El ganado vacuno fue infectado con un virus que el veterinario no supo explicarnos de qué trataba.

Jayden negó.

—¿Cuántas cabezas de ganado?

—Cerca de doscientas—explicó Walter—, es más nos recomendó sacrificarlas, pero...

—Ni se te ocurra. No vamos a matar animales—replicó Jayden y Walter rio.

—Amigo, lamento decirte que vendes ganado que llega a las góndolas del supermercado.

—No lo haremos—ordenó—, soy consciente de ello, pero no voy a hacer una matanza de ese tipo porque las pobres están enfermas ¿Hay riesgos para los demás animales?

—No, las ovejas están sanas y la lana sigue siendo de buena calidad. Los caballos tampoco fueron afectados.

—Bien, nos vamos a enfocar en eso.

—Jayden—Walter aclaró—, el pasto para el ganado vacuno representa millones de dólares en invierno. Si no te deshaces de ellos...

—No voy a matarlos, y esa es mi última palabra, Walter. Solo cuida que no se reproduzcan. Expandiremos el negocio de la lana.

Walter entornó los ojos.

—¿Qué harás con ellos? ¿Los mantendrás hasta que mueran de viejos?

Jayden dio un suspiro.

—Sé que no vas a entenderme, y quizás no nací para este negocio, pero no puedo quitar vidas solo porque no me dan rédito. Vamos a hacer crecer este sitio, pero no a base de sangre.

Walter frunció el ceño y se cruzó de brazos. Estaban en uno de los establos y hablaban a viva voz. Los trabajadores iban y venían y, a algunos, se les escapaban risillas. Jayden era consciente de que estaba quedando como un tonto.

—¿Eres vegano, Jayden?

—No—dijo entredientes.

—¿Sabes de dónde viene la carne que consumes?

—No soy tonto.—Levantó la mirada hacia el administrador—. Sé también que mi padre no habría dudado en esta decisión, pero yo no soy como él sin importar cuánto me esfuerce. Me dejó este lugar por alguna razón que todavía no descubro, es más, ni siquiera sé si seré capaz de hacerlo alguna vez, pero mi corazón me dice que esto es lo correcto, y no voy a ceder.

Walter entornó los ojos. Jayden no iba a recapacitar.

—Jayden, los recursos económicos son escasos. Los ingresos llegarán recién en junio y estamos entrando en febrero ¿Estás al tanto de todo lo que debemos pagar?

—Si debo vender todo lo que tengo para sostener esto, lo haré.—Jayden agregó confiado y dio pasos hacia el administrador al cual sostuvo de la manga de su abrigo—. Por favor, Walter, sé que esto parece un desastre, pero haremos renacer este lugar. Confía un poco.

Walter chasqueó la lengua y luego sonrió.

—¿A qué te dedicabas en Nueva York me dijiste?

Jayden le golpeó el brazo.

—Era fotógrafo.

—Ah—señaló y contuvo la risa—, lamento decirte que se nota.

—Ja, ja—replicó Jayden—, ahora el vaquerito me salió bromista.

—Bien, chico de Nueva York—se burló Walter—, sigamos con el recorrido, porque los problemas recién empiezan.

—¿Qué? ¿Hay más? ¡No!—exclamó Jayden cansado.

Jayden paseó con su administrador todo el día. Conoció los problemas principales que afectaban la producción. Todavía no podía entender que su padre, amando tanto ese sitio, lo hubiera abandonado a su suerte.

Walter llevó a Jayden en caballo hasta la mansión que estaba a varios kilómetros de todo el

trabajo del rancho. El hombre descendió y se dobló el tobillo.

—¡Carajo! ¿Estás bien?—preguntó Walter y Jayden se quejó.

—Perdona, es que soy muy bruto.

—Ven, te cargo.

—No hace falta ¡Walter!—exclamó Jayden cuando el administrador lo alzó y lo cargó hasta el interior de la mansión en donde estaba una de las empleadas terminando sus tareas para marcharse.

—¡Bájame! ¡Estoy bien!—Jayden hizo una mueca de dolor cuando Walter lo depositó en un sofá de terciopelo gris de los años cincuenta y se puso en cuclillas para revisarlo.

De inmediato le quitó la bota y las medias.

—Está hinchado—agregó y lo movió despacio—, pero no parece que esté quebrado o fuera de lugar. Dios, dime que no vas a llorar.

—¡Pues sí! ¡Me duele!—dijo molesto y se acarició la piel. Walter se puso de pie.

—Eres un mimado, chico de Nueva York.

—Lamento no haberme criado luchando con búfalos y osos, vaquero—agregó con ironía. Walter se mordió el labio inferior para no reír.

—Estás tan loco, hombre.

—Y lo dice un tipo que vive en un sitio en donde montan toros salvajes en rodeos. —Jayden se acarició el tobillo y movió el pie. Todo estaba bien.

—¿Quieres que llame un médico?

—No—replicó—, ya se pasará.

—Bien—Walter dio un suspiro—, nos vemos mañana.

—Espera—Jayden lo asió de la manga del abrigo—, ¿quieres quedarte a cenar?

Walter arqueó una ceja.

—¿A cenar?

Jayden se carcajeó.

—Sí, una cena. Tranquilo, no te estoy invitando a mi cama, además soy buen cocinero ¿Quieres o no?

—Pero tu pie...

—Está bien—replicó—, no huyas del tema. Voy a hacer un rico estofado y me gusta compartirlo, ¿te parece?

Walter colocó las manos en los bolsillos, incómodo. Jayden estaba expectante.

—Está bien. Acepto.

Jayden dio aplausitos y se puso de pie. Hizo una mueca, pero se repuso de inmediato.

—¡Genial!—exclamó con alegría—. Ahora prepárate, vaquero. El chico de Nueva York va a preparar un platillo que hará que te chupes los dedos.

Walter chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Bien, veamos si eres más que palabras entonces.

12 No soy como él

Walter cerró los ojos y se estremeció cuando el sabor del estofado golpeó sus papilas gustativas.

—Dios, esto es...

—¿Ves? Puede que no sea el mejor jinete, pero soy un gran cocinero.—Jayden lo señaló con la cuchara.

El plato hondo de cerámica humeaba. La carne y las verduras tenían un aroma que transportó a Walter a sus épocas de infancia, cuando las cosas parecían felices.

—Te doy la razón, eres mejor cocinando que montando.

—Bueno, mi novio siempre dijo que era genial montando, así que esa es una verdad a medias.

—¿Cuál? ¿El que te engañó?—preguntó Walter entretanto contenía la risa. Jayden le mostró el dedo medio y el vaquero estalló de risa.

—Tenías que estrellar mi ego contra el piso, ¿verdad?

—Ya, hombre. Que tampoco fue para tanto.

—¿Qué? ¿El engaño?

—No, la broma—replicó—, lo otro fue una mierda.

—¿Sabes? Si te pones a pensar, yo no estaría aquí si no fuera por él. Estaría casado, viviendo en un lujoso apartamento en la Quinta Avenida, comiendo en los mejores restaurantes y conduciendo un deportivo.

—Solo prométeme que no vas a suicidarte mientras recuerdas todo lo que perdiste.

Jayden le golpeó el brazo. El hombre devoraba el estofado. Jayden jamás había visto una persona comer de esa manera.

—No te lo cuento porque me lamente, solo te digo lo que habría sucedido. Y de seguro, ustedes ya estarían en la calle, porque el nuevo dueño se desharía de todo.

—¿Tienes un comprador?—preguntó Walter y frunció el ceño.

—Mi hermano Thomas—aclaró—, pero todavía no me ha llamado. Supongo que está esperando mi desesperación para aparecer como un salvador. —Walter se ahogó cuando escuchó el nombre de Thomas y tosió—¡Carajo! ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona.—Walter ingirió todo el vaso de agua, Jayden asió la cuchara y llevó un bocado a su boca—¿Por qué se lo venderías a él?

—Por una cláusula en el testamento—confesó—, mi papá se aseguró de que Possessive solo quedara en manos de los de Vincent, sin excepción.

Walter comenzaba a entender un poco más.

—¿Entonces tu hermano destruiría lo poco que queda? —Fingió desconocer la clase de escoria que era Thomas.

—Bueno, sería capaz de sacrificar no solo a los animales, sino también a cada trabajador. No tiene el menor escrúpulo. No se parece en nada a mí, aunque a veces lo admiro.

—¿De qué hablas?

—Es un arte hacer que todo te valga verga—agregó Jayden—, Thomas es frío en sus decisiones. No tiene miedo, mientras que yo soy todo lo contrario. Por eso me puso gatito negro.

Los ojos de Walter se abrieron con sorpresa.

—¿Gatito negro?

—Sí, mi familia y mis amigos me dicen así.

Walter lo escrutó por un segundo. Salvo por el tono de piel blanquecina el término gatito cuadraba con Jayden.

—Supongo que te queda.

—Thomas lo hizo para burlarse de mí.

—Entonces, no le des gusto—argumentó Walter—. Yo digo que tienes ternura incluso cuando te enojas, eres algo así como una especie de gatito.

Jayden se arregló el cabello.

—El bastardo me puso así porque dice que soy la mala suerte andando.

—Vaya, te sacaste la lotería con tu hermanito—señaló Walter, y se le revolvió el estómago. Había cometido un enorme error al dejar hablar a esa víbora, al acordar hundir al pobre Jayden que solo quería sacar ese barco hundido a flote.

—¿Estás bien? ¿Te pusiste pálido?

Walter pestañeó y volvió a la conversación y al lugar donde estaba.

—Si, mi mente estaba en otro lado—agregó y continuó comiendo. Walter se detuvo y observó a Jayden quien tenía una mano en su rostro y no le quitaba la mirada de encima—¿Estás bien? ¿No vas a comer?

—Si—Jayden se encogió de hombros—, es solo que nunca he conocido a alguien que disfrute tanto una de mis comidas.

—Cocinas como los dioses.

—Ferrant decía que mis comidas tenían demasiadas calorías y mucha carne.

—Por supuesto. A él le gusta la carne en otras formas—replicó Walter—. Perdón, fue un chiste guarro.

Jayden se carcajeó.

—¿Qué puedo decirte Walter? Hay gente que no tiene buen gusto para la cocina, es así de simple—afirmó el fotógrafo. Walter tragó un bocado y se quedó en Jayden. Fue incapaz de decirle lo que pasó por su cabeza en ese segundo—. Mañana iré a conocer al equipo contable en Cheyenne. Me gustaría que me acompañes.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres mi administrador.

—Lo sé, pero ellos no tratan conmigo—explicó Walter que no salía del asombro.

—Bueno, hay un nuevo dueño. No tienen alternativa si quieren que les siga depositando los honorarios mensuales, aunque sería buena idea recortar esos gastos.

—Estás loco. Eso sería suicida. Llevan toda la carga impositiva. Cosa que tú y yo no sabemos. Nos meteríamos en problemas con el fisco—advirtió el vaquero.

—Está bien. Es un punto que había perdido de vista, aun así, eres una pieza fundamental en esta red, amigo. Has hecho de equilibrista con todos los problemas aquí y mereces ese reconocimiento.

Walter sintió que sus mejillas se teñían de rojo. Jayden se mordió el labio inferior.

—No te atrevas a decir nada.

—¿Por dios, en serio? ¿Tienes vergüencita? —Jayden se burló.

—Ya, hombre. No te rías.

Jayden rio un poco más por supuesto. Era increíble que este fuera el hombre que lo recibió con cara de pocos amigos dos días antes. Ambos se quedaron en silencio mientras seguían comiendo.

—Cuando comiencen los nacimientos debes participar—señaló Walter con entusiasmo—.Es

algo hermoso.

—¿Ustedes hacen de parteros? No sé si pueda ver tanta sangre y sufrimiento.

—Es el ciclo de la vida, Jayden y es hermoso. No creo que tenga que ver con el sufrimiento. Lo que hacemos es mantener a las ovejas calientes y esperar a que inicien trabajo de parto. En las ovejas es más simple que en el caso de los terneros. Las vacas sí la pasan un poco peor.

La piel de Jayden se erizó. Jamás en su vida creyó presenciar algo así.

—¿Cuál ha sido el problema con el ganado vacuno?

Walter se humedeció los labios.

—Empezó hace cinco años atrás y marcó el declive de la producción—explicó y bebió de la copa de vino tinto que Jayden le sirvió—. Los últimos controles sanitarios arrojaron que el ganado estaba infectado con un virus derivado de una cepa que no es conocida en el país.

—¿Así de la nada?

—Los veterinarios no supieron explicarlo. Cambiamos la alimentación y las vacunas, pero el problema persistió. No tiene cura y al parecer es contagioso. Además, no tiene síntomas visibles. Los animales parecían sanos.

—Es extraño—dijo Jayden y pensó—¿Hay posibilidad de que el virus haya sido implantado?

—Imposible. ¿Quién ingresaría a la propiedad y se encargaría de inyectar a uno de los animales? No lo sé, me parece de fábula.

—Si, puede que quizás haya leído demasiados libros de fantasía. —Jayden se encogió de hombros—¿Han cambiado de veterinarios? Sería interesante otra opinión del tema.

—Lo hicimos dos veces y los resultados continúan siendo inexplicables.

—¿Los terrenos están cerrados verdad? —preguntó Jayden ya que no recordaba todo con detalles.

—Sí, levantamos la cerca debido a que los dueños de las zonas aledañas se quejaban de nuestro ganado pastando en su territorio.

Jayden se quedó pensativo por un instante. El fuego crepitaba en la chimenea del comedor. Las únicas personas en la casa eran ellos. Todos los muebles eran de madera rústica, incluida la mesa que estaba cubierta con un adorable mantel blanco con pequeñas flores rojas y azules que parecían pintadas a mano.

—Hay que averiguar más de esto, Walter. —Siguió con la misma línea de pensamiento—. Si es un boicot...

—Si así lo fuera, las ovejas habrían sufrido lo mismo—argumentó el vaquero.

—Te equivocas—señaló Jayden con la copa en la mano. Se hizo hacia atrás en la silla y se cruzó de piernas—. Sería demasiado sospechoso y ahí tendríamos que meter a las autoridades. No, él que lo hizo, sabía muy bien cómo no levantar sospechas.

Walter arqueó una ceja.

—Discúlpame que lo diga, pero tú teoría es patética.

—Tal vez sí, pero si algo me ha enseñado Nueva York es a no confiar en nadie, así que, investigaremos esto, ¿de acuerdo?

Walter dio un suspiro y asintió ¡Qué remedio!

El reloj antiguo de la sala marcó las nueve de la noche.

—Debo irme, mañana hay mucho que hacer. Tú también debes descansar.

Jayden sonrió.

—Me duermo tarde. No me acostumbro al horario de aquí todavía. Es demasiado tranquilo.

—Vas a ver que en algún momento vas a habituarte y no recordarás tu vida anterior. —Walter se puso de pie—. Gracias por la cena. Estuvo deliciosa.

—Gracias a ti por la compañía. Vamos, te acompaño a la puerta.

Walter caminó adelante. Jayden observó la manera en que el jean abrazaba sus piernas y un culo respingón perfecto. El vaquero asió el abrigo que había dejado colgado en uno de los percheros de la sala y se lo colocó. Jayden se acercó y lo ayudó. Abotonó la chaqueta con cuidado. Walter estaba tenso, como le sucedía cada vez que Jayden posaba su mirada, o sus manos sobre su cuerpo. El corazón le golpeaba el pecho. Fue tal que Jayden frenó sus manos en ese lugar.

—Tu corazón va al galope. —Jayden bromeó y sus ojos azules profundizaron en los gestos del vaquero. La manzana de Adán de Walter se movió.

—Así parece—dijo nervioso y se apartó—.Nos vemos mañana Jayden. Descansa.

—Igual para ti, Walter.

Sus manos se movieron más rápidas que su cerebro. Sucedió lo mismo con sus labios. Jayden enredó sus brazos en el cuello musculoso e hizo puntitas de pie para alcanzar esa boca que había querido probar desde esa mañana.

Un beso. Sus labios reposaron sobre los de Walter por un segundo hasta que los brazos del tipo lo envolvieron y lo atrajeron hacia su cuerpo. El beso se profundizó. Jayden gimió de alivio y calidez. Ese sonido trajo la racionalidad de vuelta en el vaquero. Le dio un empujón y negó.

—Walter. —Jayden se tocó sus labios con sus dedos y Walter negó.

—Lo lamento. Yo...

—¿Tú qué?

—No soy como él. —Walter masculló y salió con velocidad de la mansión.

Jayden quiso perseguirlo, pero su tobillo todavía le dolía un poco por lo que no llegó muy lejos. Walter montó su caballo y corrió tan rápido como pudo. Jayden se agarró la cabeza y maldijo. Había cometido el primer gran error cuando solo llevaba dos días en aquel lugar.

13 Distancia

Jayden de Vincent había cometido muchos errores en su vida. De ninguno se arrepintió tanto como de aquel beso robado la noche anterior a su administrador.

¿Por qué carajo lo había hecho? Jayden le daba vueltas y vueltas a la idea, tanto que parecía un hámster. Walter no se había referido al hecho. Llegó esa mañana temprano, lo saludó y fingió no recordar. Jayden tampoco emitió palabra. Era mejor así, después de todo, el administrador no estaba interesado en él. Jayden agradeció que no lo golpeará por su atrevimiento.

«No soy como él».

Las palabras habían sonado muy bajas, entre dientes, pero Jayden las escuchó, y eso fue suficiente para que, por horas, les intentara buscar una interpretación.

Llevaban dos horas de viaje y faltaba una más para llegar a Cheyenne donde hablarían con el equipo contable. Jayden tragó saliva y no aguantó más.

—Lamento lo que ocurrió anoche. Fue un arrebato. No sé por qué lo hice.

Walter se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Está bien, Jayden. Ambos habíamos bebido y creo que eso nos descontroló un poco. Sé que no volverá a suceder.

No debería sentirse decepcionado, pero Jayden, como un tonto que no aprende nada de las lecciones que le da la vida, percibió un pequeño dolor en el pecho. Era rechazo.

Walter aceleró en su vieja camioneta dado que Jayden aún no contaba con vehículo.

Wyoming, Veintiuno de marzo de 1992.

Esta tarde besé a Walter por primera vez, mejor dicho, él me besó a mí y puedo corroborar que no sabía lo que era un beso de verdad hasta que probé su boca. Sus labios atraparon los míos mientras regresábamos de hacer el recuento del ganado. Fue dulce e intenso, un sabor similar a la miel. Algo picante, empalagoso, sabroso, inenarrable. Fue solo sentir que el mundo desaparecía y solo existíamos nosotros. Walter Harris, el hermoso y varonil vaquero que me había vuelto loco, que me mostró un nuevo rumbo, que le dio un sabor a mi vida que es inexplicable. Sé que todo es un desastre, soy consciente de que está prohibido. Es un hombre y está casado. Yo también lo estoy y tengo a dos hijos que desconocen en lo que se está convirtiendo su progenitor. Soy un ser horrible y la culpa me dice que debería morirme. Entonces aparecen esos ojos, esa sonrisa, su seguridad y masculinidad. Me siento protegido, amado y valorado y odio pensar que esto no tiene futuro. Odio pensar que, tarde o temprano, destruiremos a nuestras familias y a nosotros mismos.

El nudo en la garganta no lo dejaba respirar. Jayden debía hablar.

—¿Tú lo sabías cierto? —preguntó y Walter se estremeció.

—Mis padres peleaban todo el tiempo después de que mi madre lo descubrió.

—Ellos se amaban.

—No me importa Jayden—afirmó Walter—¿Por qué debería hacerlo cuando me arruinó la vida?

—Walter.

—Los niños se burlaban de mí. La gente cuchicheaba cuando estaba cerca. La vergüenza me persiguió toda la vida hasta que el bastardo se murió ¿Sabes que fue lo último que dijo? ¿Lo sabes? —preguntó con rabia. Jayden negó—¡El nombre de tu maldito padre! Yo lo estuve cuidando día y noche y él solo...

Jayden puso una mano sobre la del hombre mientras seguía conduciendo.

—Ya, está bien. Perdona.

—Tú no tienes la culpa.

—Perdóname por traer ese recuerdo al presente. No fui mi intención, Walter.

—Quisiera perdonarlo. —Walter confesó con tristeza—. Quisiera olvidarme de todo el daño que hizo, pero no puedo. No puedo, Jayden.

—Está bien, de verdad. Ya pasará.

Era una burda mentira. Jayden era consciente de que ese dolor nunca se iría de ahí. Una cicatriz en el alma que los acompañaría hasta que murieran.

—Yo no soy como mi padre, Jayden. No me gustan los hombres. Quizás te di una visión equivocada anoche, pero quiero que eso quede claro.

—Lo entiendo. —Jayden apartó su mano de la de Walter—. Te prometo que lo ocurrido no volverá a pasar y no hablaremos de este tema de nuevo. ¿De acuerdo?

Walter asintió. Puso su vista en el pavimento de nuevo. Faltaba poco para llegar.

—Es un gusto conocerlo, señor de Vincent.

—El placer es mío Albano, pero puedes llamarme Jayden. —El hombre estrechó la mano mientras ocupaban un lugar en el opulento despacho—. Él es mi administrador Walter Harris.

El contable lo saludó con una sonrisa.

—Dios, eres la viva imagen de tu padre—agregó con sorpresa—. Bueno, ambos lo son.

—¿De qué hablas? Mi padre era alto y fornido, en cambio yo...

—Eres más bajo—aclaró—. Esa es la única diferencia que encuentro. Es un placer conocerlos y ayudarlos en todo lo que pueda. Ese fue siempre el deseo de Glenn.

—Gracias, Albano. Como sabes, estamos teniendo unos cuantos problemas y los recursos económicos son insuficientes.

—Sí, estoy al tanto gracias a Walter. Lamento el desastre del ganado y que hayan salido en las noticias por un tema tan complejo.

Jayden observó a Walter y este dio un suspiro.

—Fue antes de la muerte de tu padre. Un artículo de página completa hablando sobre los riesgos de la salud al consumir carne de nuestro establecimiento.

Jayden entornó los ojos.

—Sí, de todos modos, no pienso vender ni sacrificar el ganado así que, no habría problema.

Albano frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero que armes un plan para darle mayor eficiencia a nuestros recursos y potenciar resultados.

—Tendrás gastos millonarios al mantener esas cabezas de ganado ¿Cómo piensas sobreponerte a eso?

—Con la producción de lana. Vamos a incorporar más cabezas.

—Jayden, la cuenta bancaria solo posee cien millones de dólares. Eso hará que estos tres meses sean muy duros.

—Lo sé y estoy dispuesto a correr el riesgo.

Albano fijó su atención en Walter.

—¿Tú qué piensas?

Walter rio.

—Lo mismo que tú, hombre, pero cuando a este se le pone una idea en la cabeza no hay quien se la saque.

Albano se pellizcó el puente de la nariz.

—Necesito un café. Doble si es posible. ¿Ustedes quieren uno?

Jayden se cruzó de brazos y le dio una sonrisa.

—Por supuesto, nunca bebemos suficiente café.

Jayden y Walter abandonaron el estudio contable dos horas después. Jayden iba de lo más tranquilo, como si hubieran recibido la mejor de las noticias.

—Jayden.

—¿Sí?

—Si esto fracasa, ni siquiera podremos cubrir la nómina.

—No fallaremos—replicó.

—Pero es que Albano dijo...

—Albano es un número. Vive para ello. Yo he visto a la gente y comparto tiempo con ellos y no les fallaré así que, despreocúpate. Duplicaremos la cantidad con las pariciones. Este tiempo lo dedicaremos a mejorar el ganado y conseguir nuevos compradores.

—¿Crees que es tan fácil?

—No, Walter. Es una puta mierda—dijo enojado—, pero es la única alternativa para salir adelante así que, más vale que te pongas positivo o hazte a un lado, porque no me rendiré. —Walter se detuvo. Jayden paró un par de metros adelante. Llevaba las manos en los bolsillos—¿Qué ocurre?

—Albano tiene razón. Eres igual que él.

Jayden se rascó la nariz enrojecida.

—Espero así sea. Me serviría bastante la sapiencia empresarial de mi padre. Ahora, apresúrate. Se me congela el culo.

Jayden dio media vuelta y siguió caminando. Walter suspiró y miró al cielo. Ojalá sus padres los ayudaran a ambos, desde donde estuvieran.

14 Traición

—¿De verdad va a alimentar cientos de vacas inservibles? Cielos, sabía que mi hermanito estaba mal, pero nunca imaginé cuánto.

Thomas reía entretanto, escuchaba a Albano contarle los planes de Jayden.

—Tiene cien millones y los despilfarrará. Nadie va a comprar la producción después de la campaña que impulsamos.

Thomas se cruzó de brazos y se hizo hacia atrás en su cómodo sillón de cuero.

—Esa tierra vale más que todas las propiedades que me heredó mi padre. Ese imbécil está sentado sobre un yacimiento petrolero y no lo sabe.

—¿De verdad crees que los estudios de factibilidad fueron correctos?

—Mi padre realizó uno y yo lo corroboré con tres consultoras diferentes—señaló Thomas—. Son positivos y no quiero que salga a la luz, así que más vale que te apresures, ya que, no quiero que mi destino esté en manos de lo que haga el muerto de hambre de Walter Harris.

Albano hizo una mueca.

—Estuvo aquí hoy.

—¿Qué?

—Jayden lo muestra como su mano derecha. Tiene voz y voto.

—Carajo.

—¿Estás seguro de que actuará a favor nuestro cuando llegue la hora?

—Más le vale—advirtió Thomas—. De lo contrario, voy a asegurarme de dejarlo como responsable de la muerte de decenas de cabeza de ganado debido al virus que implantamos

—Que implantaste, querrás decir—aclaró Albano y Thomas se carcajeó.

—¿Piensas que te dejaré afuera, amigo? Si yo caigo, todos caen, así de sencillo. Walter Harris va a aprender de la peor manera lo que significa traicionarme.

—¿Qué propones que hagamos ahora?

—Seguiremos con la campaña en su contra en las sombras. La meta es que toda la producción de lana termine en sus galpones sin vender. De ese modo, no tendrá más alternativa que rendirse.

—No está dispuesto a rendirse.

—Por supuesto que no, es un cabeza hueca igual que nuestro padre. Será bueno que lo guiemos y le mostremos el camino correcto.

—¿Quieres que tase tu departamento en Nueva York? ¿A ti qué bicho te picó? ¿Piensas quedarte con los búfalos?

—El dinero es un recurso escaso en este momento. —Jayden iba y venía por la sala de la mansión—. Quiero saber con cuánto dinero cuento en caso de tener que echar mano a eso.

Killian se sentó en su despacho y colocó los pies sobre el escritorio. Acababa de llegar de la Corte.

—Jayden, no puedes...

—Es solo por si acaso, Killian. ¿Podrás hacerlo o no?

Killian negó.

—Eres molesto, gatito negro.

—Me pondré más molesto si no haces lo que te pido.

—Sabes que no trabajo gratis, ¿verdad?

—Jamás lo pensaría de ti abogado, así que, espero el detalle de tus cuantiosos honorarios.

—Jayden, hablas de mí como si fuera una persona avara.

—No, hermanito. Yo no te considero avaro, es solo que tienes cierto apego a los billetes y te cuesta controlarlo, pero de ningún modo eres avaro. —El sarcasmo escurrió en cada palabra.

Killian chasqueó la lengua.

—¿Qué tan mal van las cosas?

—Bueno, digamos que tenemos al ganado vacuno enfermo, el ganado ovino no produce lana de la mejor calidad, y solo tengo en el banco cien millones con los cuales debo solventar un lugar en ruinas, pero el resto está muy bien.

Killian entornó los ojos.

—¿Thomas te llamó?

—No, y no creo que lo haga hasta saber que estoy destruido. Espero tú no se lo digas.

—Eres mi cliente, Jayden, y respeto esa confidencialidad.

—Me gusta. Me respetas como cliente más que como hermano. Soy muy afortunado.

Killian rio entre dientes.

—Te gusta jugar con fuego.

—No, pero si las llamas vienen, debo intentar apagarlas.

—¿No te parece extraño?

—¿Qué cosa?

—Thomas nunca se interesaría por un lugar perdido en la nada si no fuera porque ha visualizado un negocio mayor.

—El lugar es hermoso, pero hay que invertir una cantidad exorbitante.

—No lo sé—señaló Killian, pensativo—. Algo aquí no me cuadra.

—¿Tienes oportunidad de averiguarlo?

—Si, pero debo contratar, al menos, un par de detectives que se pongan con eso al cien por ciento.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Hagamos una cosa. Si lo deseas, puedo enviarte mi presupuesto y, si estás de acuerdo, nos pondríamos manos a la obra.

Jayden tragó saliva. Los contactos de su hermano eran, en la mayoría de los casos, poco ortodoxos. Glenn siempre le reclamó su forma de ser. Killian jamás se ataba a las reglas y hacer lo correcto, a veces, requería de algunas acciones dudosas.

—Está bien—afirmó Jayden con nerviosismo—. Si Thomas quiere jugar sucio, debo estar preparado.

—Vaya—Killian negó y asintió—, papá debe haber estado muy seguro de ti para heredarte su posesión más valiosa.

—Si vieras como está el lugar no pensarías de esa forma. No sé cómo Walter ha sido capaz de lidiar con esto.

—Tu administrador.

Sí, él mismo. Si yo hubiera sido papá, le habría heredado el rancho a él.

Killian comenzó a reír.

—¡Ay por Dios! ¿Cómo carajo te irá bien en los negocios con esa mentalidad?

Jayden no le respondió la provocación. Más de una vez sintió que era una especie de indigente para su padre, su madre y sus hermanos. Esta vez no lo permitiría.

—Espero tu correo, abogado de Vincent. Nos vemos.

Killian quiso hablar y Jayden cortó la llamada. Las personas iban y venían a esa hora de la siesta. Trasladaron las ovejas a uno de los galpones para que el frío no las castigará de manera tan cruel. El invierno se estaba haciendo eterno. Observó el cielo entre gris y blanquecino y dio un suspiro. Las semanas siguientes serían muy duras.

Walter caminó hacia él y Jayden se agachó. No quería mirarlo con deseo, no después de ese beso que le dio esperanzas, las mismas que su administrador destruyó esa mañana.

—Necesito mostrarte algo—dijo Walter con preocupación—.Vamos al establo cuatro.

Jayden caminó a su lado un par de kilómetros cuando ingresaron a la modesta estructura de madera que albergaba caballos y vacas. Un caballo yacía en el piso y era imposible que se levantara. Sus patas traseras se doblaban. Jayden se cubrió la boca.

—¿Qué sucede?

—El veterinario llegará en un rato más, pero, por lo que aparece, hablamos de la misma enfermedad que afectó al ganado vacuno.

—No por favor. —Jayden se agarró la cabeza—¿Estas vacas están enfermas?

—Según los estudios, ninguna de ellas lo está. Por eso las ubicamos aquí, pero esto es desconcertante. Las pasturas están controladas, de hecho, cambiamos de proveedor. Los veterinarios no saben qué decir o hacer a esta altura. Si esto se esparce, el ganado ovino también correrá peligro.

El caballo relinchó en ese instante. Su desesperación por levantarse. Jayden estaba perplejo. Había tanto dolor en esos ojos que solo pedían una cosa.

—Jayden.

El hombre dio la media vuelta y lo sujetó de ambos brazos.

—Por favor, Walter, encárgate. Que deje de sufrir.

Jayden caminó a paso rápido fuera del establo con los ojos rebalsados en lágrimas. Corrió lejos del lugar en medio de la nieve cuando un disparo quebró el sonido del viento. Jayden se detuvo. su corazón encontró la paz cuando el dolor del animal cesó.

Jayden nunca sería lo suficientemente bueno para ese puesto. Acababa de comprobarlo.

15 Esto que siento en mi pecho

Rancho Possessive, Wyoming.
Quince días después.

Eran las cuatro de la madrugada cuando el viento se levantó con fuerza como cada día. Jayden temblaba de frío en medio de la nada junto con quince trabajadores y Walter a la espera de los alumbramientos de las ovejas.

Habían hecho varias fogatas, sin embargo, estas se consumían con facilidad debido al intenso frío. Jayden se frotó sus manos y respiró sobre ellas para darse calor. Un golpe en el hombro lo sacó de sus pensamientos. Walter estaba a su lado con una taza de chocolate.

—Bebe, te hará bien.

Jayden le sonrió.

—¿Cuánto falta?

—Dos horas más, seguro. Hay varias que ya comenzaron con trabajo de parto. Muy pronto tendrás más bocas que alimentar, amigo.

—¡Qué chistosito estás! —Jayden le dio un golpe en el brazo y Walter rio. Los hombres charlaban cerca de ellos y se calentaban con el fuego y el chocolate—. Más tarde dormiremos todo el día.

—No te preocupes. Los trabajadores que vienen en la mañana ya tienen sus tareas asignadas así que podremos descansar—explicó el vaquero. Jayden apoyó su cabeza en el hombro de Walter—¿Estás nervioso?

—Muchísimo—confesó Jayden—¿Alguna vez compartiste esto con tu padre?

Walter levantó sus manos y las extendió hacia el fuego para calentarse.

—No, a papá no le gustaba que estuviera aquí.

Jayden bebió del café y una punzada en medio del pecho reavivó los párrafos que había leído horas atrás.

Wyoming, Diez de julio de 1993.

Hoy regresé a sus brazos después de un año de estar separados. Su calor me recibió como la primera vez, la única que tuvimos antes de que las cosas se complicaran y debiera alejarme por tiempo indefinido hasta arreglar las cosas con mi esposa. Mis hijos crecen sanos y fuertes. Los amo, Dios sabe que lo hago, pero no conecto con ellos como con Walter. En el instante en que él me besó, me olvidé de todo lo vivido. Es el centro de mi universo y para él yo también lo soy. No se cansa de decirme te amo, lo hermoso que soy o cuánto me desea. ¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Por qué no puedo quedarme con él para toda la eternidad? El peso de su cuerpo sobre el mío me da calma, alegría y mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho. Solo por este momento, por este simple segundo todo lo vivido valió la pena.

—¡Miren! ¡Ya comenzaron!

Jayden abrió los ojos como si hubiera estado en un sueño profundo y prohibido. En parte lo era, cada párrafo de ese diario le apuñalaba el corazón, pero era incapaz de desistir. Leerlo era

casi una adicción. Glenn llevaba una doble vida y él jamás conoció al verdadero hombre, sino a un ser que lo ignoraba y se internaba en sus sombras, en medio de una llanura que tenía tanto de vida, como de desolación.

Jayden dio pasos hacia una docena de ovejitas que se mantenían calientes. Una de ellas temblaba y estaba mojada. Walter se colocó a su lado y le señaló al animalito.

—¿Ves cómo está? Esa es la primera señal.

El animalito respiró agitado. Con un estetoscopio controlaron los latidos de su corazón. Jayden estaba atónito. Tenía sus manos en posición de rezo a la altura del pecho. Temblaba tanto como el animal.

—¿Qué pasa si no lo logra?

—Tranquilo. Lo hará. Nunca subestimes la fuerza de un animal y tampoco su inteligencia.

La ovejita en silencio comenzó a dar a luz. Jayden señaló.

—Mira, allí está. ¡Allí está!

—Hablo bajo. La vas a asustar.

—Perdón. —Jayden se cubrió la boca—. Fue instintivo ¿Ahora, ¿qué hacemos?

—Nada. Estamos atentos por si necesita ayuda. Muy pronto el resto comenzará también y no hay una duración definida.

Las lágrimas invadieron los ojos de Jayden. Pensó que era un tonto al no cargar su cámara en ese momento. Al cabo de quince minutos uno de los corderitos hizo su aparición. Jayden lloró y los trabajadores lo observaron estupefactos como si estuvieran presenciando alguna anomalía en un hombre.

—¡Míralo! Es tan hermoso.

—Shhhh. Tranquila, hermosa. Lo estás haciendo muy bien. —Walter acarició a la oveja con cuidado.

Jayden se apretó el pecho y se dio cuenta de que, debajo de ese hombre tosco y rudo yacía un ser poseedor de gran dulzura. Uno que él también había conocido cuando se animó a besar sus labios.

Jayden se limpió los ojos. Una mezcla de emoción, tristeza y anhelo. El hecho de descubrir que se estaba enamorando de un hombre que jamás lo aceptaría. Lo había dejado muy claro y él era incapaz de arruinarlo intentando un nuevo acercamiento. Podía conformarse con estos momentos robados, con esta sensación que inundaba su pecho y que le decía que estaba en su lugar en el mundo.

La oveja lamió al corderito y lo limpió con cuidado. Los hombres que estaban a su lado acariciaron a la oveja que continuaba con su trabajo de parto.

—¿Cuántos más?

—Dos más, creo—musitó Walter y Jayden escuchó a uno de los hombres decir que otras ovejas también habían comenzado a parir.

—¿Van a dejarlos con ellas?

—Sí, el calor de la madre es irremplazable. Mañana realizaremos el control de peso y estado de salud en general.

—Esto es hermoso—señaló Jayden y Walter se giró hacia él para sonreírle.

—Ya verás cuando puedas tenerlos en tus brazos.

Jayden sonrió y más lágrimas cayeron. Estaba emocionado, triste, una amalgama inenarrable que invadió su cuerpo y le mostró que jamás se rendiría porque esos seres, que a simple vista parecían más débiles, seguían luchando cada día y traían luz al mundo.

Jayden regresó a su mansión cuando el sol despuntaba en el cielo por primera vez después de

muchos meses. Pronto el invierno daría paso a la primavera y al renacer. Había aprendido a montar a caballo después de mucha práctica y esfuerzo. Resguardó al animal del frío e ingresó a su casa. La misma que seguía teniendo problemas de todo tipo.

Subió a su habitación y se preparó un baño caliente. Lavó su cabello con cuidado, del mismo modo que su cuerpo. Una vez que salió del toilette, se sentó en la cama y secó su cabello.

Un mensaje llegó a su celular.

Lo hiciste bien hoy, vaquero.

«Vaquero».

Jayden sintió que la sonrisa que se le dibujó podía partir su cara.

Gracias. Todo ha sido maravilloso.

Dio un suspiro y esperó la respuesta.

Tu padre estaría orgulloso de ti.

La verdad es que Jayden desconocía eso, sin embargo, en ese momento tenía un gran orgullo por sí mismo y eso era suficiente.

Gracias por estar a mi lado.

Escribió sin miedo a las dobles interpretaciones. Walter, esta vez, no le respondió. Jayden se acostó en la enorme cama que estaba fría y se hizo un ovillo. Estaba feliz.

16 Celos

Wyoming, ocho de septiembre de 1993

Lo extraño. Se me hacen eternos los días sin él, sin su mirada. No puedo pensar en nada más que no sea Walter y eso me atormenta.

¿Cómo estará? ¿Qué estará haciendo en este momento? En este segundo en el que mi corazón solo lo quiere cerquita de mí para amarlo y besarlo. Los negocios de mi padre demandan la atención que me niego a darles. Quisiera ser libre, quisiera ser como estos pájaros que han llegado a mi ventana y pueden ir donde se les dé la gana. Sin prejuicios, sin miradas y tonos acusatorios encima de ellos.

Cielos, ¿me he convertido en un ser tan egoísta que no me importa nada?

Hoy mi hijo Killian que aún es muy pequeño, me preguntó por qué lloraba. No me había percatado de que, mientras desayunaba con ellos, las lágrimas abandonaban mis ojos. No supe qué responderle. Es tan analítico y observador que nada se le pasa por alto. Es un niño brillante, en cambio su hermano mayor es taciturno. Siempre encuentra la forma de mantenerse alejado de mí. Sé que me detesta, lo que me da miedo, es que tengo la firme creencia de que odia a todo el mundo.

—¿Has hablado con tu madre?

Olimpia estaba del otro lado de la videollamada y le mostraba las invitaciones para la boda que eran de color negro y dorado. Jayden se encogió de hombros ante la pregunta.

—No tengo muchas cosas de qué hablar con ella. Siempre terminamos hablando del pasado.

—Es decir, de tu padre.

—Sí, de ese hombre.

—¿Todavía estás enojado con él?

—No lo sé, ahora me parece un desconocido.

Jayden colocó dos cucharaditas de azúcar al café y lo revolvió con cuidado. El celular estaba sobre una pila de libros posicionados de manera estratégica para poder ver y hablar con su amiga.

—¿Qué tal las cosas con Walter?

Jayden frenó el movimiento y dio un suspiro.

—Es un gran administrador. Un hombre excepcional. Se encarga de todo sin que se lo pidas. Tiene ideas excelentes en cuanto a la producción. Es...

—Dios, ¿tanto te gusta?

—Me encanta—confesó y rio—. Cada minuto que pasa, me gusta más. Combina tan bien lo salvaje con lo educado, y, como un idiota, hay momentos en que me ilusiono.

—¿A qué te refieres?

—Momentos en que creo que aquí hay un ida y vuelta en cuanto a sentimientos, pero, él de inmediato se torna frío.

—Tiene miedo.

—Lucha por no parecerse a su padre. —Jayden tensó la mandíbula—. Enamorarse de mí o tener algo conmigo sería repetir la historia.

—No, ustedes le darían otro final. Yo creo que sería perfecto.

Jayden se rascó la mejilla y bebió un nuevo sorbo.

—Wyoming es un sitio muy conservador.

—No digo que griten a viva voz lo que tienen, pero de igual modo es una situación muy distinta. Ambos están solteros, podrían construir un futuro.

—Walter no lo ve desde esa perspectiva. Ya me lo ha dejado claro y no voy a insistir.

—¿Has pensado en cambiar de estrategia? —Olimpia le guiñó un ojo y Jayden fijó su atención en ella.

—¿Cómo sería eso?

—No sé, quizás, darle celos. Mostrarle que no siempre vas a estar ahí con tus ojitos de enamorado.

—Yo no pongo...

—Jayden, recuerda que te conozco. Estoy segura de que todo el mundo nota los corazones en los ojos.

Jayden comenzó a reír.

—Estás loca. Aquí odian a los gais.

—Estoy segura de que no todos ¿Por qué no lo intentas?

—Olimpia, soy el jefe. Se supone que debo dar el ejemplo y no andar tonteando.

—Nadie dijo que te pongas resbaloso en el trabajo. Sal a algún lugar. Llevas más de dos semanas en ese sitio y, por lo que me has contado, no has salido a ningún lado. Deben haber bares, o sitios en donde se baila country como en las películas.

—Dios me libre de eso. Sabes que soy pésimo bailarín.

—Jayden, vamos. No te olvides de quién eres y de lo que puedes conseguir. Si te gusta Walter y piensas que tus sentimientos son correspondidos, arriégate. ¿Qué puedes perder?

—La dignidad.

—Cariño, esa la perdiste hace mucho tiempo cuando decidiste ser novio de un tipo como Ferrant.

—¡Vaya! ¡Gracias por darme tu sincera opinión!

—No cambies de tema—advirtió Olimpia—. Eres joven y guapo. Muéstrale al tal Walter que muchos suspiran por ti.

Jayden puso los ojos en blanco y luego dio un suspiro.

—Está bien. Haré lo que pueda, aunque no creo que funcione.

—No te sientas perdedor. Averigua los lugares a los que los hombres van y síguelos. Aprende, así como aprendes cada cosa de ese sitio al cual solo habías visto en fotografías.

Jayden asintió. Habló una hora más con su amiga acerca de los preparativos de la boda y lo feliz que estaba.

Jayden trabajó sin descanso a la par de los hombres esa semana y las que vinieron. Se acercó más a los trabajadores y se alejó de Walter, el cual, buscaba la manera de mantenerse a su lado.

—Oiga, jefe. Mañana hay un baile en el pueblo. ¿Quiere venir?

Edmundo, uno de los hombres más jóvenes del rancho y uno de los más extrovertidos lanzó la invitación.

—¿En serio? ¿Dónde es?

—Es a quince kilómetros de aquí. Hay baile, buena cerveza y mujeres hermosas.

—¿Qué más podemos pedir? —bromeó Jayden y todos rieron—. Me encantaría ¿Ustedes irán?

—La mayoría de nosotros. Bueno, los que tienen permiso de sus mujeres.

—¡Pórtense bien, eh! —advirtió Jayden y Edmundo se encogió de hombros.

—Yo me porto bien siempre, aunque hay algunos...

—Jayden. ¿Puedes venir un momento?

Jayden dejó de sonreír cuando observó el rostro de Walter.

—Claro.

Los dos hombres se alejaron de los trabajadores quienes construían un nuevo refugio de animales.

—¿Qué carajo estás haciendo? —Walter estaba enojado. Jayden no entendía el motivo.

—¿De qué cosa?

—Debes guardar distancia si quieres respeto.

Jayden frunció el ceño y lanzó una risilla confusa.

—Tengo el respeto de ellos y no lo perderé por ir a un baile. Creo que estás siendo demasiado rígido.

Walter se humedeció los labios.

—Ellos desconocen que eres gay...

—Lo sé, pero eso no implica que no pueda compartir momentos fuera del rancho. Hace mucho tiempo que no salgo y quiero divertirme.

—Entre líneas sería: Necesito a alguien para llevar a mi cama—replicó Walter con veneno.

—No, el mensaje es que me puedo divertir, bailar y beber un trago. —Jayden respondió ofendido—. Solo para que te quede claro. Me gusta que me rompan el culo, pero no significa que deje a cualquiera hacerlo.

—Yo no dije eso...

—No, pero lo estás pensando. Lo noto en la manera en que me juzgas con tu mirada. Tengo veinticinco años, Walter y tengo derecho a divertirme y no, no significa que la noche terminará con alguien en mi cama, pero tampoco me voy a negar a la posibilidad.

Walter se humedeció los labios y su mirada fue hacia sus botas cubiertas de polvo.

—Pues bien, yo solo cumplo con advertirte. Eres libre y puedes hacer lo que quieras.

Walter dio dos pasos hacia atrás y dio media vuelta para alejarse. Jayden se quedó observándolo por un minuto y luego sacudió su cabeza. Si el idiota supiera que al único que ansiaba en su cama era a él.

«Dale celos, muéstrale que no siempre estarás detrás de él con los ojitos de enamorado».

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero Jayden confió en el fluir de las cosas. Desconocía si iba a conseguir a Walter, pero al menos, se despejaría un rato de todos los problemas que el rancho tenía.

17 Possessive

La noche se iluminó con el enorme disco plateado que parecía flotar en medio de la oscuridad. Jayden observó la luna desde su balcón en la antigua mansión y se preparó para su salida.

El abogado de su padre, después de muchas idas y vueltas le había conseguido una camioneta de segunda mano que estaba impecable. Edmundo le había dado la dirección del lugar y le comentó que algunos de los trabajadores estarían allí.

Jayden estaba vestido completamente de negro y adornó sus ojos con un suave delineado. Algo sutil que resaltara su mirada, pero que no le diera aspecto de loca, como solía llamarle Olimpia. Su piel blanquecina resplandecía con la tela oscura, al igual que sus ojos azules.

Sus manos temblaban. Estaba nervioso después de mucho tiempo. Jayden asió las llaves de la Ford Ranger y se dirigió a la dirección que le brindaron. Esa tarde se había llevado a cabo un rodeo así que, el pueblo estaba convulsionado.

Jayden se estacionó a varias cuerdas del lugar. El sitio parecía ser un antiguo granero, el cual, habían reacondicionado para el baile. Las luces eran escasas y solo estaban presentes en la zona más cercana al baile. Jayden descendió del vehículo y caminó por un camino sin pavimentar hacia el lugar. Había varias personas afuera bebiendo cerveza. Jayden ingresó y buscó a Edmundo y los muchachos, sin embargo, su vista primero se clavó en el hombre de camisa blanca que estaba de espaldas. Hablaba con la mujer que servía los tragos y dibujaba una enorme sonrisa. Walter estaba coqueteando con ella. Jayden se quedó parado allí y estuvo a punto de dar la vuelta y marcharse. Lo habría hecho si Edmundo no le hubiera silbado en ese segundo.

Jayden pestañeó y salió de esa especie de hipnosis en la que había quedado. La música country sonaba y todo el mundo se divertía. En ese instante, Walter se giró en el banco de madera en el que estaba sentado en la barra y fijó su atención en él. Jayden desvió la mirada, le sonrió a Edmundo y se acercó a la mesa en donde este se encontraba. Ya estaba ahí y la pasaría lo mejor posible.

—¡Pensamos que no vendría!

—Yo también. —Jayden bromeó y se sentó al lado de otros dos hombres.

—¿Le pedimos una cerveza?

—Sí, y puedes dejar de tratarme de usted.

Edmundo asintió con una sonrisa y llamó a la mesera. Kane Brown era el cantante que sonaba de fondo. Jayden apoyó sus codos sobre la mesa y observó alrededor. Una chica se acercó a Edmundo y este la sentó en su regazo.

—Priscilla. Te presento a mi jefe, Jayden. Ella es mi novia.

—Es un gusto, Priscilla.

—¡Para mí también!

La chica hablaba fuerte. La música aumentó el volumen. Las parejas coparon la pista. Jayden conversó con los hombres y con Priscilla cuando todos quedaron serios por un momento. Una mano conocida colocó la cerveza de Jayden sobre la mesa.

—Está bien fría, jefe. Espero te guste.

Jayden tragó saliva y levantó la mirada hacia ese hombre que le hacía temblar las piernas con su voz. Jayden no se había percatado que eso le ocurría cada vez que Walter aparecía.

—Walter—Jayden le sonrió y fingió de la mejor manera posible—, ¿cómo estás?

—¡Hola Walter!

Los trabajadores y Priscilla levantaron la mano.

—¿Qué hay, muchachos?

—¡Oye! ¿Por qué siempre te acaparas las mujeres más bellas? ¡Eso es injusto!

Todos silbaron y arengaron a Walter quien dio una carcajada. Jayden bebió el contenido de la jarra que le había traído.

—Cuidado, jefe. ¡Eso no es agua! —bromeó Edmundo y Jayden se arregló su cabello negro.

—Descuida. Estoy acostumbrado a beber mucho.

—No pareces de ese tipo.

—¿Cómo lo sabrías? —replicó sin bajar la mirada a su administrador—.No me conoces en absoluto.

—¡Vamos a bailar!—exclamó uno de los hombres y Jayden aplaudió.

—Te sigo, hombre.

—¿Bailas country?

—No, pero echando a perder se aprende—dijo Jayden en tono jocoso y salió a la pista junto con ellos.

Cualquier cosa sería mejor que estar al lado de Walter quien ya estaba sentándose junto a uno de los muchachos. Todos hacían una especie de coreografía que, al parecer, se sabían de memoria. Jayden se paró junto a Edmundo y Priscilla.

—Bien jefe, es así—explicó el muchacho—, paso uno hacia adelante, paso dos hacia atrás, giro derecha y me muevo al costado sosteniendo el sombrero.

—Yo no tengo...

Uno de los trabajadores le puso un sombrero gigante en la cabeza y presionó haciendo que le cubriera los ojos. Jayden rio y se lo acomodó. Comenzaron la coreografía y, al cabo de un par de minutos, Jayden ya coordinaba los pasos como si lo hubiera hecho toda su vida. Los gritos de los hombres y las mujeres junto a un country pegajoso marcado por guitarras, violines y la típica voz clásica sureña.

Jayden se carcajeó cuando le agregaron una vuelta más al baile. El sonido de las botas era estruendoso sobre el piso de madera. Era lo mejor que el fotógrafo hizo en mucho tiempo. Carecía de su cámara profesional, pero contaba con un celular de última generación que decidió aprovechar. Jayden capturó varias imágenes de sus compañeros y también de las personas que allí estaban y se divertían.

Las escasas luces de tonos amarillos y naranja se tornaron muy tenues. Una música suave y lenta comenzó a sonar. «Breathe» de Faith Hill.

Era una canción antigua, el vello del cuerpo de Jayden se erizó. Había oído esa canción mucho tiempo atrás. Su padre solía escucharla. Jayden dio un suspiro y tragó saliva. Su corazón bramó en su pecho. La mirada azul distante de su padre. Jayden sonrió y lo entendió. Su padre no lo odiaba, Glenn no era capaz de dar amor a nadie más que a Walter Harris. Un amor que nunca sería posible.

Edmundo y su novia bailaban y reían. El resto de las mujeres se movían despacio en la pista. Jayden caminó hacia la mesa en donde se encontraba Walter. Sus miradas convergieron. El fotógrafo asió la nueva jarra de cerveza que la mesera trajo y la bebió hasta el fondo como la primera. Sacó algunos dólares y los dejó sobre la mesa. Buscó las llaves de su camioneta.

—¿Ya te vas?

—Sí—replicó sin mirar a Walter—, nos vemos el lunes.

Jayden levantó la mano y saludó a los hombres en la pista de baile. Caminó rápido hasta la camioneta. El mareo como consecuencia del alcohol todavía no lo embargaba, por lo que aprovecharía el momento para llegar a casa. Desactivó la alarma y la puerta del conductor. El sitio estaba un poco más oscuro ya que las luces del antro se habían tornado más tenues. Jayden abrió la puerta y un hombre la sujetó.

—¡Walter!—gritó entretanto el hombre lo observaba como si estuviera viendo una especie de alienígena—. Me asustaste.

—No puedes irte así.

—Estoy bien, gracias—Jayden luchó porque el administrador liberara la puerta—¿Podrías quitarte?

—Dame la llave, voy a llevarte.

—¿Sí?—Jayden se burló. El rostro de Walter era un trozo de hielo—¿Dónde vas a dejar tu camioneta? Además, te he visto bebiendo, así que, no tienes ética para decirme lo que puedo o no hacer.

—Me trajeron—confesó—. Me iré contigo y desde allí, regresaré a mi casa.

—¿Con quién viniste?—Jayden recordó que no estaba junto a los muchachos cuando llegó, sino con la mujer de la barra—. Ya, te trajo la chica de los tragos.—Walter no lo negó. Jayden lo empujó ante la insistencia—. Vete con ella, conmigo no vas a viajar.

Walter entornó los ojos y dio un suspiro de resignación ¡Qué carajo! ¡Si lo quería del modo difícil lo tendría! El vaquero lo levantó y se lo echó al hombro.

—¡Imbécil! ¡Bájame!

—Deja de gritar y compórtate—dijo Walter quien le quitó las llaves, dio la vuelta con él en el hombro y lo arrojó sobre el asiento del acompañante, como si fuera una bolsa de papas. Luego, corrió hasta el lugar del conductor, subió de inmediato y encendió el motor.

—¿Quién mierda te crees que eres? ¿Mi papá?

—Has bebido demasiado. Te vi hacer estupideces en la pista de baile por lo que supe que ya estabas borracho.

—No lo estoy. Solo estaba disfrutando el baile, y sí, quizás no soy el mejor bailarín, pero lo estaba pasando genial ¿Por qué no hacemos una cosa Walter? Regresa con tu chica y...

—Ella no es mi chica—replicó y giró su rostro hacia el hombre que estaba apoyado en la puerta—. Es solo una amiga.

—Imbécil—Jayden lo insultó—, que sea marica no significa que desconozca cómo coquetean las mujeres, y ella lo estaba haciendo, así que no me vengas con mentiras. Si no quieres contarme quién es, está bien, pero no trates de tomarme el pelo.

—¿Sí? ¿En serio hablaremos de coquetear? ¿Qué mierda estabas haciendo con Edmundo y los demás?

Jayden frunció el ceño y comenzó a reír.

—Edmundo estaba con su novia, idiota.

—¿Y? ¿Desde cuándo eso te detuvo antes?—Una milésima de segundo. Fue lo que necesitó Walter para quebrar la alegría que tenía Jayden. El hombre respiró profundo y tensó la mandíbula—. Perdona, no fue mi...

—Lo fue—replicó Jayden—, pero no importa. Solo para que lo sepas, el único hombre con el que estuve en una relación así fue Ferrant y terminó muy mal. Nunca he engañado a nadie. Soy un marica, pero no una puta.

—Jayden.

—Conduce y terminemos con esto. Creo que tuve suficiente «diversión» por esta noche.

Jayden se cruzó de brazos y se giró hacia la ventanilla. Walter negó y puso en marcha la camioneta. Compartieron la media hora más incómoda de toda su vida. Hasta respirar se hacía difícil en el ambiente denso del vehículo. Llegaron a la mansión del rancho y Walter estacionó. Jayden le estiró la mano para que le entregara las llaves y este lo hizo.

—Nos vemos el lunes—dijo Walter, y el fotógrafo no le respondió. Caminó hacia la casa y Walter ya no se resistió.

Fue tras él. Jayden no giró en su dirección en ningún momento.

—Este rancho se llamaba Renacer antes de Possessive, ¿lo sabías?—La voz de Walter se oyó nítida en el profundo silencio de la noche. Jayden se detuvo sin girar hacia él—. Tu padre fue quien lo cambió ¿Te imaginas el motivo?

—No me interesa—agregó Jayden—, ya estoy harto de las historias de esos imbéciles.

—Mi madre me lo dijo antes de marcharse.—Walter confesó—. Possessive, tu padre y el mío no podían manejar los celos, el hecho de ver a alguien más cerca de su amante. Eran suyos, se pertenecían, y decidió plasmarlo en el nombre del rancho.

»Siempre pensé que era una locura. Una conducta de alguien desequilibrado, hasta hoy. Jamás en mi vida he deseado marcar a alguien como mío hasta que te vi riendo y bailando feliz con ese imbécil al que odio con toda mi alma, aunque el pobre no tenga la culpa.

«No llores».

Se dijo a sí mismo Jayden antes de dar media vuelta y enfocarse en el hombre que estaba a tres metros de él.

—¿Por qué me haces esto, Walter?—Jayden reclamó—. Me dices que no quieres nada, y luego dices estas cosas que me dan esperanzas ¡Y no quiero tener esperanzas! Si tú no sabes a dónde te diriges es tu problema, pero no me compliques la vida a mí con estas actitudes.

Walter tragó saliva y puso las manos en sus bolsillos.

—Me gustas, Jayden—confesó—. Me gustaste desde el momento en que te conocí y no quiero ser como mi padre. No quiero terminar como él.

—Yo no soy Glenn—Jayden aclaró con voz trémula—, y si tú la pasaste mal siendo niño con un padre con vida paralela, yo también. Me has vuelto loco desde el momento en que me cargaste en tu caballo la primera vez. No dejo de pensar en tu aroma, en tus manos, en tus labios, y estoy cansado.

Walter dio pasos seguros. Jayden levantó su cabeza hacia el enorme hombre que lucía más imponente esa noche.

—Quiero que seas mío, Jayden. Te quiero para mí.

Jayden quiso abrir la boca, pero el hombre lo envolvió entre sus brazos y sus bocas chocaron. El fotógrafo lo trepó y enredó sus piernas a la cintura del tipo. Sus labios se buscaban de manera incansable. La boca insaciable de Walter recorrió su cuello y chupó sobre la nuez de Adán. Jayden gimió. Lo asió del rostro cubierto por una barba suave y rubia. Tenía a Walter donde lo quería, mejor dicho, casi donde lo quería. Todavía faltaba un pequeño paso y Jayden no iba a demorarlo más.

—Ven, vamos a mi cama.

18 Besos y delirio

Walter cargó a su amante por las escaleras hasta la recámara principal. Jayden mordía sus labios y se adentraba en su boca sin miedo. Su lengua jugueteaba con la suya, Jayden dio una risita y acarició su rostro.

—Bájame—ordenó frente a la enorme cama—, y desnúdate. Regreso en cinco minutos.

—¿De qué hablas?

—Debo prepararme.—Jayden gimió cuando Walter le dio un nuevo chupetón sobre el cuello. El hombre asintió como pudo.

Se sentó en la orilla de la cama y observó a Jayden quitarse las botas, las medias y dirigirse al baño. Walter cerró los ojos. No tenía condones y tampoco lubricante. Dios, ¿por qué carajo no había planificado esto?

«Porque empezaste a pensar como un bruto cavernícola cuando lo viste con otro hombre».

Walter rio y negó. Esa era la pura verdad. Se desabotonó la camisa y se percató de que estaba temblando. Los nervios lo habían invadido. Jamás había estado con un hombre ¿Y si lo hacía mal?

Se quitó las botas, las medias y el pantalón que le quedaba demasiado ajustado. Estaba inseguro de quitarse el bóxer. Pasó sus manos sudadas sobre sus piernas y esperó al hombre que, en ese momento, apareció.

—Vaya, ese sí es un paisaje para admirar—agregó Jayden que estaba envuelto en una bata de seda negra con el lazo a medio ajustar.

Su piel blanquecina relucía en contraste con el tono de la tela. La luz de la luna ingresaba por los amplios ventanales. Jayden dio pasos hacia la mesa de noche, encendió el velador y buscó en su mesa de noche un par de condones y un tubo de lubricante. Walter respiró aliviado y sonrió ante la belleza que se acercó hacia él. El hombre se puso de pie y presionó el cuerpo delgado contra el suyo. Ambos estaban erectos. Walter lo asió del rostro y se perdió en sus labios una vez más. Jayden llevó sus brazos al cuello y lo atrajo más cerca. Walter deslizó la lengua por su cuello, desajustó el lazo de la bata y chupó sobre la piel impecable y perfumada con un agradable aroma a menta y pino. Las manos presionaron sobre las nalgas y su boca se detuvo. Jayden se mordió el labio inferior.

—Es un plug—explicó—, hará las cosas mucho más fáciles para nosotros.

Walter asintió y sus dedos asieron la punta que tenía forma de joya en tono rosado y empujó el aparatito más profundo. Jayden gimió y se adhirió más a su cuerpo. Acarició los pectorales duros de su amante y sus manos se deslizaron hacia el bóxer, el cual, llevaron hacia abajo. Jayden cayó de rodillas ante el pene largo y grueso. Lo asió con las dos manos y chupó sobre la punta roja brillante. Se sentó sobre sus talones y se humedeció los labios. Walter se mordió el labio inferior y sus dedos acariciaron el cuero cabelludo. Jayden, sin quitarle la vista de encima, llevó el pene a su boca y gimió con el sabor y grosor que estiraba sus bonitos labios.

—¿Tienes idea de lo erótico que te ves así?—preguntó Walter y empujó sus caderas hacia adelante—. Eres tan bonito.

Jayden soltó el pene y un sonido cargado de lujuria resonó en la habitación. Sujetó el pene con

ambas manos de nuevo e hizo círculos con su lengua en el glande, pellizcó una vena gruesa y Walter gruñó.

—¿Este es tu punto débil, vaquero?—preguntó divertido y volvió a tragarlo con ímpetu.

Las piernas trémulas de Walter en cualquier momento le fallarían. Jayden succionó con tal fuerza que Walter se estaba volviendo loco.

El muchacho lo empujó hacia la cama y este cayó sentado en la orilla. Se metió entre sus piernas. Sus ojos azules adormilados, algunos mechones de cabello azabache caían sobre su frente y se adherían allí por el sudor. Sus labios pulposos, más rojos e hinchados que nunca. Jayden asió el pene y acercó su pecho a él, se acarició sus pezones, los cuales, se embadurnaron con saliva y líquido preseminal.

—Eres una puta—dijo con su rostro que denotaba todo el deseo que emanaba de él. Jayden le sonrió e hizo círculos en el pezón derecho.

—¿No crees que eres muy afortunado, vaquero?

Walter lo sostuvo con fuerza de la nuca, cerró el espacio que había entre ellos y volvió a devorar sus labios. La nalgada resonó en la recámara, Jayden se contrajo y Walter repitió la acción sobre la nalga izquierda. Ambas estaban muy rojas. El vaquero las acarició de manera posesiva.

—Estas me pertenecen a partir de hoy, ¿entendiste?

Jayden dio una risilla y asintió antes de besarlo. Sus lenguas se adherían y jugaban. La boca de Walter era demandante. La forma en que besaba, chupaba, era una especie de bestia que lograba poner nervioso a Jayden. Lo arrojó sobre la cama y se fue sobre él. El fotógrafo rio cuando Walter pellizcó sus pezones y los chupó como si se tratara de cerezas y los estiró. Gimió en una mezcla exquisita entre el dolor y el placer.

—Eres un bruto, Harris—bromeó y gimió cuando una nueva nalgada cayó en su trasero.

—Ven aquí.—Walter lo tomó entre sus brazos e hizo que se pusiera sobre él, pero en posición invertida—. Quiero que me chupes así, yo te voy a hacer lo mismo.

Jayden se mordió el labio inferior. Estaban en el centro de la cama haciendo un perfecto sesenta y nueve.

—No estás obligado a...

—Ya lo sé, quiero probarlo—replicó Walter y asió el pene frente a su cara y dio dos lamidas. Jayden puso los ojos en blanco y se estremeció. Por su parte, tomó el pene de su amante e imitó la acción.

La habitación se tornó un mar de jadeos, gruñidos, y gemidos. Se deseaban con locura. Se notaba en la forma en que se tocaban, besaban, chupaban. Sus caderas se movían como si tuvieran vida propia sobre la boca del otro. Walter no solo le estaba haciendo una felación increíble, sino que además jugaba con el plug y lo presionaba sobre su punto erógeno.

Walter dio dos nalgadas, uno sobre cada globo perfecto y rojizo y lo empujó con fuerza, lo que llevó a Jayden a deslizarse sobre la sábana y quedar en cuatro. A esa altura, con todos sus orificios sobre estimulados, ya no sabía ni el día ni la hora. Walter era peor para su salud que el alcohol.

Walter buscó uno de los condones, lo abrió con los dientes sin perder de vista el lugar donde se enterraría hasta la empuñadura. Esparció abundante lubricante y quitó el plug despacio. Jayden gimió alto cuando el enorme bulto ingresó dentro de su cuerpo. Se arqueó y presionó su trasero hacia atrás para empalarse con ese trozo de carne. El administrador lo cubrió con su cuerpo sudado y le mordió el hombro.

—Sé que no es la primera vez que estás con alguien, pero más vale que te prepares porque no

voy a contenerme, ¿sí?

Jayden se enfocó en ese rostro cargado de lujuria, la punta de su lengua lamió los labios apetecibles de su amante.

—Soy tuyo, muéstrame todo lo que puedes darme, vaquero.

19 Vaquero

—¡Walter!

Jayden gritó cuando las estocadas febriles, violentas y exquisitas le mostraron que había subestimado la libido de ese vaquero serio que se tornó una bestia lasciva e insaciable. No era un hombre. Jayden pensó en sus experiencias anteriores y nunca nadie lo había follado así.

Walter chupó su espalda y esparció mordidas en todos los lugares posibles. Lo asió del cabello y Jayden se arqueó antes de dar un nuevo grito. Lo inmovilizó de tal modo que apenas tenía espacio para respirar. Las caderas de su amante chocaron con sus nalgas generando chasquidos implacables que no dejaban lugar a dudas de lo acontecido en esa recámara. Walter cruzó su brazo sobre el torso de su amante y lo atrajo hacia él. La espalda de este descansó sobre los pectorales del vaquero que ahora se movía en círculos suaves y volvía a tomar impulso. Jayden dio chillidos de placer cuando el vaivén se tornó rápido y su amante lo arrojó de nuevo sobre ese colchón bien usado. Jayden empinó su culo para que recibiera todo lo que ese hombre le estaba dando. Walter apoyó la planta de su pie derecho sobre la cama para darse mejor impulso y las estocadas se intensificaron de nuevo.

Jayden gimió y mordió la almohada para evitar que todo Wyoming se enterara de que Walter Harris era un dios del sexo y él lo tenía desarmando su cama y a él también. El vaquero salió de su interior y le dio una nalgada. Jayden, desecho, se giró hacia el hombre.

—Ven al filo del colchón.

Jayden, sin chistar gateó hasta la orilla del colchón y volvió a colocarse en cuatro. Walter besó su cuello y chupó el lóbulo de su oreja.

—Eres bonito, gatito negro.

«Gatito negro».

Había escuchado esa frase decenas de veces, pero jamás de alguien que lo dijera con devoción, como lo decía este hombre perdido en el sexo. Walter volvió a entrar en él y Jayden se perdió en gemidos cuando las estocadas golpearon sin parar su próstata. Sollozó de placer, su entrada se oprimió y el semen salió disparado sobre el colchón. Ni siquiera se había tocado. Walter empujó, empujó, empujó y Jayden creyó que se desmayaría. El enorme hombre salió de él una vez más y lo giró en la cama antes de levantarlo.

—Esta escena siempre me gustó en el porno—confesó y Jayden besó su cuello.

—Vamos, pervertido ¿Qué te detiene para hacerla realidad?

Walter lo asió de sus piernas mientras se encontraba de pie, llevó el pene entre las nalgas y se enterró en él. Jayden gimió de dolor. En esta posición todo se sentía más intenso. Jayden enredó sus brazos en el cuello del hombre y sus caderas se deslizaron sobre el enorme trozo de carne. Walter clavó sus dedos en las nalgas y embistió. Sus bocas se unieron en un beso febril. sus lenguas se follaron del mismo modo que sus caderas. Jayden gritó y se arqueó, el semen salpicó el pecho de ambos y sus barbillas. Walter embistió con hambre y desesperación. Deslizó su lengua sobre el pecho y lamió el semen, el fruto del éxtasis de su amante que estaba aturdido por todo el placer que recibía.

Walter lo lanzó a la cama de nuevo y lo colocó de costado en el filo de la cama. Jayden rio y se mordió el labio inferior.

—Dios, Walter ¿quién carajo eres?

—Soy tu vaquero, ¿recuerdas?—dijo el hombre y volvió a entrar en él—. Y te estoy domando.

Jayden puso los ojos en blanco, Walter acarició las nalgas turgentes. El culo del fotógrafo era una delicia. Se asemejaba a un tierno melocotón.

Los minutos se convirtieron en horas. Walter debía ser mitad búfalo. Jayden pensó mientras empuñaba las sábanas y todo el peso de su amante estaba sobre él en la cama. Su entrada ardía. Walter volvió a besarlo con desesperación. Un empuje más profundo que los anteriores y el vaquero rebalsó el condón en su interior. Un par de estocadas más y Jayden se vino por tercera vez en la noche. Walter quedó inmóvil en su interior dilatado al límite. Estiró los brazos de Jayden, y los acarició, besó su espalda, su nuca, su mejilla. Muy despacio salió del interior del fotógrafo quien respiró y dio un gemidito. Los ojos de Jayden se abrieron cuando Walter introdujo el plug.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo mantengo abierto—explicó como si fuera una obviedad—. Vamos a descansar un rato y después seguimos. Todavía queda un condón.

Walter se arrojó a su lado y Jayden lo observó antes de lanzar una carcajada.

—Eres un perverso—dijo antes de abrazarlo—, y pensar que me creí la de que no te gustan los culos masculinos.

—No me gustan los culos masculinos—señaló Walter mientras lo atraía hacia él y ponía una mano posesiva sobre sus nalgas—, pero estas dos burbujas merecen poemas.

Walter apretó la nalga derecha y Jayden gimió.

—No hagas eso, estoy muy sensible ahí abajo. Me pondré erecto de nuevo en cualquier momento.

Walter se quitó el preservativo, le hizo un nudo y lo arrojó al costado de la cama. Jayden se acomodó en su pecho. El hombre le dio un beso en la frente.

—¿Las empleadas vienen más tarde?—preguntó Walter y Jayden lo aprisionó un poco más. El sudor comenzó a secarse.

—No, recién aparecerán el lunes.—Jayden abrió un ojo y se quedó atento al rostro de Walter, el cual estaba enfocado en el techo de la habitación. Una leve sonrisa apareció en el vaquero.

—¿Eso significa lo que pienso?—preguntó y Jayden hizo círculos sobre su pezón derecho.

—Depende, ¿quieres pasarte el fin de semana dentro de mí o no?

Walter se carcajeó y, de inmediato se colocó sobre él. Jayden dio un gritito de sorpresa.

—Eres terrible, gatito.

—Lo soy—replicó Jayden sin amedrentarse—, y más vale que me alimentes como merezco.

Wyoming, diez de julio de 1995

¿Qué es la vida? ¿Qué sentido tiene si no hay amor? Mientras escribo estas líneas mi esposa duerme. La madre de mis hijos, la mujer que ha sido incondicional conmigo incluso cuando me convertí en un bastardo. Jamás creí que estuviera hecho para el amor pasional. Para esta especie de alma gemela que poseo y de la cual me niego a alejarme. Nos dedicamos el tiempo que podemos, las palabras escasas, pero tan sinceras. ¿Hasta cuándo voy a soportar esta tortura? ¿Cuánto tiempo más podré esconder lo que realmente soy? ¿Qué van a pensar mis hijos? Killian y Thomas son buenos hijos, pero yo no soy un buen padre. No tengo dirección, ¿qué clase de consejos puedo darles para encarrilar sus vidas cuando sea necesario, cuando yo mismo estoy atrapado en una telaraña construida por mis mentiras? ¿Cómo les puedo exigir que no mientan cuando lo hago todo el tiempo?

Jayden se despertó entrada la mañana con los trinos de los pájaros que llegaban a su balcón. Giró su rostro hacia el hombre a su lado que dormía con placidez. El hombre lo destapó para contemplar su cuerpo y ser testigo de todos aquellos detalles que se le habían escapado durante la noche y la madrugada.

«Cosa rica».

Jayden se mordió el labio inferior y sonrió. Walter era una escultura. Ninguna de sus parejas había tenido el cuerpo de este búfalo de Wyoming. Sus pectorales duros, sus abdominales marcados, la hermosa V que desembocaba en ese pene glorioso. Jayden se deslizó despacio fuera de la cama para no despertar a su amante y porque le dolía hasta pensar.

Buscó la bata y estuvo a punto de quitarse el plug.

«No te atrevas a quitártelo hasta que yo lo diga».

Puso los ojos en blanco al recordar esa frase. Ese tipo era un psicópata posesivo que follaba como un dios. Bueno, si ponía en la balanza eran más las cualidades positivas que negativas. Era un calenturiento. Buscó su celular y observó un mensaje de su hermano Killian.

**Te he enviado mis honorarios, y solo para que sepas,
ya cuento con información sobre lo sucedido en el rancho.**

Jayden rio y texteó.

**No me digas que has hecho algo
sin tener el dinero en la cuenta.
¿Qué carajo le está ocurriendo al mundo?**

**Los milagros existen, gatito.
Ya deberías saberlo.
Lláname cuando puedas.**

Jayden estuvo a punto de hacerlo cuando unas manos grandes y poderosas lo atraparon, y una boca ansiosa besó su cuello.

—Buenos días—musitó Walter en su oído y Jayden dio media vuelta para abrazarlo.

—Hola, vaquero ¿Listo para desayunar?—Walter se humedeció los labios y adhirió su pelvis a la de Jayden—¿Es en serio? ¿Estás duro de nuevo?

—Vamos a la cama, después podemos desayunar.

20 Mentiras y dolor

—¿Querías aprender a montar o no?

Las piernas de Jayden temblaban mientras sus caderas se movían lánguidas sobre ese trozo de carne que, en pocas horas, se había convertido en su perdición.

«La vaquera invertida».

Jayden jamás la había practicado hasta Walter. El administrador jamás lo había hecho con un hombre, por lo que, se podría decir, que ambos eran vírgenes en esa técnica.

Walter colocó sus manos detrás de su cabeza, sus ojos fijos en el culo redondo y succulento de su amante. Jayden saltaba sobre el pene y gemía con descontrol. Era un espectáculo sexy, erótico y caliente. Con solo verlo, entendió el motivo por el cual los hombres nunca le atraerón. Jayden de Vincent era único, y en medio de todo ese derroche de pasión, entendió la adicción de su padre por Glenn.

Walter lo asió de las caderas y embistió hacia arriba. Jayden apoyó sus manos sobre sus nalgas y las abrió más para que lo follara a gusto. El vaquero no desaprovechó el ofrecimiento. Las estocadas duras estremecieron a Jayden quien, esta vez, se vino mucho más rápido, Walter aumentó la velocidad y salió de su interior antes de terminar para derramarse sobre las preciosas nalgas.

Walter lo arrojó sobre él y se besaron con hambre y pasión. Se levantaron, se ducharon juntos, volvieron a tener sexo. Jayden preparó un desayuno variado, el cual devoraron para terminar follándose sobre la mesa de la sala.

Jayden se sentó de costado en el enorme sofá gris de la sala. Walter había ido a comprar algunas cosas para el almuerzo. Fue cuando decidió llamar a su hermano.

—Killian.

—Hola, hermanito—dijo el hombre—, ¿cómo has estado? ¿Qué tal los osos? ¿Ya te peleaste con alguno?

Jayden arqueó una ceja y observó su cuerpo que era un mapa de moretones, rasguños y chupetones en ese momento.

—Creo que sí, pero he sobrevivido.

—Eso es bueno. No dejes que te maten esos bastardos.

Jayden puso los ojos en blanco. Killian era terrible a veces.

—¿Qué sucede? Dijiste que tenías información importante. Te informo además que he depositado la mitad de tus honorarios.

—¿Sabes? He llegado a la conclusión de que no eres un gatito negro, sino un gato bruto y ciego.

Jayden hizo una mueca de dolor y reprensión.

—¡Oye! ¿Por qué me insultas?

—Hombre, estás sentado sobre millones de dólares en este momento.

—¿De qué hablas? El rancho no...

—Hay tres estudios de exploración realizados en la zona—argumentó el abogado—. Hay petróleo allí y tú ni enterado, zopenco.

—Eso es imposible—agregó Jayden e hizo una mueca cuando se puso de pie—. Papá nunca...

—Los dos últimos estudios no fueron ordenados por papá, Jayden, sino por Thomas. Él sabe lo que tienes ahí.

—Maldito hijo de puta—dijo entre dientes Jayden—. Ese bastardo avaricioso.

—No quiere pagar un centavo por tus tierras y obtener todas las ganancias. No solo eso. El imbécil ha subestimado la inteligencia de todos.

—¿Qué? ¿Hay más?

Killian dio un suspiro.

—Thomas realizó dos transferencias desde una de las empresas de papá que tenía como destinatarios a dos periodistas relacionados a la ganadería y economía ¿Le encuentras algún sentido a eso?

—El boicot—Todas las fichas del rompecabezas comenzaron a ordenarse en la mente de Jayden quien se sentó porque estaba a punto de desmayarse—. Thomas ideó lo del virus desde hace años ¿Cómo logró insertarlo en el rancho?

—Jayden, ese sitio desolado debe tener decenas de lugares donde ingresar y actuar, sin embargo, hay otra cosa.

—¿Es en serio? Killian, estoy a punto de viajar a Nueva York y asesinar a Thomas.

—Si lo vas a hacer y requieres de mi defensa te pido que no lo divulgues más.

Jayden se cubrió el rostro. La traición era el karma que, al parecer, lo perseguiría todo lo que le quedaba de vida.

—Dime, ¿qué otra cosa hizo nuestro querido hermano mayor?

—Thomas viajó a Wyoming días antes de tu llegada.

—¿A Wyoming? ¿Para qué?

—Para hablar y negociar conmigo.

El corazón de Jayden se detuvo cuando escuchó la voz gruesa y masculina cerca de él. Walter estaba parado con varias bolsas en sus manos. Los ojos de Jayden se llenaron de lágrimas.

—Jayden, ¿estás ahí?—Killian preguntó; Jayden había extraviado su voz—¿Jayden?

—Killian, ¿puedo llamarte más tarde?

—Está bien—dijo el hombre del otro lado—, hay algunas cosas más que debes saber.

Las lágrimas se deslizaron sobre el rostro del muchacho.

—Lo sé, pero necesito un momento para asimilar el dolor.

Nueva York , doce de septiembre de 1998.

He terminado con Walter hace dos meses y mi mundo ha colapsado. Parezco una enorme estatua que, poco a poco, se agrieta hasta convertirse en nada. ¿Por qué nos atamos a personas que no podemos amar? ¿Por qué buscamos la manera de herirnos a nosotros y a los demás? Creo que Walter jamás entenderá cuánto lo amo. Todo lo que significa para mí y cómo me duele cerrar la puerta a mi hogar. Al hombre que me enseñó lo que es amar de verdad, al que me mostró que el verdadero hogar es mi alma, una que anhela compartir su existencia con él. Nunca dejaré de amar a Walter Harris, nunca dejaré de extrañarlo.

—Thomas apareció semanas antes de que tú llegaras. Me dijo que eras un imbécil que venía a tomar posesión de todo lo que Possessive representaba.

Estaban frente a frente en la sala. Walter se había sentado a un par de metros de él mientras que Jayden continuaba en el sofá escuchando la historia que no quería escuchar, porque dolía demasiado.

—¿Qué te ofreció?

—Antes que nada. —Walter interrumpió—. Todo lo pactado fue antes de conocerte, antes de vivir contigo y sentir que...

—¿Cuánto, Walter? Es todo lo que quiero saber. Al menos merezco eso, ¿no crees?

—Él me ofreció un millón de dólares, pero yo le pedí veinte. Un nuevo comienzo lejos de los de Vincent. Ese era mi sueño.

—Lejos de los de Vincent—repitió Jayden con el alma destrozada—¿Tanto nos odias?

—No a ti—dijo Walter—. Por mucho tiempo sentí que tu padre me arrebató a mi familia. Luego, cuando papá murió, quedé haciéndome cargo de cientos de problemas de un negocio en ruinas. Estaba harto, enojado con el mundo, con la vida que había sido una hija de puta conmigo. Quería ser libre y tú hermano me daría esa oportunidad.

—¿Sabías lo del petróleo?

—No por completo, solo conversaciones que había oído, pero resultaba obvio que había mucho más aquí. Papá algunas veces decía que este lugar era petrolero, al principio, lo tomé como un delirio.

—¿Qué hay con respecto a la enfermedad del ganado?

—No tengo nada que ver con respecto a eso. Lo juro.

Jayden se cruzó de brazos y quedó con su vista en el hombre cabizbajo.

—Confíe en ti, Walter. Me entregué a tus brazos confiado en que las cosas mejorarían, seguro de que merecía algo más de la vida que migajas.

—Yo no le he dado ningún tipo de información a Thomas. Debes creerme—suplicó Walter.

—¿Y de qué me vale eso? Tuviste decenas de oportunidades de confesarme esto ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque tenía miedo y no quería perderte. Por primera vez en toda mi vida me sentía parte de algo maravilloso. Tus ojos, tu sonrisa, tu calidez, tu voluntad. Me contagiaste las ganas de vivir.

—Tú me las quitaste—dijo Jayden con resentimiento.

Walter puso las manos juntas a modo de rezo.

—Por favor, Jayden. Nunca hice nada para perjudicarte. Sí, es verdad que accedí a esa locura, pero nada de eso se cumplió. Me enamoré de ti. Me enamoré del hombre que debía odiar.

Jayden se quedó pensativo por un momento. Se humedeció los labios y acarició sus piernas desnudas.

—Te creo, Walter—agregó y el administrador pudo respirar. Iba a ponerse de pie y acercarse cuando Jayden lo detuvo—. Puedes seguir siendo el administrador de este lugar, después de todo, has sido impecable a nivel laboral.

—No, no me digas eso. —Walter rogó, pero Jayden había tomado una decisión.

—Puedes mantener tu trabajo, pero te quiero lejos de mi vida.

—Jayden.

—Estoy harto de las personas que me hacen daño. No voy a empezar algo contigo cuando no confío en ti por completo. Estarás vigilado. Al mínimo error te vas, ¿entendiste?

—Te amo, Jayden. Me enamoré como nunca de ti.

Jayden se levantó del sofá y se limpió los ojos.

—Si me hubieras amado como dices, si me hubieras respetado, me habrías contado la verdad. Entiendo tu dolor y tus heridas, pero recuerda que yo también las tengo y nunca te hice daño a ti.

—Fui un idiota al creer que podía escapar—confesó Walter, desolado—, que podría comenzar de nuevo cuando soy yo el que no supera el abandono y la soledad, sin importar adónde vaya. Eres lo más hermoso que me ocurrió, Jayden de Vincent. Siempre lo diré.

Jayden abrió la boca y la cerró. Se moría por abrazar a ese hombre, por estar entre sus brazos y

probar su boca una última vez. Quizás, algún día, el dolor que le golpeaba el pecho, cesaría. Algún día esto solo sería una triste anécdota.

Ahora debía resistir la tormenta embravecida.

—Vete, Walter. Déjame solo.

21 Cree en ti

Nueva York, dos de noviembre de 1998.

He conocido a una mujer hermosa. Por momentos me recuerda a ti, Walter. Es despierta, agradable, llena de vida. Ayleen me hizo preguntas acerca de ella cuando la encontré en la oficina hoy. La he convertido en mi asistente. Es una mujer ambiciosa e inteligente. A veces me pregunto qué pensaría el mundo si le dijera que te amo, que nunca podré olvidarte, que representas lo único bueno de mí.

Patricia es maravillosa, pero no puedo dejar de pensar que es demasiado para mí. Te amo, Walter, te amo tanto que me estoy volviendo loco.

Jayden se encargó de investigar a fondo y encontrar a los culpables del enorme problema que azotaba al ganado vacuno de Possessive. Convocó a una rueda de prensa y, con las pruebas que su hermano Killian reunió, hundió a los periodistas encargados de difamar a su empresa de manera pública e inició acciones legales por difamación. Jayden estaba tranquilo en ese aspecto. Tenía al abogado más hijo de puta de Estados Unidos.

Walter, por su parte, consiguió algunos compradores para la producción de lana que habían guardado en los galpones cuando llegó la primavera. Todo se movía rápido y sin pausa. El trabajo los mantenía ocupados todo el tiempo.

Una vez que el dinero comenzó a llegar, Jayden cambió de equipo contable para su empresa, ya que, si bien no tenía pruebas concretas de que habían estado trabajando con Thomas, Jayden no quiso correr riesgos. Si quería que llegaran cosas nuevas, debía cortar con los ciclos viejos, y entre esos estaban Albano y sus contadores.

Contrataron a más personal con el transcurso de los meses. Walter era infalible al momento de planificar y se mantuvo como mano derecha de Jayden. Estaban en comunicación todo el tiempo, pero todo se limitaba al ámbito laboral. Walter no le había hecho ningún tipo de insinuación de otra índole, pero, de vez en cuando, Jayden notaba que lo miraba con profunda tristeza en sus ojos. Estaba arrepentido, el fotógrafo lo sabía, pero después de lo sucedido, no le encontraba sentido acercarse a él. Había perdido la confianza en Walter.

—¿Qué sientes cuando lo ves?—preguntó Olimpia una tarde a través de una videollamada. Charlas que se hicieron cada vez más frecuentes dada la ansiedad de ambos, pero por distintas razones. Jayden se rascó la ceja.

—Lo mismo que el primer día—confesó sin dudar un segundo—. Lo amo, y lo peor es que cada día lo amo más. Estamos tan cerca y se me hace eterno no verlo los fines de semana, o no enviarle un mensaje.

Olimpia chasqueó la lengua.

—Jayden—dijo la mujer en tono reflexivo—, sé que se equivocó, pero no hizo nada en contra tuya después de todo. No es un mal hombre.

—Fue su conducta—replicó Jayden—, tuvo la intención de dañarme. Entiendo sus razones, pero me cuesta dejar atrás lo sucedido.

—No te conocía.

—Pero luego sí, sabía que estaba loco por él. Cualquiera se daba cuenta.

—Tenía miedo—argumentó Olimpia—¿A ti nunca te ha sucedido tener miedo de las consecuencias? ¿De perder algo que amas?

Jayden puso los ojos en blanco. La conversación lo estaba alterando.

—Oye, se supone que deberías estar de mi parte—dijo Jayden con un atisbo de enojo, y Olimpia presionó el puente de la nariz.

—¡Lo estoy, imbécil! No me gusta verte como la mierda ¡Eso es todo!

Olimpia se enervaba con facilidad. Arrancaba de cero a cien en una milésima de segundo, y más cuando notaba que las personas tenían la solución al alcance de su mano y no hacían nada por mejorar.

—¿De qué hablas? Estoy bien—señaló Jayden—. Sí, un poco triste, pero no voy a morirme ni mucho menos.

—Pues cuéntale eso a tu cara—replicó Olimpia que no iba a soportar mentiras—. Llevas meses llorando su ausencia ¡Perdónalo y ya! ¡Todos cometemos errores!

—¿Y si lo perdono y vuelve a hacerlo?

—¿De verdad crees que sería capaz de lastimarte de nuevo?—Olimpia frunció el ceño. Jayden levantó las manos sin saber cómo expresarse.

—Es que no sé qué pensar.

—Vamos, Jayden. No me mientas a mí que te conozco. Ese hombre no volverá a hacerte daño. Dale una oportunidad. Cree en ti, te mereces la felicidad.

Jayden negó una y otra vez.

—No lo haré—replicó decidido—. Walter eligió y se equivocó. Perdió su oportunidad, y ahora deberá hacerse cargo de las consecuencias. Es buen trabajador, pero no lo deseo en mi cama de nuevo.

—¿No lo deseas? ¿En serio?

Jayden se mantuvo en silencio.

—Amé mucho a Ferrant y lo olvidé. Con Walter sucederá lo mismo. Sé que será así, debe serlo.—Jayden tenía esperanzas de que llegaría un día que ya no le dolería estar cerca de Walter Harris y no poder besarlo ni tocarlo como anhelaba.

—¿Y tú madre? ¿También la perdió?—preguntó Olimpia decidida a sacar afuera todo lo que sentía y ayudar a esa pobre alma atormentada y equivocada.

—Ese es un caso distinto.—Jayden se cruzó de brazos y Olimpia se carcajeó.

—Claro, el gatito negro es una eterna víctima. No habla con su vaquero porque le mintió, no habla con su madre porque le mintió. Todos son malotes con el pobrecito.—Olimpia hizo un puchero a modo de burla. Jayden frunció los labios y contuvo una maldición.

—Me dijo que ella no era amante de mi padre ¡Resultó que sí! ¡Arruinó a una familia! Thomas y Killian siempre me odiaron por eso. Ella lo negó hasta con lágrimas en los ojos. Es una manipuladora y no la quiero en mi vida.

—Dios, pones irascible a cualquiera.—A Olimpia le quedaba poca paciencia—. ¡Deja de jugar el rol de víctima! ¡Qué importa lo que hizo tu madre! ¿Puedes cambiarlo? ¡No! Pero tienes la oportunidad de tener una pareja increíble, comenzar de nuevo, reconciliarte con tu madre y entender que no es perfecta y que hizo lo mejor que pudo para ti, al igual que tu padre. Deja de llorar por el pasado. Ya no eres el niño que lloraba porque le llamaban gatito negro. Eres un hombre. Un adulto que tiene al alcance de la mano una vida grandiosa ¡Deja de desperdiciarla!

Jayden se quedó en silencio por algunos segundos. Había tanta razón en las palabras de Olimpia.

—Creo que serías una gran coach motivacional si alguna vez dejas la fotografía.

—Digo lo que pienso, no tengo filtro. Quiero que mis seres amados vivan felices, aunque sea por momentitos. De eso se trata la vida, Jayden.

Jayden le sonrió.

—Sé que no te lo digo muy seguido, pero agradezco tus palabras, Olimpia. Me has dado aliento cuando apenas era capaz de levantarme de la cama. Eres un bálsamo para mis heridas.

—No me hagas romper cada plato de la vajilla de bodas sobre tu cabeza cuando vengas. Es todo lo que te pido—advirtió Olimpia en tono mandón.

—Esas tendencias asesinas no me gustan, amiga.

—Pues no las desates—dijo Olimpia y le dio un guiño de ojos—.Hablamos después, y por favor, piensa lo que te digo. No quiero una cara de funeral en mi boda. Es un día mágico para mí, necesito que una de las personas más importantes que tengo desborde felicidad.

Jayden dio un suspiro profundo.

—Te prometo que voy a intentarlo.

—No quiero que lo intentes, Jayden. Me parece que ya te lo he dicho varias veces. Hazlo ¡Cree en ti!

La comunicación cesó cinco minutos después. Jayden se quedó frente a la pantalla de su computadora con su mente en blanco.

«Cree en ti, Jayden».

Jayden estaba cansado. Cada vez que había confiado en él mismo, la vida le había enviado traición. Necesitaba tiempo para recuperarse.

22 Renacimiento

**Hotel Ritz, Nueva York.
Quince días después.**

—Te elijo mi esposo para amarte incluso cuando no nos toleramos, cuando quiera gritarte y decirte que te odio, te elijo porque no hay nada más bello que tu corazón cuando late junto al mío. No hay nada más glorioso que tus besos sobre mi piel y no me arrepiento de nada de lo vivido junto a ti. Iluminas mi vida de formas inimaginables. Te amo, siempre voy a amarte. Esa es mi promesa, Juan.

—Olimpia, mi diosa, mi guerrera, mi todo. Ese ser que por mucho tiempo creí inalcanzable, hoy estás aquí a punto de unir tu vida a la mía y no puedo sentirme más feliz. Sé que por momentos eres odiosa y lo más probable que terminemos matándonos, aun así, te elijo, porque eres la única mujer en la que pienso cuando me levanto y cuando caigo en la cama rendido después de un mal día. Eres mi hogar, y no te cambio por nada. Te amo.

Hubo un tiempo en el que Jayden de Vincent se imaginó en un gran salón uniéndose en matrimonio con la persona que amaba. Cuando sus padres se casaron, la boda fue discreta, por lo que le dijeron. Jayden ahora entendía los motivos, se había dado en medio de un escándalo de proporciones épicas. El gran empresario infiel con su asistente dejaba a una mujer con dos hijos.

Cuando estuvo con Ferrant, muchas veces, se visualizó en ese mismo salón bailando y riendo. Hubo momentos en los que Jayden se preguntó si ese sueño tenía más que ver con las apariencias que con los verdaderos sentimientos. Todavía no podía brindar una respuesta sincera con respecto a eso.

Había alrededor de ciento veinte invitados que iban y venían. Muchos lo saludaron ya que eran clientes de Olimpia y conocían el trabajo de Jayden.

—Estás aquí.

—Es el día más especial de toda tu vida. No me lo perdería por nada.

Jayden y Olimpia habían llorado como magdalenas, se abrazaron después de muchos meses de estar separados, de charlas eternas por videollamada. Su amiga había conquistado la felicidad y se merecía cada cosa buena que le estaba ocurriendo. Jayden se enfocó en la copa de champán sobre la mesa, el perfume de las flores blancas que decoraban el salón inundaba el lugar. Era romántico y cautivador, brindaba una especie de tranquilidad que Jayden no había sentido desde que pisó el aeropuerto.

—¿Pasarás Navidad en Nueva York?

—Sí, voy a aprovechar y quedarme un par de semanas con mi familia y mi amiga. Creo que el rancho está en orden, además estás tú, así que no habrá inconvenientes.

—Bien, ya sé a qué atenerme entonces.

—¿Con quién estarás esta navidad?

—En realidad iba a pasarla solo, pero un amigo vendrá. Hace mucho tiempo que no lo veo, y

bueno, estaré con él.

—¿Un amigo?

—Sí, alguien que conozco desde mi infancia.

Jayden no tenía derecho a que los celos lo carcomieran. Walter Harris era un hombre libre, el fotógrafo lo decidió así cuando no le dio una oportunidad, entonces ¿por qué estaba a punto de llorar cada vez que recordaba la conversación? ¿Por qué quería romper algo cuando pensaba que su hombre estaría con alguien más en navidad?

«No es tu hombre, es tu administrador, así que deja el berrinche».

Olimpia, con la letalidad que la caracterizaba se encargó de remarcar la relación que los unía. Walter no había cambiado en esos meses desde que lo conoció. Desde ese frío enero en donde el rumbo de la vida de Jayden lo llevó a conocer territorios inhóspitos, pero cargados de una pasión desbordante como pocos. Faltaban veinte días para navidad ¿Su amigo ya estaría compartiendo casa con él? ¿El tipo tendría familia? ¿Estaría soltero? ¿Sería gay?

—Hola, Jayden ¿Me recuerdas?

Jayden fue sacado de sus pensamientos con esa pregunta. Levantó la vista y se encontró con un hombre de alrededor de cincuenta años que lo miraba con amabilidad.

—¡Joe!—exclamó con genuina alegría—¡Tanto tiempo!

—Lo mismo digo, te hemos extrañado tanto por aquí. Dime, ¿cuándo harás una nueva exposición?—preguntó el hombre que se sentó a su lado.

Jayden tensó la mandíbula. Le resultaba difícil hablar sin ponerse a llorar, sin importar la índole del tema.

—Me estoy dedicando a mi rancho en Wyoming cien por cien—explicó reuniendo toda la tranquilidad posible—.La verdad es que no tengo fecha prevista para una nueva muestra fotográfica.

—Jayden—Joe arqueó una ceja—, por favor, que tu talento no se desperdicie en medio de búfalos y osos.

—¿Sabes?—Jayden sonrió—. Llevó meses en el rancho y jamás me he topado con un oso. Creo que los neoyorquinos exageramos a veces.

El tipo se hizo hacia atrás en la silla.

—Eres un hombre que nació frente al Empire State, no me digas que tan pronto te has acostumbrado a ese sitio desolado.

Jayden pensó en Walter, en sus besos, en su cuerpo, en la manera en que siempre tenía respuesta para todo, en cómo lo cuidaba incluso cuando él mismo intentaba mantener distancia. A su mente vinieron los trabajadores y el cariño incondicional que siempre le dieron, trabajando hombro con hombro, jamás se quejaron, incluso con las decenas de deficiencias que tenía el rancho. Recordó la nieve cuyo manto blanco cubría todo, y brillaba sobre los corderitos que saltaban y jugaban. A su mente vino la primera vez que presenció los partos de las ovejas, y cómo la naturaleza se regeneraba y seguía.

—¿Sabes que lo peor no es acostumbrarse?—Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo más difícil es amar con el alma un lugar e incluso extrañarlo cuando estás rodeado de lujos. Mi padre decía que Possessive tenía algo que te marcaba a fuego, lo he corroborado con el alma y el corazón. Entiendo muchas cosas de mi padre ahora, y quizás, estaba destinado a este sitio para encontrarme a mí mismo, más allá del lente de mi cámara.

El hombre le tocó el hombro y le sonrió.

—Bien, dicen que los sureños tienen su atractivo para los del norte. Parece que tú lo has corroborado por ti mismo.

—Lo hice—confesó sin un mínimo de duda en su voz—, y puedo asegurarte de que ha sido la experiencia más triste y, a la vez, más maravillosa y evolutiva de mi vida.—Jayden observó a su amiga Olimpia que estaba en la mesa central. Lucía gloriosa con su vestido blanco entallado y brillos tornasolados rodeando la cintura—. La fotografía fue mi escape de la realidad, hoy ya no quiero escapar, Joe, esa es la verdad, incluso cuando en este momento siento una mezcla de tristeza y alegría que me haría llorar si te digo una palabra más. La fotografía me salvó la vida, hoy me he dado cuenta de que ya no necesito que me salven.

Joe le sonrió con sinceridad. La música invitaba a todos a la pista de baile. El hombre saludó a Jayden y fue en busca de su esposa. Jayden bebió un sorbo de champagne y se enfocó en su amiga que bailaba con su marido, al cual, abrazaba. Ambos reían a carcajadas.

Jayden miró sus manos delgadas y blanquecinas y pensó en su padre, en las palabras que le había dedicado cuando nació. Su padre lo había amado, incluso cuando jamás pudo demostrarlo.

23 Heridas que sanan

Nueva York, veintidós de septiembre de 1999.

Jayden es un niño diminuto de grandes ojos azules. Ha pesado tan solo tres kilos, pero los médicos dicen que sus órganos se han desarrollado sin problemas. Me llena de esperanzas tenerlo en mis brazos, a pesar de todos los obstáculos y problemas, a pesar de todo el hastío que cargan mis entrañas, este niño me sonríe, y me mira como si pudiera ver a alguien más, al verdadero, y si bien la felicidad no es un estado en el que jamás estaré si no estoy contigo, creo que Jayden es un regalo, uno que he esperado por mucho tiempo. Sé que nunca dejaré de extrañarte, pero debo intentar ser feliz, al menos por unos momentos.

—¡Miren a quien tenemos aquí! ¡El gatito negro hace su aparición!

Jayden se mantuvo en el cómodo sillón frente al escritorio de vidrio y bronce que estaba en el centro de la opulenta oficina de Thomas. La secretaria le había permitido el acceso y Jayden había esperado a su hermano hasta que este finalizó una reunión de directorio.

—Tiempo sin verte, Thomas—dijo tranquilo y, esta vez, sus ojos azules cálidos se enfocaron en el hombre alto a su lado que lo miraba hacia donde estaba sentado como si se tratara de un simple insecto.

—¿Qué tal el rancho? ¿Terminaste de arruinarlo?

Jayden le dio una sonrisa. Thomas se sentó en su amplio sillón de cuero y dio un suspiro. Detrás estaba el edificio Empire State, el cual, se observaba a través del ventanal.

—Va mejor que nunca, y no me extraña. Tengo la capacidad de mejorar las cosas incluso cuando son una mierda. Al menos, así lo pensaba papá.

—¿Papá?—Thomas arqueó una ceja con suspicacia—. Papá no te soportaba.

—Te equivocas—Jayden tenía paz en su corazón y comprendió porque su padre le había regalado su diario. Allí encontró la respuesta que esperó toda su vida—. Me amaba tanto que me dejó la posesión más valiosa, la misma que tú intentaste destruir y apropiarte de ella por tu ambición.

La sonrisa de Thomas se desdibujó, su rictus se tornó de piedra.

—¿Tienes idea de los problemas que has traído con todas tus calumnias? ¿A qué carajo has venido?

Jayden negó.

—Tú jamás perdiste la oportunidad para arruinar me la vida, incluso cuando solo era un niño, cuando era quince años más pequeño que tú, como si yo tuviera la culpa del engaño de mi madre o que papá tuviera amantes. Te ensañaste conmigo a tal punto que dejé de creer en mí mismo, y me empecé a ver como un pobre gatito de mala suerte, como te gustaba llamarme.

—Eres débil, siempre lo fuiste—replicó sin el menor remordimiento—. Se lo dije a Killian, pero al parecer, él se olvida de toda la tragedia que sobrevino gracias a ti.

—No lo soy—respondió seguro—. Soy fuerte, valiente y hermoso, y lo mejor de todo, es que te he vencido. Nunca verás un centavo de Possessive.

Thomas bufó y rio sin humor.

—Eres tan idiota ¿Desperdiciarás millones de dólares por un puñado de muertos de hambre que trabajan ahí?

Jayden se humedeció los labios y se puso de pie. Este era el fin, nunca más volvería a ver a su hermano mayor.

—Mi corazón está en Wyoming, jamás abandonaría a personas que fueron incondicionales conmigo ni por todo el dinero de la galaxia. Me vale verga si crees que soy un tonto, al fin y al cabo, tú nunca me mereciste como tu hermano, y tampoco mereciste el cariño que siempre quise darte. Morirás solo, porque tarde o temprano tu mujer también te abandonará. Ese es tu destino, Thomas de Vincent. Tu avaricia será tu perdición y también tu elección.

Thomas tensó la mandíbula, sus manos apoyadas sobre el escritorio impecable se hicieron un puño.

—Te quiero fuera de mi vista ahora mismo, hijo de puta.

Jayden le dio una sonrisa de labios cerrados.

—No te preocupes, me iré ahora—agregó sin miedo y lo miró a los ojos—, y solo para que lo sepas. Me estoy follando a uno de esos muertos de hambre de los que tanto hablas. Es salvaje y bruto, no lo sé, quizás, algún día tú deberías probar. Con suerte te quitará la cara de estreñido.

El fotógrafo le dio un guiño de ojos. Thomas estaba a punto de explotar o tirarlo por el ventanal. No iba a quedarse por ninguna de las dos razones.

—Buenas suerte, Thomas. La vas a necesitar.—Jayden levantó la mano—. Salúdame a tu esposa y a mis sobrinos. Espero pasen una buena navidad.

—Olvídate que existo y también de mis hijos, bastardo. Ahora sal de aquí.

—Cuidado, ese tonito no te conviene—respondió Jayden, socarrón—. Si ya no tengo sobrinos, supongo que deberé dejar Possessive a la beneficencia cuando muera, ¿verdad?

—¡Vete de aquí ahora!

Jayden negó.

—¿Sabes qué Thomas? Eres digno de lástima, y deja de gritar como un trastornado que ya me voy.

El fotógrafo tomó su chaqueta, la bufanda y salió de la oficina. Ingresó al ascensor que lo llevó a la planta baja. Una vez que atravesó la puerta giratoria de vidrio sintió que respiraba de nuevo. Era como si una tonelada hubiera abandonado su espalda. Años de maltrato psicológico y humillaciones, décadas sintiéndose culpable por algo que jamás fue su responsabilidad quedaron en ese edificio lleno de sofisticación. Jayden le dio una sonrisa al enorme hombre de traje de tres piezas y abrigo gris humo que lo esperaba en la acera de enfrente. Jayden corrió hasta donde estaba el tipo y este emprendió la marcha.

—¿Qué ocurre, abogado? ¿Pensó que necesitaría refuerzos?

Killian caminó a su lado, con las manos en los bolsillos de su abrigo de miles de dólares. Sonrió ante la ironía.

—Thomas sabe lo que le conviene. Está en la cuerda floja, así que no se atreverá a nada.

Jayden se cruzó de brazos. La chaqueta que llevaba era demasiado fina.

—Hace ya un año que caminaba por estas calles junto a Ferrant.

El sol comenzaba a perderse entre los edificios. La noche tomaría su lugar como protagonista en tan solo un par de horas más.

—¿Todavía estás enamorado de ese imbécil?

—No—replicó entretanto caminaba con su hermano después de mucho tiempo—, nunca lo amé. No creo que haya amado a nadie hasta que conocí a Walter Harris.

Killian frenó en seco y lo detuvo.

—¿Walter Harris? ¿En serio? ¿Tu administrador?

—¿Qué?—Jayden le quitó la mano—¿Tú también harás un escándalo y me hablarás de que es un muerto de hambre y cuántas cosas más?

—Creo que no necesitas que te lo diga cuando lo sabes.—Killian habló con seriedad—. Si piensas tener algo con él te recomendaría que tu patrimonio quedara a resguardo.

—Walter lo único que desea de mí es mi corazón—Killian arqueó una ceja y Jayden chasqueó la lengua—. Bueno, y mi culo, pero creo que ese es un tema que no te interesa.

Killian negó y continuaron su camino.

—De hecho, podría hacer muchas bromas, pero no creo estar en condiciones de burlarme de nadie.

—Killian.—Jayden miró a su hermano.

—¿Sí?

—¿Estás diciendo lo que yo pienso? ¿De verdad estás saliendo con alguien pobre? ¿Tú?

—Me ofende que hables con ese tono. Como si fuera un ser...

—¿Insensible? ¿Avaro? ¿Sin escrúpulos?

Killian entornó los ojos.

—Bueno, como sea, estoy saliendo con alguien que trabaja en la Corte.

—¿Una abogada?

—No—replicó—, trabaja en el sector de limpieza, de hecho, he ayudado con sus papeles de inmigración.

—¿Me estás diciendo que has hecho algo por alguien sin pensar en el dinero? ¡Por Dios! ¡Este debe ser un milagro de Navidad!

Killian comenzó a reír.

—Tampoco te pases, gatito negro.

—Solo para que lo sepas. Estoy muy feliz por ti.

—Creo que yo también lo estoy—dijo Killian con una sonrisa tonta en sus labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—La harás de todos modos, así que...

—¿Por qué me ayudaste en contra de Thomas?

Las personas iban y venían. El bullicio ensordecedor de los vehículos que no dejaban de pasar. Jayden se había desacostumbrado a eso.

—Te lo debíamos, gatito negro—explicó—. Siempre fuimos una mierda contigo. Decidí que era una estupidez odiarte cuando fuiste adorable con nosotros desde siempre.—Los ojos azules de Jayden brillaron—. No, por Dios. No vayas a llorar.

—No lo haré, te lo juro.—Jayden contuvo el líquido que llenaba sus ojos azules grandes y curiosos—. Gracias Killian. Gracias por estar cuando te necesité.

Killian le acomodó la chaqueta a su hermano y negó.

—De nada idiota. Ahora, camina que se nos congela el culo.

24 Reencuentro

Wyoming, doce de diciembre de 2005.

Hoy me he reencontrado contigo. Sigues siendo el mismo hombre que abandoné aquella tarde en medio de lágrimas y suspiros. Has acudido a mí de inmediato. Me has dicho que me sigues amando, y yo no puedo seguir llorando tu distancia. Sé que esta pasión que nos envuelve será la que nos crucifique, la que ponga los clavos sobre la madera, la que nos haga arder en las llamas del infierno. Soy incapaz de vivir sin ti, sin tu aroma, tu risa, sin tus charlas llenas de vitalidad. Confío en que Dios alguna vez me perdonará, sé que mis hijos y mis exesposas no lo harán nunca, sin embargo, este momento en que te tengo en mis brazos lo es todo. Te beso, te hago el amor, me lo haces tierno y apasionado, nos volvemos uno como siempre hemos sido. Soy consciente de que es el egoísmo hablando por mí, pero soy feliz.

Walter observó la vieja cafetera que humeaba en la cocina a leña. La primera tormenta de nieve había llegado y fue inevitable recordar aquella tormenta que trajo a ese hombre que lo hizo olvidarse de todo.

«Un amigo vendrá a visitarme».

Fue una burda mentira producto de los celos y la rabia al imaginar a Jayden, lejos de él, en esa enorme ciudad que tenía infinitas posibilidades. Walter no había estado con nadie más después de Jayden, simplemente no le apetecía. Es como si la libido hubiera huido de su cuerpo de manera repentina. Se negaba a pensar en dónde estaría su jefe, en dónde estaría ese hombre diminuto, de piel blanca perfecta e inmensos ojos azules. Sí, se parecía a un gatito, era tan bonito como uno.

Quitó la cafetera del fuego y se sirvió una enorme taza de café que lo acompañaría junto al fuego en esa fría noche. Dio un sorbo y su cuerpo vibró con el calor y el impulso de la cafeína.

Cerró los ojos y se recostó en la vieja hamaca de madera que había pertenecido a su padre. Un golpe en la puerta lo sacó de su comodidad. Frunció el ceño y maldijo ¿Quién carajo podría ser a esa hora? Todos los empleados tenían libre ese día. Se arrancó la manta que lo cubría y dio pasos firmes hacia la puerta. Mandaría a la mierda a quien fuera que lo molestaba.

Abrió la puerta y su voz de mando se extravió cuando encontró del otro lado a ese hombre que amaba con locura envuelto en un abrigo blanco que resaltaba más sus preciosos rasgos entre masculinos y femeninos.

—Jayden.—Su voz se tornó trémula. Su jefe levantó la mano que estaba cubierta por un guante blanco que combinaba con el abrigo con capucha de piel.

—¡Hola!

Walter estaba a punto de sufrir un infarto. No debería haber ingerido esa quinta taza de café.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace algunas horas—El muchacho tenía una sonrisa de oreja a oreja—¿Estás con alguien?

—No—replicó Walter—, mi amigo no pudo venir.

Jayden aplaudió. Le encantaba que ese idiota no hubiera llegado. Sus rezos y maldiciones habrían tenido efecto. Nunca se imaginó que Walter había mentado con respecto a eso. Estaba demasiado celoso y posesivo como para plantearse la idea de que, quizás, se trataba de un

embuste del administrador.

—¿Sabes? Voy a preparar un rico pavo asado, pero no quisiera comerlo solo, así que, me preguntaba si a ti te gustaría pasar la Nochebuena conmigo. Sé que hemos estado un poco distanciados, pero es navidad. Podemos pasar una cena agradable ¿No crees?—preguntó con inocencia Jayden, como si no llevara una tanga fucsia y un plug del mismo color en su trasero. Si Walter llegara a negarse, lloraría.

Walter tragó saliva. Todo parecía un sueño. Un anhelo que llevaba esperando desde hacía meses. Estar cerca de Jayden más allá del plano laboral, compartir una cena con él. Mierda, ¿cómo lograría tener sus manos quietas?

—Si, me encantaría—dijo con una sonrisa nerviosa y Jayden lo abrazó.

—Pues trae tu abrigo, vaquero ¡Vamos a casa!

Jayden caminó a paso rápido rumbo a su camioneta. Walter ingresó a su cabaña, apagó el fuego de la cocina, la chimenea y cerró la puerta con llave. Subió al asiento del acompañante. Jayden tenía sus manos libres de guantes en este momento, apoyadas en el volante.

—Se te van a congelar.

—Los guantes me molestan para conducir. No te burles—dijo antes de que Walter emitiera palabra.

Jayden encendió el motor. La nieve empezó a cubrir el parabrisas.

—Vaya, parece que tendremos una noche muy fría—dijo en tono sugestivo. Walter asintió. No respondió con una provocación por miedo a captar la indirecta de manera equivocada.

Los hombres avanzaron en la camioneta por diez minutos y llegaron hasta la mansión. Descendieron del vehículo e ingresaron a la sala. El aroma a pavo invadía todos los espacios.

—¿Ya lo estás cocinando?

—Por supuesto—replicó Jayden—, de lo contrario terminaremos cenando a las tres de la madrugada.

Walter se quitó el abrigo, Jayden hizo lo mismo y los dejaron en el perchero. Luego, se despojó de un sweater de lana gruesa y solo quedó en una camisa blanca transparente en la cual resaltaban sus pezones rosados. Walter empezó a salivar de solo verlo. El pantalón era tan entallado que no dejaba nada a la imaginación. Sus nalgas redondas y turgentes se marcaban en la tela. Walter se rascó la barbilla y se quedó en el sofá de la sala, entretanto Jayden se paseaba por la cocina. Lo menos que necesitaba era una erección.

Walter miró de soslayo hacia la cocina. Una suave música country sonaba. El administrador recordó la canción.

«Breathe».

—Walter, ven aquí y ayúdame—dijo Jayden solo para provocarlo. El vaquero fue hacia donde se encontraba. Jayden tenía ya en una bandeja el pavo con algunos vegetales, dos platos y copas—. El vino está en el refrigerador, ¿puedes llenar las copas?

Walter dio pasos hacia el refrigerador y descorchó la botella. Llenó las copas del líquido cuyos tonos se mezclaban entre rojizos, morados y bordó. Le entregó una copa a su jefe y este dejó caer a propósito todo el contenido sobre su camisa blanca transparente ¿Estaba siendo obvio? Por supuesto que sí ¿Le importaba que Walter lo viera como una zorra? Para nada. La etapa de la vergüenza quedó relegada en su mente mucho tiempo atrás.

—Por Dios, Jayden—Walter se quedó sin aliento—, perdona, yo...

Jayden se mordió el labio inferior.

—¿Te das cuenta de que acabas de desperdiciar un vino de diez mil dólares?

—Jayden.

El empresario se adhirió al cuerpo musculoso y acarició los pectorales.

—Ahora vas a tener que chupar a tu jefe y dejarlo muy limpio, ¿entendiste?

Walter asintió y no necesitó que se lo dijeran dos veces. Jayden cerró los ojos y aguantó un gemido cuando la lengua experimentada se posó sobre la camisa y empezó a sorber el líquido. El vaquero hizo aletear la lengua en su pezón derecho y luego en el izquierdo, entretanto los retorció con sus dedos. Jayden le acarició el cabello sin perder detalle.

—Así me gusta, vaquero, que seas obediente—señaló mientras los ojos celestes de Walter estaban sobre él y su boca profanaba cada parte de su sensible piel sobre esa camisa pecaminosa.

Las manos de Walter fueron a sus nalgas y las apretó con fuerza. La boca ansiosa serpenteó sobre los pezones e hizo un camino hacia el cuello y después a su mandíbula.

—Jayden, hay muchas cosas que quiero decirte—musitó y dejó un chupetón sobre su mandíbula—. Me equivoqué tanto sobre ti...

—Está bien, Walter—replicó Jayden y puso los ojos en blanco cuando su amante succionó sobre su cuello—. Por ahora, dejaremos la conversación para más tarde, al igual que el pavo al horno.

—Has llegado de viaje, ¿no tienes hambre?—Walter se burló y Jayden llevó su mano a la erección del vaquero que se perfilaba en su jean.

—Sí, por eso tú me vas a alimentar.

25 Tormenta de nieve y fuego

La tormenta de nieve envolvió al rancho en hielo y frío. Los animales estaban a resguardo, al igual que las provisiones. Los empleados habían trabajado sin cesar las últimas dos semanas preparándose para el temporal.

Walter apoyó las manos en la cama, y, sentado como estaba, observó a su musa inspiradora hacerle el mejor oral de su vida. Jayden tenía talento en la materia. Sus parejas siempre le alabaron su boca, pero con Walter se esmeraba diez veces más. Golpeó la verga en su lengua una y otra vez, y luego succionó por enésima vez. Estaba desnudo, de hecho, ambos lo estaban. El fuego de la chimenea de la habitación iluminaba sus cuerpos que poseían un tenue brillo perlado, Jayden acarició uno de sus pezones con la erección de su amante y este sonrió.

—Te gusta mucho.

—¿Se nota?—dijo con sarcasmo, y se puso de pie. El hilo dental de color fucsia resaltaba de su tono de piel. Le quedaba perfecto. Walter lo atrajo de él mientras estaba sentado y besó su abdomen, los pezones que eran su punto débil. Adoraba morderlos y estirarlos. Los dedos de su mano derecha serpenteaban sobre la separación de las nalgas y presionaron sobre el plug.

Jayden se sentó en el regazo del hombre, el cual asió el tubo de lubricante que estaba sobre la cama.

—Preparaste todo—dijo y envolvió el cuerpo de su amante contra el suyo—. El plug, el lubricante, la chimenea. Sabías que estaría ansioso por tenerte.

—De hecho, rogaba porque tu amigo no hubiera aparecido. Tuve terror al pensar que podrías estar en la cama con él.

Walter le devoró los labios. Jayden gimió y sus caderas hicieron un suave vaivén sobre la erección húmeda y desnuda de su amante.

—No había ningún amigo, Jayden—confesó—. Solo lo dije porque estaba celoso. Tú te marcharías a Nueva York y conseguirías a alguien mejor. Yo no quise quedar como un idiota perdedor.

Jayden mordió su labio inferior y lo soltó.

—Te diré que eres un idiota, pero jamás te consideraré un perdedor—esgrimió Jayden, entretanto deslizó el hilo dental a un costado—. No hay nadie que me interese en Nueva York. Mi mente, mi cuerpo y mi corazón tienen un solo dueño y se llama Walter Harris, ¿entendiste?

—Sí—Walter se deleitó con los gestos de placer de Jayden quien se estremeció cuando la erección se empujó en su interior—, eres mío, y yo soy tuyo. Ya me quedó claro.

Walter se impulsó dentro del cálido interior y Jayden se abrazó al cuerpo de ese hombre increíble con el que había soñado por meses. Olimpia tuvo razón, había sido un idiota al negarse a lo que deseaba. Jayden se levantó y se dejó caer sobre el pene erecto. Gimió de gusto y dolor, un placer intenso que encendió su cuerpo desde su cabeza hasta la punta de sus pies. Sus caderas y las de Walter se comunicaban tan bien. Instintivo, delicioso, único, el contacto de la piel del otro, los besos y los chupetones que hicieron eco en la recámara. Walter lo asió del culo y lo tumbó sobre el colchón. Jayden dio un grito de sorpresa, su amante se metió entre sus piernas y lo penetró con desesperación. Sus ojos se empaparon de lágrimas. Sus extremidades se enredaron en ese enorme hombre que desconocía la palabra límites. Jayden entendió que no solo había visto

un oso, sino que este lo había follado hasta dejarlo seco. Las uñas romas se clavaron en la espalda de Walter y se arrastraron por ella. Jayden lo marcó, se encargó de que el dolor se hiciera carne en él, del mismo modo al suyo. Walter esparció chupetones sobre su mandíbula, perfiló con su lengua el cuello esbelto y sedoso. Jayden olía a menta y pino, a libertad, a deseo, a cosas que Walter jamás se cansaría de probar.

Wyoming resultó la experiencia más brutal en la vida de Jayden de Vincent. Las miradas de los amantes se encontraron, sus pelvis ardían, el calor en el vientre de Jayden se tornó insoportable.

—Voy a venirme.

—No—Walter le prohibió—, no vas a venirte hasta que yo lo haga.

Jayden se quejó, las estocadas bestiales devastaron la entrada del fotógrafo que se debatía entre pedir piedad o pedir más. Una tortura exquisita. Deslizó su lengua sobre su labio inferior y percibió el sabor metálico de la sangre. Walter lo había mordido con tal intensidad que lo había lastimado. Su amante, al notar la herida, chupó su labio, succionó sobre él y Jayden gimió por enésima vez. Si Walter lo mataba, pues que así fuera. Jamás iba a arrepentirse de una muerte así.

Los dedos largos y gruesos se arrastraron sobre las caderas que pronto comenzaron a mostrar cardenales rojizos y violáceos. Walter se apropió de su alma en cada embestida, de su pasión en cada beso, de su fuerza al momento que esos orbes celestes se detenían en su belleza, en sus expresiones lascivas.

—Eres perfecto.—Walter como un devoto fiel de una divinidad dejó fluir esas palabras en medio de un encuentro con el que harían arder esa noche—. Dios, no te merezco.

Jayden apenas fue consciente de esas palabras. Abrazó a su amante y lo arrojó para que quedara de espaldas al colchón. Walter respiró, Jayden lo montó en ese instante y se deslizó una vez sobre la erección resbaladiza. El empresario lo cabalgó con maestría. El vaquero le acarició el cabello, besó su cuello y sus lindos pezones que, para esa hora, ya estaban al rojo vivo.

Los cristales de los ventanales estaban empañados, la tormenta arrasaba con cualquier posibilidad de vida allá afuera. El fuego en la recámara crecía como un gigante, el cual, se alimenta a base de pasión y deseo.

«Possessive».

Los amantes comprendieron cada una de las letras que encerró el nombre del rancho, el sentido con el cual se lo imprimieron. Inolvidable, imborrable, inquebrantable, así había sido la pasión de sus padres, y es así como sentían la suya.

El chorro de semen recayó sobre el abdomen y los pectorales de Walter. Jayden tembló ante el potente orgasmo y su amante levantó las caderas para que el vaivén se tornara más rápido.

Jayden se desmoronó sobre su pecho. Walter cruzó sus brazos sobre el delgado cuerpo y se dedicó a alcanzar su propio éxtasis a base de embistes propios de una bestia embravecida. Jayden chilló de placer y gritó una nueva liberación tan solo cinco minutos después, Walter se vino junto con él. Dio un gemido ronco. Sus corazones calientes y alegres palpitaban en sus pechos. Ambos podían sentirlos y deleitarse con su sonido.

Jayden se enfocó en su amante y le dio una risa adormilada.

—Todo este ejercicio me ha dado hambre, ¿puedes creerlo?

—Entonces no te debo estar alimentando bien—bromeó Walter y ambos buscaron sus labios.

—Estoy cansado, pero de verdad comería ese pavo—agregó Jayden. Walter salió de su interior y lo colocó a su lado en la cama.

—No te preocupes, buscaré una bandeja y traeré dos platos.

—Primero, deberíamos darnos una ducha.

—No, solo limpiarnos un poco, jefe.

—¿Eso por qué?

—Porque, si me tientes, terminaré follándote en el baño.

26 No hay nada más hermoso que estar a tu lado

Wyoming, doce de febrero de 2021.

Estoy aquí frente a tu tumba y aun no logro concebir que me hayas abandonado ¿Qué haré sin ti, Walter? ¿Qué haré sin tus besos? Me siento como un pequeño cordero, al cual, han arrojado en medio de la llanura en el frío desolador. Llevamos tantos años juntos, tantas idas y vueltas, pero siempre el amor nos unió de nuevo, nos acercó a pesar de lo prohibido, de lo que pensarán los demás. Tomamos riesgos que jamás tomaríamos por otro ser humanos y cada vez que nos separamos, lo hicimos con la fe y la certeza de que siempre volveríamos a encontrarnos, porque tu alma clama por la mía, y la mía anhela arrojarse en la tuya. Siempre ha sido así, siempre lo será. Desconozco el momento en que volveré a verte. A Dios le ruego que sea pronto, aunque sé que hice muchas cosas para enojarlo. Le mentí a demasiadas personas, me estrellé contra el mundo en busca de una solución a esto que sentía, que sigo sintiendo y que estará en mí hasta el día en que la vida se esfume de mi cuerpo.

Dejaré el rancho en manos de tu hijo Walter, sé que lleva tu sangre y, a pesar de negarlo, ama este lugar, está atado a esta tierra de manera inexplicable, como también lo está mi hijo Jayden, con su inocencia y su belleza hará de Possessive el lugar más hermoso del mundo. Puedo verlos trabajando juntos, confío en que se llevarán bien. Confío en que un día tú y yo estaremos juntos y veremos con orgullo a nuestros muchachos siendo felices y libres aquí.

Te amo, Walter. Nunca habrá algo más hermoso que estar a tu lado. Hoy te despido en cuerpo, pero nunca en alma. Al fin y al cabo, la vida se mide en amor y pasión, y de eso, tú y yo, sabemos mucho.

El ruido de los leños quebrarse en el fuego junto con sus respiraciones eran los sonidos más sublimes que Walter y Jayden habían escuchado. Los platos quedaron a un lado. El pavo estuvo delicioso, de igual modo los vegetales y el vino tinto. Estaban sentados y abrazados en la cama, se deleitaron con el silencio, con un roce de sus labios, una caricia.

—Sé que no empezamos de la mejor manera—agregó Walter y besó la frente de su amante—, pero de verdad quiero intentarlo contigo. Siempre.

Jayden se acurrucó más cerca de él. Walter estaba tan calentito.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora?

—Porque te he prometido muchas cosas en medio de la lujuria—explicó—, y quiero que sepas que mis intenciones son reales, no producto de una calentura.

Jayden le besó el lóbulo de la oreja.

—Tú me encantas Walter, todo tú—confesó sin vergüenza—, no creo encontrar lo que tengo contigo en otra persona. Te amo, te amo muchísimo, por eso decidí darle una oportunidad a esto. Sé que debí lanzarme antes, pero tuve miedo. Me lastimaron todas las personas que amé, por alguna razón te comparé con ellas cuando, en realidad, tú eres incomparable. Siempre me apoyaste, estuviste conmigo y no me perjudicaste. Me follas como un búfalo en temporada de apareamiento, eres sensible y rudo al mismo tiempo, dime, ¿cómo voy a renunciar a algo así?

Estoy loco, pero no tanto.

—Hay cosas que no conoces de mí—aclaró Walter—, muchas cosas de mi familia.

—Tú tampoco sabes todo de mí, pero eso no me va a desalentar.—Jayden lo rodeó con sus brazos y Walter besó su mejilla.

—Nunca te ocultaré nada. Lo prometo.

—Con eso me basta—Jayden acarició con su nariz el cuello de su amante—, empezaremos de nuevo. Juntos.

—Juntos.

Los hombres entrecruzaron los dedos de sus manos. Se quedaron envueltos en las cobijas, contemplando el fuego que, poco a poco, se apagaba. Se acostaron al cabo de media hora, se abrazaron tan fuerte que nadie distinguiría dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Se follaron esa mañana con desesperación, como si sus cuerpos fueran ajenos a límites y dolores. Estar con Walter era una experiencia salvaje y lasciva, compartir una cama con Jayden era lo más parecido a encontrar el cielo. Nunca se arrepentirían de elegirse y tenerse.

Pasaron navidad en aquella antigua mansión, bebieron, comieron e hicieron el amor sin descanso, y cuando llegó el día laborable ambos salieron y dieron las directrices de la semana. Nadie preguntó una palabra, todos fueron conscientes de que la dinámica jefe y empleado había cambiado entre Jayden de Vincent y Walter Harris.

Jayden contempló la tierra esa tarde, el viento gélido no daba descanso. Se cruzó de brazos para que el frío polar no lo golpeará tan fuerte. El sol apenas se avizoraba entre las nubes, la extensión de tierra se abría como un vasto campo de sueños y posibilidades. Sus botas estaban húmedas debido a la nieve que se había derretido en ellas. Glenn, su padre, vino a su mente y Jayden sonrió.

«Gracias».

Fue todo lo que sus labios pudieron susurrar en medio de esa grandeza, en medio de ese lugar bendecido con la belleza de Dios. Jayden fue consciente de que no cambiaría nada de su vida. Los dolores, las tristezas, las humillaciones, las alegrías, los reconocimientos, Jayden era todo eso. Era magia, era como ese sol que se ocultaba, pero siempre estaba. La vida tornó a Jayden de Vincent un ser imparables.

Sonrió, abrió los brazos de par de par y gritó, gritó hasta que su garganta dijo basta, rio y sintió el amor del cual su padre hablaba. El mundo era un lugar maravilloso, y agradeció por ello, siempre lo haría.

27 Epílogo

Papá, cierro este diario con esta carta porque considero que, como me hiciste parte de tu historia, yo debo hacerte parte de la mía. Quiero que sepas que ahora entiendo tu dolor, que cada vez que me ignorabas era tu forma de aislarte del mundo, cada instante en el que tus críticas se hacían más duras, estaban dirigidas a ti, por ser incapaz de hablar y expresarte, por negarte a los deseos de tu corazón.

Me resulta inverosímil pensar en todo tu sufrimiento al tener al amor de tu vida tan lejos de ti. Yo apenas soy capaz de separarme de Walter sin extrañarlo, así que me imagino que tu condena no será en el infierno porque viviste una muy larga aquí en la tierra.

Te he odiado demasiado tiempo para seguir haciéndolo, y ya no puedo hacerlo porque estoy seguro de que te has redimido por completo en el momento en que me heredaste Possessive.

Si vieras lo hermoso que está el rancho hoy, lo mucho que nos hemos esforzado y lo felices que somos con lo logrado. Todavía no puedo creer que hace solo meses atrás lloraba tu pérdida y la de un idiota que no valía ni siquiera una bota de mi Walter.

Sí, sé que el nombre del rancho algo debe tener en su esencia porque no puedo pensar en Walter de otra manera. Es mío, me lo ha dicho, así como yo soy de él. Así como tú también tuviste un Walter Harris que amaste con locura, a pesar de que no pudieron vivir su amor en plenitud. Te prometo que yo lo haré cada día por la memoria de los dos. Viviré sin miedo al futuro sí, al fin y al cabo, podríamos irnos de este mundo mañana.

Espero que, donde estés, hayas encontrado a tu alma gemela, a ese hombre que también te amó con locura, aunque nunca pudieron estar juntos como deseaban. Gracias por darme un motivo para renacer.

Te quiero y te querré siempre.

Jayden.

Capítulos extras

Osadía

La tarde caía en el Rancho Possessive. La semana había sido un ida y vuelta en muchos aspectos. La producción de lana se había duplicado en solo unos meses. Possessive había pasado de ser una vergüenza a un rancho con un sello de calidad incuestionable.

Walter conocía tanto sobre el negocio, desde pequeño se había acostumbrado a analizar todas las variables por lo que Jayden tenía confianza ciega en él.

—*Sabes que nunca voy a defraudarte. Te lo prometí.*

—*Lo sé, confío en ti.*

Los fríos eran muy duros, del mismo modo los veranos, pero la primavera traía vida a la llanura que se llenaba de flores de diversos colores. La brisa fresca que daba alivio después de la intensa labor de los trabajadores.

Jayden y Walter llegaron hasta la vieja cabaña que por mucho tiempo sirvió de resguardo a los trabajadores por el frío. Estaba en la zona que limitaba con el rancho vecino. La tierra que la rodeaba era agreste. La cabaña estaba hecha íntegramente de madera, contaba con una chimenea, un mesón rústico, cuatro sillas y algunas mantas. No era mucho, pero se agradecía cuando debían apostarse allí durante las tormentas de nieve o incluso escapando del sol que azotaba la llanura en tiempo de sequía.

—Este lugar se cae a pedazos.

Jayden analizó las maderas del techo que se habían astillado, la cerradura de la puerta estaba trabada, y adentro todo estaba revuelto.

—Les diré a los chicos que mantengan el orden aquí—agregó Walter, entretanto cerraban la puerta. Jayden revisó las mantas y algunas tenían manchas de comida.

—¿En serio?—dijo en tono jocoso.

—Pues les da hambre.

—Lo sé, pero no deberían limpiar la mugre con las cobijas. Un día de estos se los llevarán las hormigas a cuestras.

Walter le dio una sonrisa. Jayden había adquirido un bronceado muy suave, el sol de Wyoming estaba cambiando su tono de piel. Ya no parecía el típico chico de ciudad con su manicura, sino todo un vaquero que administraba su rancho.

Jayden caminó hacia el interior de la cabaña. Había un pequeño baño que contaba con un inodoro, un lavabo, y una bañera de madera antigua.

—¿Y esto? —preguntó asombrado. La madera era gruesa, y la bañera estaba hecha para mantener en su interior a dos personas.

—Fue idea de Glenn—explicó Walter—, para que los muchachos se asearan cuando se resguardan aquí.

El piso estaba cubierto de madera en todas las habitaciones. Jayden se sentó en la orilla de la bañera.

—¿Qué piensas?—preguntó Walter y se apoyó sobre la pared frente a él, con sus brazos cruzados.

—Nada—Jayden dio una risilla—, solo algunas ideas.

Walter se humedeció los labios y le dio una mirada sexi.

—¿Por qué no me cuentas?

Jayden se mordió el labio inferior y miró hacia la puerta.

—No, no es buena idea.

Walter dio pasos hacia donde estaba sentado y le asió el mentón.

—¿No es buena idea qué?

Jayden dio una risilla y se enfocó en sus botas.

—Tú sabes ¿Una bañera para dos personas? ¿En serio?

Walter lo levantó de un solo tirón, lo envolvió entre sus brazos y se perdió en sus labios. Jayden recibió su lengua gustoso y profundizó el beso. Walter se apartó y estampó un pequeño beso más.

—Vamos—Walter lo estrechó de la cintura—, ambos necesitamos un baño, ¿no crees?

—No, los trabajadores...

—No vendrán—interrumpió Walter y su mano derecha se deslizó por debajo de la camisa de Jayden—, nadie lo hará.

Un baño tibio

Jayden dio un suspiro y se relajó en los brazos de Walter. El agua cubría hasta sus pectorales. El empresario sonrió y cerró los ojos, su espada estaba sobre el torso musculoso de su amante y el enorme pene entre sus nalgas. Walter besó su cuello y acarició su espalda.

—Necesito unos masajitos—dijo Jayden. Walter besó su nuca y sus dedos talentosos presionaron sobre sus hombros tensos—. Sí, a esto me refería, vaquero.

—Has estado nervioso.—Walter le besó el hombro húmedo una y otra vez—. Sigues sin tener confianza en ti.

—Ya lo sé—dijo Jayden y dio un suspiro—. Soy consciente de que todo lleva su tiempo, pero en algunas circunstancias la ansiedad me puede, como sucedió hoy con ese par de idiotas.

—Estuviste espectacular.—Walter le habló al oído—. En ningún momento te mostraste nervioso. Defendiste los precios y les demostraste que las demoras no eran nuestra responsabilidad.

—Temblaba por dentro—señaló Jayden y tocó la rodilla derecha de Walter. Hizo círculos sobre ella una y otra vez—, al menos salvamos el precio.

—Tu hermano es el mejor cuando se trata de patear traseros.

—Te lo dije—replicó el empresario —, por eso había que asesorarse con él. Cuando el cargamento no llegó a tiempo supe de inmediato que tendría problemas. Los entiendo, ellos también tienen plazos que cumplir y la materia prima los retrasó, pero nosotros no elegimos la empresa de logística. Fueron ellos.

—Los chinos nos odiarán.

—Al paso que vamos, creo que nos odiarán un poco más.

Walter volvió a besar su nuca con cuidado y masajeó los hombros una vez más. Jayden dio suspiros de placer y se perdió en la calidez del agua y de los dedos de su amante que ejercían la presión perfecta.

«Perfecto».

Era un término que le quedaba a Walter Harris. La manera en que lo protegía y lo confortaba. Era un hombre, en todos los sentidos de la palabra. Jayden sabía que los cowboys tenían fama de ser caballerosos con sus novias, pero nunca con otro hombre. Vivían su intimidad al máximo, aunque rara vez se mostraban de manera acaramelada en la calle. A nadie debería importarle lo que hacían, y de ser así, los que tenían el problema, eran los demás. . Esa fue la premisa que Walter y Jayden defendieron desde el minuto cero. No dejarían de amarse por ningún cuestionamiento. Si algo habían aprendido de sus padres es que tenían derecho a vivir su amor en plenitud y no dejarse llevar por las habladurías.

—¿Has leído el periódico?

—Lamentablemente sí —agregó Jayden y posó su cabeza húmeda en el cuello de Walter—. No me pone contento, ¿sabes? Sé que siempre fue una basura conmigo, pero es mi hermano.

—Estaba tapado en deudas. Por eso su desesperación para que le vendieras el rancho.

—Lo más triste o patético de esto es que, si Thomas me hubiera contado sus problemas, lo habría ayudado. Soy tan imbécil.

—No eres imbécil—corrigió Walter de inmediato y lo rodeó con sus brazos para acercarlo más a él—. Te duele el dolor de tu familia. Eso demuestra que eres mejor que él y lo demuestras con hechos.

Jayden se dio media vuelta para estar cara a cara con su novio.

—Podría comerte en este momento. ¿Eres consciente de ello?

Walter sonrió de oreja a oreja.

—Y qué te detiene amigo?

Jayden recorrió con su dedo índice los pectorales duros, rodeó los pezones color canela con cuidado. La piel de Walter se erizó. Los ojos azules de Jayden se oscurecieron.

—Tienes razón. Nadie vendrá a esta hora.

Lento y profundo

Walter echó su cabeza hacia atrás. Su largo cabello húmedo escurría y las gotas caían sobre el piso de madera. Gruñó cuando los dientes de su amante mordieron la punta de su pene que, a esa altura, ya estaba rojo. Jayden envolvió la punta con su lengua una y otra vez, se sumergía en el agua, jugueteaba un rato y salía para respirar.

—Eres un experto en provocarme—masculló Walter y Jayden le dio un guiño de ojo—. Te gusta quitarme la poca cordura que me queda.

—Sí—Jayden succionó y Walter se contrajo de placer—, me gusta verte rendido a mí. Me hace sentir poderoso.

Walter lo asió de la cintura y lo acercó a él para besarlo. Jayden sintió que la vida se le iba en cada beso. El vaquero tomaba todo de él. Su boca era tan posesiva como aquella parte del cuerpo que Jayden ya estaba anhelando.

Sus lenguas libraron una batalla por el control de la otra. Salvaje y tierno, una combinación cuya existencia estaba en duda para ambos hasta que coincidieron. Jayden peinó los cabellos húmedos de su amante y Walter hizo lo mismo. Se besaron de nuevo, una y otra vez, como si el tiempo se detuviera entre suspiros de placer.

—Hazme tuyo.—Jayden rogó cuando los besos húmedos de su vaquero se esparcieron como lluvia de primavera sobre su piel que ahora poseía un bonito tono dorado.

—Date la vuelta. —Walter ordenó y Jayden obedeció de inmediato—. Sujétate de la bañera.

Jayden dio media vuelta y obedeció. Sus manos presionaron la madera húmeda cuando dos dedos profanaron su entrada.

—¿Estarás bien sin el lubricante?

—Sí—replicó Jayden—, solo hazlo.

Walter lo atrajo una vez hacia él y lo penetró despacio. Jayden cerró los ojos y abrió la boca en una enorme O. El vaquero se mantuvo quieto por unos segundos, recorrió la suave espalda con sus manos hasta llegar al coxis, masajéo con cuidado hasta que las caderas de Jayden cobraron vida.

El vaivén escaló de lento y profundo a rápido y duro. Los gemidos de Jayden eran tan altos que cualquiera que pasara cerca los escucharía. No les importó. El dueño del rancho se perdía en la pasión de tal manera que el mundo dejaba de existir.

Walter lo folló largo y duro, sin pausas. Lo asió del cabello húmedo y lo inmovilizó para darle con todo lo que tenía. Jayden se mordió el labio inferior, cerró los ojos y sonrió. Disfrutaría cada segundo de esa enorme verga talentosa. El vaquero salió de su interior y tiró de él para que se pusiera de pie. El agua resbaló sobre sus cuerpos, los cuales abandonaron la bañera por una manta sobre el piso de madera. Walter se metió entre sus piernas y se olvidó de cualquier contemplación. Jayden solo podía gemir. Le encantaba este hombre, lo amaba.

Jayden rasguñó su espalda y se vino con un grito en medio de embistes brutales en donde Walter expandió sus caderas al límite. El vaquero lo hizo cinco minutos después. Gimieron, se besaron y reposaron por unos minutos.

—Walter, para—rogó Jayden cuando los besos húmedos no paraban de salpicar su piel—. Me voy a poner duro de nuevo.

Walter lo besó, lo mordió y, Jayden tuvo una nueva erección que su amante trató con su lengua y su boca experta. El rancho se sacudió cuando el semen salió a borbotones y cayó en la garganta de su amante quien no le quitaba la mirada de encima.

Dieron un suspiro de placer, volvieron a besarse y compartieron su sabor.

—Debemos hacer reformas aquí—dijo Jayden.

—¿Sí, gatito? Pensé que este lugar te ponía nervioso.

Jayden le dio una sonrisa pícaro y rozó su nariz respingada antes de posar un beso en ella.

—Estoy contigo, vaquero. No hay nada a lo que le tenga miedo.

Agradecimientos

¡Llegamos al final de una historia mis amores!

Gracias por adquirir en Amazon este libro, gracias por dedicar un tiempito a leerme. Me hacen muy feliz y espero haberles brindado un lindo ratito con esta historia. Es una historia sin mucho drama. Quería algo así para terminar el año y siento que lo logré. Jayden y Walter son hermosos.

Gracias a mi familia por estar conmigo siempre. Gracias a mis seguidores, a cada uno de ustedes. Mis seguidores en Amazon, Instagram, Wattpad, mi grupo de Telegram. No sé qué haría sin ustedes.

Gracias a Eva Bolfán por ayudarme con la corrección ¡Mil gracias, mi guerrera!

Gracias a vos que comprás mi libro, que siempre estás ahí, que apoyas este proyecto económicamente y haces que este sueño crezca. Sigo escribiendo gracias a la fuerza que me dan todos ustedes. Gracias a las personitas que me leen en Wattpad, gracias por su fidelidad. Sería muy fácil ir y descargar el libro de maneta ilegal como lo hacen decenas de malas personas que dicen ser mis fans, ustedes no lo hacen, sino que esperan mi actualización cada fin de semana, y eso se aprecia muchísimo.

Te pido una última cosa. Si está en tus posibilidades y este libro te gustó, te pido dejes un comentario en Amazon para poder llegar a más personitas.

De corazón, espero estés bien, que sanes aquello que duele, que te ames mucho, como vos lo mereces, y como siempre te digo: Si el mundo te abandonó, vos no te abandonés a vos mismo. No hay nadie como vos en este mundo, sos únic@.

Te abrazo.

Paz

About The Author

Paz Iribarne



Paz es licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único. Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.

La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.

La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y Caída (Romance bisexual), Bilogía Matchpoint (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon y Booknet.

Si deseas saber más sobre Paz Iribarne, puedes encontrarla en:

Instagram <https://www.instagram.com/iribarnepaz/>

Su tienda en Amazon <https://www.amazon.com/author/paziribarne>